

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
del 3 de abril de 1981



“LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA REFERENTE A LOS ESTADOS
UNIDOS EN LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA A LOS SETENTA”

TESIS

Que para obtener el grado de
MAESTRO EN HISTORIA.

P r e s e n t a

Carlos Eduardo Flores Moreno

Director o Codirectores

Dr. Armando Azúa

Índice

Portada	1
Índice	2
Introducción	3
Postulados teóricos y estado de la cuestión	13
Contexto histórico	31
Análisis de la historiografía referente a la diplomacia de México y Estados Unidos. Lectura de Agustín Cue Cánovas, Mario Gill y Lorenzo Meyer.	51
Análisis de la historiografía referente a la Revolución Mexicana y la presencia de los Estados Unidos en esta. Lectura de Lascuráin de Osio y Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado.	85
Análisis de la historiografía referente al periodo de 1835 a 1848, secesión de Texas e intervención estadounidense. Lectura de Josefina Vázquez de Knauth y Jesús Velasco Márquez.	105
Conclusión	121
Bibliografía	126

Introducción

En el año de 2018, las relaciones entre México y los Estados Unidos han tomado un tinte agresivo con la elección presidencial de Donald Trump, millonario con posturas políticas ultraconservadoras en la economía y sobre diversos sectores sociales. Éstas se puede ver expresadas en diversas maneras dentro de la sociedad norteamericana: el resurgimiento de la discriminación dentro del sector WASP¹ en contra de mexicanos (musulmanes y negros); los campos de detención para migrantes mexicanos, donde se separan a los niños de sus padres, ubicados en la frontera entre los dos países; los constantes *rallies* del presidente estadounidense Donald Trump, que dan la apariencia de círculos de odio cada vez que este hombre declara orgullosamente que México construirá un muro que separará a los dos países para evitar que más “*bad hombres*” crucen la frontera, mientras su público fanático corea la consigna de “*build that wall, build that wall*”, ese público anglosajón que hace no mucho tiempo perdió el miedo de mostrar su racismo en público; todo esto se ha reflejado en un cambio dentro del pensamiento de los Estados Unidos que a muchos liberales norteamericanos aterra, pero que no son actitudes novedosas, sino que durante mucho tiempo eran expresión orgullosa del espíritu estadounidense.

No olvidemos que hace poco más de cincuenta años, en el sureste estadounidense se ejercían las leyes *Jim Crow*, leyes de segregación racial entre blancos y negros surgidas a principios del siglo XX, o los tratos de odio y discriminación que recibían los inmigrantes europeos que llegaban al noreste estadounidense en búsqueda de una vida mejor. En el discurso oficial estadounidense se dice con alegría que los Estados Unidos se construyeron gracias a los migrantes, sin embargo, lo curioso y tristemente divertido, es que paralelamente a esta narrativa, se desarrollan prácticas xenofóbicas en contra de aquellos que no entran en categorías extremadamente arbitrarias de lo que debería ser un estadounidense.

¹ *White Anglo-Saxon Protestant.*

Ahora, por ejemplo, se acepta en el noreste estadounidense, principalmente en la ciudad de Boston, ciertas tradiciones irlandesas como parte del folklore local mientras que, durante los años de las grandes migraciones de europeos a la “tierra prometida” norteamericana, no eran considerados propiamente personas, ya que no eran *WASP*, pues eran católicos y no protestantes. ¿Qué esperanza tenían los chinos o los negros de la época, cuando su color de piel y sus facciones físicas eran tan distintas a las del grupo étnico dominante?

Pero no tenemos que irnos demasiado lejos, pues las relaciones históricas entre México y los Estados Unidos (no solo entre los países, sino entre poblaciones e individuos) han sido enmarcadas por estas actitudes estadounidenses de supremacía. Sin embargo, sus visiones sobre nosotros, tan fascinantes desde puntos de vista sociológicos, históricos y antropológicos, no son el tema de esta tesis de maestría: al contrario, lo que es de mi interés observar, es nuestra actitud sobre nuestros problemáticos vecinos del norte, a partir de lo que algunos de nuestros historiadores escribieron sobre ellos.

A pesar de que nos pueda parecer obvio como pueden o incluso pudieron pensar mexicanos sobre los estadounidenses, la obviedad y el sentido común tienen sus problemáticas, pues de éstas pueden surgir interpretaciones erróneas de la realidad que se van replicando a través del tiempo. Por lo tanto, es importante tomar en cuenta que a veces podemos proyectar ciertas ideas contemporáneas al pasado y que una de las funciones principales de la disciplina histórica, es eliminar estas preconcepciones y mostrar que las cosas cambian a través del tiempo o, por el contrario, si algo se mantiene a través de los años, debe existir una razón que mantenga ese algo vigente. Veremos en esta tesis si las ideas sobre nuestros vecinos norteamericanos han cambiado o se han mantenido constantes a través de los años.

Hasta el momento, puede que la introducción haya podido engañar a más de uno y hacerles creer que es un estudio migratorio. Este no es el caso. La razón de centrarse en este punto, sin embargo, es porque nos habla de una actitud que los sectores *WASP* conservadores norteamericanos hegemónicos

tienen en contra del otro, y que se reflejan desde el trato diario que tendrían con un extranjero o un migrante, hasta políticas gubernamentales e incluso sistémicas al tratar con otros países. Estas actitudes o expresiones no ocurren en un vacío, sino que provocarán reacciones que terminarán expresándose en maneras de definir negativamente a los estadounidenses. En otras palabras, el otro definido desde el centro ahora define al centro como otro. Con esto en mente, comencemos a definir qué es lo que busco con este texto.

La tesis “La historiografía mexicana referente a los Estados Unidos en las décadas de los cincuenta a los setenta”, es un trabajo de análisis historiográfico, que busca encontrar en la narrativa histórica de la época, la perspectiva que se tenía sobre los Estados Unidos. Este interés surgió cuando noté que, a partir de la segunda mitad de la década de los setenta del siglo XX, en México se comenzaron a fundar diversas instituciones que se especializaban en el estudio sobre el país del norte. Por ejemplo, en 1975, se creó el Instituto de Estudios de Estados Unidos del CIDE. En 1979, el Colegio de México comenzó un programa de estudios sobre Norteamérica. Se formaron instituciones como el Colegio de la Frontera Norte y el Colegio de Sonora, interesados por conocer las cuestiones fronterizas y de migración. La UNAM, por su parte, formó el Centro de Estudios de América del Norte en 1989 y tiene la maestría de estudios México-EUA. Finalmente, el Instituto Mora (junto con el Colegio de México y la UNAM) destaca por su interés histórico en los Estados Unidos.²

Esto se puede deber por diversas razones: a la expansión del capitalismo estilo americano en nuestro territorio o el alejamiento de cualquier postura política de izquierda socialista que lo pudiera vincular a la Unión Soviética. Es así como podríamos ver al año de 1975 como el inicio de una coyuntura en la academia mexicana, en el que surgen corrientes de pensamiento dedicadas a comprender a los

²Patricia de los Ríos Lozano, “Las relaciones México-Estados Unidos un estudio bibliográfico de las tesis doctorales producidas entre 1975 y 2005” *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 34, (julio-diciembre, 2007): 109-110.

Estados Unidos. Con base en esto, surgió mi interés por conocer la perspectiva que se tenía en los años anteriores a este boom, en un periodo que defino aproximadamente de 1955 a 1976.

La elección de estos años no está definida por un evento histórico o un punto específico. Inicialmente, había tomado el año de 1958 como un inicio, ya que fue el año cuando se implementaron una serie de reformas económicas que se llegaron a conocer como el “Desarrollo Estabilizador” y que mostraban la gran solidez del PRI en el ejercicio del poder; pero, al mismo tiempo, esta perspectiva daba la impresión de que la producción académica estaba directamente ligada al desarrollo económico en estos años. Tomando como ejemplo una reflexión que Gramsci hizo en un informe al comité central del PCI el 2 de agosto de 1926 “La política siempre está atrasada, y seriamente atrasada, respecto a la economía”³. En otras palabras, pecaría de una perspectiva histórica extremadamente mecanicista.

De tal manera, decidí tomar el riesgo de no escoger un punto inicial específico. Por un lado, parecería que esta decisión afectaría de manera negativa a la tesis, ya que aparentaría una falta de rigor a este trabajo; sin embargo, la ventaja de tomar este riesgo, es que permitió una mayor flexibilidad para tratar las ideas intelectuales de un periodo histórico-político específico, lo que he llamado *los años del PRI hegemónico*: una era posterior a su consolidación y transformación del Partido de la Revolución Mexicana a Partido Revolucionario Institucional en donde tiene una gran solidez en el ejercicio del poder, logrando la construcción de un fuerte discurso hegemónico-nacionalista y anterior a sus años de renovación neoliberal y crisis en los años ochenta.

Es esta era gobernada por el PRI hegemónico en donde busco las perspectivas que se tenían sobre los Estados Unidos, en un México de la posguerra, en un periodo cuando estos dos países fueron aliados y, al mismo tiempo, seguían existiendo tensiones sociales, ideológicas, económicas e incluso étnico-raciales, que han sido reproducidas a través de las décadas en que estos países se han relacionado (sin

³ María Antonietta Macciocchi, *Gramsci y la revolución de occidente*. (México: Siglo XXI, 1977), 85.

duda alguna, la que ha sido la causa de uno de los mayores traumas históricos del lado mexicano es el recuerdo de la intervención estadounidense) y es de sumo interés el trato que estas ideas han tenido en el espacio del análisis histórico, durante un periodo en que la producción ideológica hegemónica estaba controlada por el PRI y por su nacionalismo revolucionario institucionalizado.

Tomado esto en cuenta, es momento de presentar la pregunta central del trabajo. ¿Cómo veían los historiadores mexicanos a los Estados Unidos en los años del PRI hegemónico? Ésta es a grandes rasgos la pregunta, pero sería mucho más adecuado si la planteamos de esta manera: ¿Existe alguna narrativa constante detrás de los distintos trabajos historiográficos sobre los Estados Unidos, que nos muestre una ideología antiestadounidense de los años cincuenta a los setenta?

La hipótesis que respondería a esta pregunta es la siguiente: “En la mayoría de estos escritos historiográficos, se encuentra un sentimiento antiestadounidense que se muestra en la estructura narrativa. En estos textos se pone a México en una luz positiva mientras que a los Estados Unidos se les ve de una manera negativa.”

¿Cómo se planea construir este texto?

La estructura del trabajo es la siguiente: una introducción, cinco capítulos y una conclusión. El primer capítulo es el que usted está leyendo, donde se encuentran todos los postulados teóricos que han dado forma al trabajo; el segundo capítulo se centra en el contexto mexicano de los años 50 a los 70, mientras que los tres siguientes son el análisis historiográfico. La razón por la cual escogí los siguientes temas de análisis en particular fue porque son los que tuvieron mayor cantidad de obras dedicadas a estudiar ciertos periodos específicos en donde México interactuó con los Estados Unidos. La obra se divide de la siguiente manera:

- Introducción.

- Primer capítulo. Postulados teóricos y estado de la cuestión.
- Segundo capítulo. Contexto mexicano.
- Tercer capítulo. Análisis de la historiografía referente a la diplomacia de México y Estados Unidos. Lectura de Agustín Cue Cánovas, Mario Gill y Lorenzo Meyer.
- Cuarto capítulo. Análisis de la historiografía referente a la Revolución Mexicana y la presencia de los Estados Unidos en esta. Lectura de Lascuráin de Osio y Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado.
- Quinto capítulo. Análisis de la historiografía referente al periodo de 1835 a 1848, secesión de Texas e intervención estadounidense. Lectura de Josefina Vázquez de Knauth y Jesús Velasco Márquez.
- Conclusión.

El segundo capítulo es fundamental, pues busco mostrar los elementos mexicanos que definieron el periodo: su contexto histórico, el desarrollo de su academia histórica y sus relaciones con los Estados Unidos. El tercer capítulo analizará obras que buscaron reflexionar y analizar la presencia estadounidense en la Revolución Mexicana.

El cuarto capítulo tomará las obras que traten la problemática de la secesión de Texas y la intervención estadounidense. La razón por la que junto estos dos eventos, es porque considero estos 15 años como un gran proceso histórico en donde surgen muchas de las interpretaciones mexicanas sobre los Estados Unidos. El quinto capítulo buscará el análisis de diversas obras que traten las relaciones internacionales entre los dos países. Finalmente, planeo la conclusión como una reflexión acerca de la dinámica contemporánea entre los dos países y el horizonte de expectativas con la actual administración presidencial estadounidense.

Planteada la estructura general del trabajo, la siguiente parte son las obras que escogeré para el análisis.

¿Cómo se analizarán las fuentes?

Este trabajo comenzó con la idea de hacer un balance historiográfico de la producción académica en las décadas de los 50, 60 y 70. Sin embargo, por diversas cuestiones de tiempo y recursos, decidí simplificarlo un poco y en lugar de hacer un gran balance historiográfico de la época, esta obra se centra en el análisis de tres obras en el segundo capítulo y dos en el tercero y cuarto. La razón por la que escogí a los siete autores fue por sus grandes diferencias: por ejemplo, mientras que Mario Gill tiene perspectivas de corte marxista, Lascurain y Osio es extremadamente conservador; mientras que Lorenzo Meyer muestra una tradición académica histórica muy fuerte en su análisis de la historia del petróleo mexicano, Vázquez de Knauth, a pesar de mostrar antecedentes dentro de la academia tan sólidos como los de Meyer, tiene un acercamiento muy distinto en su obra. Por lo tanto, estas fuentes fueron diversas en sus contenidos y permitieron un análisis mucho más profundo.

Bien, en los inicios de este texto, comencé con un trabajo de localización de bibliografía pertinente en distintas bibliotecas universitarias como la del CIDE, el Instituto Mora, la Universidad Iberoamericana y la UNAM. Las obras que cumplieron en un primero momento los parámetros que definí para llegar a ser documentos analizables fueron las siguientes:

Panorama de las ideas contemporáneas en los Estados Unidos (1958) de Angélica Mendoza; *Juárez y los Estados Unidos* (1960) y *Poinsett: historia de una gran intriga* (1958) de José Fuentes Mares; *Madero, víctima del imperialismo yanqui* *Cuestiones Internacionales de México* (1960) de Alfonso Taracena; *México y los Estados Unidos de América: apuntaciones para la historia del acrecentamiento territorial de los Estados Unidos a costa de México desde la época colonial hasta nuestros días* (1962) de Alberto Mario Carreño; la tesis *El problema del bracero mexicano* (1964) de Gloria Varga y Campos; *La segunda*

intervención americana (1967) de Angel Lascuráin y Osio; *Como perdimos California y salvamos Tehuantepec 1867-1931* (1968) de Victoriano Salado Alvarez; *El tratado Mc Lane Ocampo: Juárez, los Estados Unidos y Europa* (1970) de Agustín Coé Cánovas; *La querrela de México: a orillas del Hudson: otras páginas* (1970) de Martín Luis Guzmán; *Nueva Historia de los Estados Unidos* (1970) de Jorge Cárdenas Nauneti; *Mexicanos y Norteamericanos ante la guerra del 47* (1972) de Josefina Zoraida; *Las invasiones norteamericanas en México* (1974) de Gastón García Cantú; *La guerra del 47 y la opinión pública, 1845-1848* (1975) de Jesús Velasco Márquez y *Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914* (1976) de Berta Guadalupe Ulloa.

Además de revisar libros escritos en la época, revisé las tesis de diversas instituciones de educación superior y posgrado. La razón es porque los estudiantes de estos niveles (especialmente licenciatura) reflejan el pensamiento y la visión de sus universidades y facultades pues ese es el pensamiento que los formó dentro de sus academias. Las universidades que escogí para revisar tesis fueron la UNAM y el COLMEX, por ser centros de investigación suficientemente antiguos para albergar tesis de historia en la época señalada.

Las tesis del COLMEX con temas pertinentes que he hallado son las siguientes: Las tesis de la maestría en historia son “La idea de Estados Unidos a través de los viajeros mexicanos, 1830-1945” de Victoria Lernel Sigal, presentada entre los años de 1965 y 1967; “La repatriación en masa. Los mexicanos regresan de Estados Unidos durante la crisis de 1929” de Mercedes Carreras Bendicho presentada entre los años de 1967 y 1970; la única tesis de doctorado presentada entre los años de 1972 y 1975 fue “El Comercio Exterior de México, 1821-1875” de Inés María Herrera Canales.

De la maestría de ciencias políticas, “La formación de la frontera norte: el caso de Baja California” de Carlos Horacio Zazueta Quintero, presentada entre 1973 y 1975. Finalmente, una tesis del doctorado en ciencias sociales con especialidad en sociología, “La política laboral de las maquiladoras antes y

después del Tratado de Libre Comercio. (Estudio del caso de Tijuana, Baja California). Ésta última, al parecer fue presentada entre 1973-1976, pero por el tema tratado, es posible que sea un error del sistema que catalogó en un periodo equivocado a este texto.

La UNAM contiene un mayor número de tesis, simplemente contando las del departamento de historia, juntando los niveles de Licenciatura, Maestría y Doctorado hay veintidós textos pertinentes a este periodo, sin contar los de los otros departamentos y facultades (que terminarían siendo 94 tesis en total); de estas tesis, terminé por escoger el trabajo de maestría de Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado, “La intervención americana en Veracruz en 1914”.

Comparando los libros y las tesis que se escribieron en este corte temporal, los temas que más se han tratado en estos años son sin duda la Revolución Mexicana, el periodo de la guerra con Texas/la guerra con Estados Unidos y diversos estudios sobre las relaciones diplomáticas entre los dos países. Hay temas sobre los Estados Unidos y su relación con México que no son tan tratados por parte de los investigadores, como los periodos del virreinato, de la consolidación de la burguesía en México (mediados de 1850 a 1876), el Porfiriato o el estudio del movimiento demográfico mexicano hacia el norte en el siglo XX.

Tomado todo esto en cuenta, decidí que, para efectos de esta tesis, analizaré los siguientes siete textos historiográficos:

- *El Tratado Mc Lane-Ocampo: Juárez, los Estados Unidos y Europa* de Agustín Cué Cánovas
- *Nuestros buenos vecinos* de Mario Gill
- *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)* de Lorenzo Meyer
- *La segunda intervención americana* de Lascuráin y Osio
- *La intervención americana en Veracruz en 1914* tesis de maestría de Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado

- *Mexicanos y Norteamericanos ante la guerra del 47* de Josefina Vázquez de Knauth
- *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)* de Jesús Velasco Márquez

Breve balance de la investigación

A diferencia de una novela policiaca, en donde el autor tiene el cuidado de no decir quien es el asesino en la introducción y en los primeros capítulos, una investigación histórica puede darse el lujo de ofrecer detalles de la conclusión al inicio del texto, para facilitar la lectura y permitir al lector entender los pasos del análisis y de la metodología. En breves palabras, la diversidad de las visiones intelectuales e ideológicas de los autores, evita que exista la posibilidad de generalizar la historiografía de una época con una sola línea ideológica o metodológica. Este se observará en el resto del texto e, importante recalcar, esto sucede a pesar del peso ideológico del PRI.

Capítulo I: Postulados teóricos y estado de la cuestión

Este texto tendrá dos niveles fundamentales de análisis: El primero es un nivel macro, donde busco hilar los elementos narrativos ideológicos que pudieran repetirse en estas obras, con base en algunos conceptos claves del pensador italiano Antonio Gramsci. En el segundo, un nivel micro, utilizaré el análisis poético de Hayden White para deconstruir las obras en artefactos literarios, que permitieron detectar la perspectiva del historiador mexicano sobre los Estados Unidos.

Comencemos con la justificación de por qué utilizar a Antonio Gramsci. Este político e intelectual marxista italiano desarrolló en sus *Cuadernos de la cárcel* una serie de conceptos e ideas para poder entender la sociedad de su tiempo o, en otras palabras, el funcionamiento del Estado-nación/Estado burgués, la construcción ideológica estatal desde los grupos políticos a cargo del Estado, y la necesidad de desarrollar a una serie de intelectuales para que puedan reproducir esta ideología para mantener el *statu quo*. Si entendemos al nacionalismo como una ideología estatal y a los historiadores como miembros de esta clase de intelectuales que replican esta ideología, entonces los conceptos de Gramsci nos pueden ser muy útiles.

Pues bien, es así que los siguientes conceptos gramscianos fueron de gran ayuda para dilucidar una estructura histórico-contextual en la que podré desarrollar el análisis poético de estas obras:

- Sociedad Civil.
- Sociedad Política.
- Superestructura.
- Intelectuales.
- Hegemonía.
- Bloque histórico.

Para ofrecer un contexto teórico adecuado a estos conceptos, primero tengo que definir uno más que no es tan importante para esta tesis: el concepto de Estructura Económica. A pesar de que este trabajo no se centra en el análisis de la producción económica, es necesario contextualizar estos conceptos bajo la interpretación marxista de Gramsci,

En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad [...]⁴

La Estructura Económica es todo aquello que existe en el mundo material, que permite que se replica el sistema económico. En el caso del capitalismo, que es el sistema que le tocó vivir a Gramsci, se refiere a todas las relaciones sociales que permiten su existencia; a los medios de producción que lo sustentan; las mismas instituciones encargadas de cuidar del sistema, por ejemplo, las grandes empresas, bancos y, en el centro del capitalismo del siglo XX, el mismo Estado-Nación, que funcionó como motor del capitalismo. Teniendo esto en cuenta, podemos ahora pasar a los conceptos centrales. Los dos primeros conceptos gramscianos que presento son el de la Sociedad Civil y el de la Sociedad Política,

Se pueden fijar dos grandes planos superestructurales, el que se puede llamar de la “sociedad civil”, que está formado por el conjunto de los organismos vulgarmente llamados “privados” y el de la “sociedad política o estado” que corresponde a la función de “hegemonía” que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y la del “dominio directo” o de comando que se expresa en el estado y en el gobierno “jurídico”.⁵

⁴ Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*, (México: Siglo XXI, 2014), 66.

⁵ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: los intelectuales y la organización de la cultura*, (México, Juan Pablos editor, 2013), 16.

El concepto de Sociedad Política es claro: es el aparato de control material, burocrático y social del Estado, como sus instituciones, que es utilizado de forma directa para llevar a cabo las acciones y necesidades del mismo Estado, (por ejemplo, las fuerzas armadas o en el caso de México sus distintas secretarías). Sin embargo, el concepto de Sociedad Civil sigue quedando un poco nebuloso. Hugues Portelli desarrolla en su libro *Gramsci y el Bloque Histórico*, tres aspectos que definen en mayor medida este concepto gramsciano y nos ayudan a entenderlo mejor:

-como ideología de la clase dirigente, en tanto abarca todas las ramas de la ideología, desde arte hasta las ciencias por la economía el derecho etc.;

-como concepción del mundo difundida entre todas las capas sociales a las que liga de este modo a la clase dirigente, en tanto se adapta a todos los grupos; de ahí sus diferentes grados cualitativos: filosofía, religión, sentido común, folklore;

-como dirección ideológica de la sociedad, se articula en tres niveles esenciales: la ideología propiamente dicha, la “estructura ideológica” -es decir las organizaciones que crean y difunden la ideología-, y el “material” ideológico, es decir, los instrumentos técnicos de difusión de la ideología (sistema escolar, medios de comunicación de masas, bibliotecas, etc.).⁶

En otras palabras, se puede considerar a la Sociedad Civil como la esfera de producción ideológica intelectual, dividida en sus diversos centros de desarrollo y distribución. En esta categoría, entrarían las universidades, tanto públicas como privadas, medios de comunicación, editoriales de libros e incluso instituciones religiosas que, de una u otra manera, construyen toda una mentalidad que justifica la ideología política hegemónica.

Finalmente, el tercer concepto, el de Superestructura, se puede definir de la siguiente manera, “Las superestructuras del bloque histórico forman una totalidad compleja en cuyo seno Gramsci describe

⁶ Hugues Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, (México: Siglo XXI, 2011), 17-18.

dos esferas esenciales: por una parte, la de la sociedad política, que agrupa al aparato de estado; por la otra, la de la sociedad civil, es decir, la mayor parte de la estructura.”⁷ En otras palabras, es la unión de estos dos conceptos anteriores, el de la Sociedad Civil y el de la Sociedad Política, para desarrollar todos los elementos activos que mantienen a un aparato ideológico y a su mismo pensamiento.

De los dos elementos en los que divide Gramsci la Superestructura, la Sociedad Civil es el más importante para mantener un dominio sobre las grandes masas de población, ya que es esta la que desarrolla ideas que crean un consenso entre las diversas clases sociales para aceptar a la clase hegemónica como tal, mientras que la Sociedad Política es el aparato de coerción que asegura la disciplina de aquellos grupos que no aceptan al grupo hegemónico.⁸ Podríamos verlo de esta forma, la Sociedad Civil crea, desarrolla y sustenta un discurso que justifica a una clase hegemónica en el ejercicio del poder, mientras que la Sociedad Política se encarga de disciplinar a aquellos grupos que se resisten a aceptar este discurso.

Los que se encargan de desarrollar los propósitos de esta sociedad civil (aquellos que crean y replican el discurso hegemónico), son los intelectuales⁹ que Gramsci interpreta como “[...] “empleados” del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político [...]”¹⁰. Sin embargo, los intelectuales que se encargan de la sociedad civil no son “empleados

⁷ Portelli, “Gramsci y el bloque histórico”, 13.

⁸ Gramsci “Cuadernos de la cárcel: los intelectuales”, 18.

⁹ El concepto de intelectual de Antonio Gramsci es bastante complejo. Hay diversas interpretaciones que el teórico marxista ofrece, como la categoría de Intelectual Orgánico, que es alguien con ciertas capacidades intelectuales que pone al servicio de la clase social de la cual surgió; otra categoría, que denomino como Intelectual Ideal, es una aceptación de que todo ser humano es intelectual, pues cualquier trabajo realizado por un ser humano requiere un proceso de reflexión; el siguiente es el de los intelectuales tradicionales, aquellos que son considerados intelectuales por sus cualidades de culto y sabio; también se refiere al intelectual urbano, que es aquél que tiene una gran preparación técnica industrial y al intelectual rural, que se acerca mucho más al intelectual orgánico y al intelectual tradicional; finalmente, se encuentran dos categorías más, una que ofrece sus habilidades y servicios de manera voluntaria a la clase hegemónica (desde técnicos y mecánicos, hasta burócratas estatales) y la del Intelectual que es parte y desarrolla la Sociedad Civil.

¹⁰ Gramsci “Cuadernos de la cárcel: los intelectuales”, 18.

directos” de la clase hegemónica, “[...] toda la filosofía idealista se puede referir fácilmente a esta posición asumida por el complejo social de los intelectuales y define la expresión de esa utopía social según la cual los intelectuales se creen “independientes”, autónomos, investidos de sus propios caracteres, etc.”¹¹

En otras palabras, los intelectuales de la sociedad civil pueden actuar en contra de la clase hegemónica, pero su función principal sigue siendo la de desarrollar la ideología de esta clase dominante. Para hacer más sencillo de entender este punto, podríamos imaginarnos a un estudiante de posgrado, con una perspectiva política antisistema. Sin embargo, él está estudiando en una institución académica aceptada por el Estado. Si continúa en la actividad académica, podría trabajar en otra institución de investigación similar y lo que él escriba se dará a conocer por los canales oficiales de esta universidad u ofrecidos por el mismo Estado. En otras palabras, sigue funcionando como intelectual dentro del sistema. Pasando al siguiente punto, Gramsci define el concepto de hegemonía de la siguiente manera.

El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso [sin embargo,] si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica.¹²

A pesar de que la clase hegemónica debe formar relaciones de cordialidad con las clases sociales subordinadas y permite ciertas libertades a estos grupos, esas relaciones siempre estarán construidas bajo las condiciones del grupo dominante, pues la clase hegemónica es quien ejerce el poder económico para imponerlas a través de la Sociedad Civil y la Sociedad Política. Finalmente, el concepto de bloque histórico, uno de los conceptos fundamentales del pensamiento gramsciano, se presenta de la siguiente manera.

¹¹ Gramsci “Cuadernos de la cárcel: los intelectuales”, 13.

¹² Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, (México: Juan Pablos Editor, 2009), 55.

La estructura y las superestructuras forman un “bloque histórico”, o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción [...] sólo un sistema totalitario de ideologías refleja racionalmente la contradicción de la estructura y representa la existencia de las condiciones objetivas para la subversión de la praxis.¹³

El concepto de bloque histórico se puede definir como un periodo histórico, en donde una estructura económica específica existe a la par de una o varias Superestructuras. Portelli profundiza un poco más en este concepto, “El análisis del bloque histórico como relación entre dos movimientos dicotómicos (estructura-superestructura y sociedad civil-sociedad política) muestra la importancia de la sociedad civil en el seno del bloque histórico.”¹⁴

Con esta perspectiva, uno puede comprender a los historiadores como intelectuales, miembros de la sociedad civil dentro la superestructura en los años del PRI hegemónico, que reproducen y desarrollan parte de la ideología de la clase dominante que controla la estructura económica de México. En el análisis de esta obra, se analizó si cumplieron esta función de intelectuales, o mostraron expresiones y actitudes distintas.

Una vez desarrollados los conceptos gramscianos, podemos ahora pasar al análisis poético de Hayden White. Si se trata a la obra historiográfica como una obra de literatura, entonces uno puede centrarse más en el “cómo nos lo dice” que en el “qué nos quiere informar”. En otras palabras, sería darle mayor importancia a las perspectivas, ideas y métodos antes que a los datos que nos presentan. Es así como decidí utilizar el método de análisis poético de Hayden White para analizar las obras historiográficas,

¹³ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: el materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, (México: Juan Pablos editor, 1975), 49.

¹⁴ Portelli, “Gramsci y el bloque histórico”, 65.

centrándome en dos de sus cinco niveles de conceptualización¹⁵ de una obra histórica (*Mode of Emplotment* y *Mode of Ideological Implication*)¹⁶ para identificar ciertos elementos narrativos de los historiadores que analizaré.

Empecemos con la categoría de *Explanation by Emplotment* o explicación por entramado, que se define como “*Providing the “meaning” of a story by identifying the kind of story that has been told [...]*”¹⁷, en otras palabras, se puede comprender a la obra como una clase de género literario. White identifica cuatro tipos distintos de entramado en la escritura histórica: Romance, Tragedia, Comedia y Sátira. Estos son auto explicativos, pues nos describen la manera en como los autores observan su realidad, que tan positiva o que tan positiva la perciben en relación a sus ideales.

La segunda categoría de análisis es *Explanation by Ideological Implication* o explicación por implicación ideológica. Para poder entender mejor esta categoría, Hayden White busca profundizar un poco en el concepto de ideología:

*The ideological dimensions of a historical account reflect the ethical element in the historian’s assumption of a particular position on the question of the nature of historical knowledge [...] By the term “ideology” I mean a set of prescriptions for taking a position in the present world of social praxis and acting upon it [...] such prescriptions are attended by arguments that claim the authority of “science” or “realism”.*¹⁸

En otras palabras, su posición ideológica dictará una postura desde donde el autor justifica su escritura y su interpretación de la realidad, a partir de sistemas de valor. White nos ofrece cuatro posiciones ideológicas que forman esta categoría final, anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo; aquí

¹⁵ Los tres niveles de conceptualización histórica *chronicle, story* y *formal argument*, responden a otras cuestiones de la escritura histórica que no entran en este trabajo.

¹⁶ Hayden White, *Metahistory* (Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1975), 7.

¹⁷ White, “Metahistory”, 7.

¹⁸ White, “Metahistory”, 22.

White apuntala una particularidad de estas posiciones que él escogió: “[*these terms*] serve as designators of general ideological preference rather than as emblems of specific political parties.”¹⁹ Debo recalcar esta idea, son conceptos que no tienen un significado político en particular, sino que se definen según posturas de interpretación política-histórica, ya que White consideró estos conceptos como los más adecuados para determinar sus categorías.

Esta última categoría, *Explanation by Ideological Implication*, es la más importante para el análisis de estos trabajos, pues es la que se especializa en encontrar la clase de narrativa que utiliza el historiador en sus trabajos. La categoría de *Mode of Emplotment*, por otro lado, tiene una importancia mucho menor para las funciones de esta tesis.

Otra cuestión que debe ser mencionada, es si las categorías utilizadas por Hayden White para analizar a los grandes historiadores del siglo XIX pueden ser usadas para acercarse a historiadores mexicanos del siglo XX. En el caso de la categoría de *Ideological Implication*, como se apuntó con anterioridad, los conceptos de anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo no funcionan como posiciones ideológicas definidas sino como posturas respecto a la realidad que se mueven dentro de un espectro político. Sin embargo, estas no logran encajar por si solas con los propósitos de análisis.

De tal manera, decidí desarrollar categorías propias que se acomoden de una mejor manera al análisis de estas obras historiográficas: Desprecio, Indiferencia, Tolerancia y Admiración. Como los conceptos de Hayden White, estos denotan perspectivas dentro de un espectro político. Desprecio engloba sentimientos de negatividad en contra de los Estados Unidos; Indiferencia denota un esfuerzo por parte del historiador para mantenerse imparcial; Tolerancia admite una apertura y cierto grado de

¹⁹ White, “Metahistory”, 24.

favorecimiento hacia los norteamericanos; Admiración muestra una clara aceptación a los Estados Unidos y sus acciones.

Hay una cuestión muy importante que se tiene que mencionar, con respecto a estas categorías, contraponiéndolas con las de Hayden White. El acercamiento que pueden tener estos autores con los Estados Unidos está guiado por sus perspectiva ideológica y políticas, de eso no hay duda. Sin embargo, las categorías de anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo no son completamente equivalentes a las de Desprecio, Indiferencia, Tolerancia y Admiración. Uno podría asumir naturalmente que alguien que es de una ideología de izquierda anticapitalista (el anarquismo que define Hayden White en su obra), tendría una postura de desprecio con los Estados Unidos, y otro personaje que es liberal o incluso conservador, tendría posturas de tolerancia y admiración al país norteamericano y a sus posturas económicas. Sin embargo, existen corrientes ideológicas de derecha mexicana, altamente religiosas que están en total desacuerdo con la influencia estadounidense.

A pesar de que, con un grado mayor de refinamiento, se puedan desarrollar conexiones entre estas dos series de categorías para un trabajo futuro, considero que por el momento son más que adecuadas para este análisis historiográfico. Con estas categorías, busco trasladar el análisis ideológico de Hayden White a la interpretación de la historiografía mexicana sobre los Estados Unidos. Es así como, utilizando los conceptos de Antonio Gramsci, junto al método de Hayden White, propongo una metodología para detectar las perspectivas individuales de los historiadores y poder enmarcarlas en el contexto ideológico de la época.

Finalmente, considero importante puntualizar algunos conceptos que deben de ser desarrollados, para poder despejar cualquier duda o confusión que pudiera surgir durante la lectura de este texto. Estos conceptos son los siguientes:

- Imperialismo

- Teoría de la dependencia
- Historiografía

El primero de estos es el concepto de “imperialismo”. Aunque no todos los textos lo utilicen como tal, la mayoría se refiere a esta forma de dominación de una u otra manera. Lenin define a este concepto de la siguiente manera, “Si fuera necesario dar una definición lo más breve posible el imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo.”²⁰ Para complementar esta definición, Lenin desarrolla lo siguiente,

El imperialismo ha surgido como desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo se trocó en imperialismo capitalista únicamente al llegar a un grado determinado, muy alto, de su desarrollo; es decir, cuando algunas características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda la línea los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Lo que hay de fundamental en este proceso [...] es la sustitución de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas.²¹

Bien, esto nos define con claridad que es el imperialismo. Si en algún momento la práctica del capitalismo se pudo desarrollar en el mismo terreno, en donde la libre competencia podía existir, el imperialismo es una nueva interpretación del capitalismo. Es en esta fase que Lenin llama superior, donde los que lograron sobresalir en un principio, utilizaron sus recursos para nivelar el mercado a su favor, destruyendo la libre competencia y creando monopolios, pero esto es solo una parte del proceso. En un diccionario de comunismo científico, redactado por un académico soviético, A. Rumiántsev, se dice lo siguiente

La monopolización de la producción va acompañada de la concentración y centralización del capital bancario [...] Esta segregación de los monopolios en la industria y el dominio de grandes

²⁰ Vladimir I. Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo*. (México: Ediciones El Caballito, 2015) 115.

²¹ Vladimir I. Lenin, *El imperialismo*, 111.

bancos entraña inevitablemente la fusión del capital industrial y bancario y la formación del capital financiero. Significa éste el más alto grado de concentración y centralización del capital en general, el establecimiento del dominio de los grandes magnates del capital sobre la economía de las principales potencias capitalistas [...] A medida que crecen los monopolios y se amplían sus posiciones a base de exportar su capital, surge la posibilidad de un acuerdo entre los más potentes de ellos para repartirse el mercado mundial, el proceso de monopolización alcanza nivel internacional.²²

Es así como el imperialismo es una práctica capitalista monopólica que no se detiene en las fronteras del país en donde surgió. Pero no surge en cualquier país, sino en las potencias capitalistas que ya tienen relaciones de mercado que permiten la concentración de capital. Por lo tanto, estos monopolios pueden insertarse en países que tienen menores concentraciones de capital financiero (y menores oportunidades defenderse en contra de éstos) con relativa facilidad. Jorge Rivadeneira nos dice lo siguiente del imperialismo, a varios años de que cayó la Unión Soviética,

Con el propósito de objetivarlo, sobre todo cuando se dan clases a los muchachos de la educación media y superior, algunos profesores cambian el nombre y en vez de imperialismo hablan de transnacionales, aludiendo a esos imperios sin fronteras constituidos por una inmensa red bancaria y empresarial, y esto porque se supone que la carne y los huesos del imperialismo es la economía. Otros, más idealizados o más ingenuos, aseguran que ya no hay imperialismo sino globalización, y esto gracias a la antigua creencia de que cambiar el nombre de las cosas no sólo altera su identidad sino que de ese modo se suprimen sus características [...]²³

²² A. Rumiántsev, *Comunismo científico: diccionario*. (Moscú: Editorial Progreso, 1975), 197-198.

²³ Jorge Rivadeneira, "El imperialismo", *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura* vol. XI, núm. 1 (enero-junio 2005): 320.

Si tenemos presente esta definición del concepto de imperialismo, como un control económico sobre países o regiones más pobres, menos desarrolladas entonces podemos comprender muchas de las prácticas estadounidenses referentes a México, que son analizadas por nuestros autores.

El siguiente concepto es una línea de investigación que se centra en el estudio del subdesarrollo latinoamericano, la teoría de la dependencia. Al igual que el “imperialismo”, este no se menciona directamente en alguno de los trabajos, pero algunas de las perspectivas teóricas que generó pueden verse en algunos textos, principalmente en el de *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, de Lorenzo Meyer.

Bien, en 1948 se crea la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), órgano de la ONU diseñado para estudiar el subdesarrollo latinoamericano y aumentar los niveles de desarrollo en la región. Fue en el siguiente año, cuando el economista argentino Raúl Prebisch toma la dirección de la CEPAL, donde se comienza a desarrollar una teoría del subdesarrollo latinoamericano, para sacar a la región del atraso.²⁴ El postulado original de la teoría del subdesarrollo se entiende de la siguiente manera

[...] la industrialización se presenta como el camino más viable para “retener los frutos del progreso técnico”. Esto implicó establecer *una ruptura teórica con las teorías clásicas del comercio internacional*, las cuales sostenían la necesidad de mantener la especialización productiva (básicamente sostenida sobre bienes primarios) y exportadora de diversas economías, lo que redundaría, por las ventajas comparativas allí presentes, en desarrollo para el conjunto [...] [sin embargo] en contextos de crisis, en donde los precios de bienes manufacturados tienden a sostenerse o decaer débilmente y a una pronta recuperación, en tanto los precios de los bienes primarios terminan por derrumbarse y por requerir de largos periodos para lograr su recuperación.²⁵

²⁴ Jaime Osorio, *Teoría marxista de la dependencia*. (México: UAM/Itaca, 2016), 45.

²⁵ Jaime Osorio, *Teoría marxista de la dependencia*, 46-47.

Esta crítica a las interpretaciones de economía clásica fue un esfuerzo muy interesante por construir a Latinoamérica como una región única que tiene su propia experiencia histórica dentro del capitalismo. Se sigue exponiendo la problemática

Esta formulación llevará a la Cepal a poner en discusión diversos aspectos del orden económico que reclaman los grandes centros industriales y a levantar una [...] tesis fundamental: la economía mundial está organizada como un *sistema centro-periferia*, con lo que pone de manifiesto una interrelación particular entre las economías en el mercado mundial y su papel diferenciado en materia del reparto de beneficios, según se ubiquen en una u otra posición.²⁶

Una vez que han sido expuestos los planteamientos del problema, se busca ofrecer una solución “En esta etapa la mira está puesta en los factores *externos* que obstaculizan el desarrollo y se reconoce que el deterioro de los términos del intercambio, y la condición periférica, impiden que se reviertan hacia América Latina los frutos del progreso técnico, lo que será subsanando con la industrialización de las economías regionales.”²⁷ Aquí se encuentra el punto central de la cuestión, la de considerar la industrialización de los países latinoamericanos y el fortalecimiento de sus burguesías como la manera más adecuada para el desarrollo de la nación.

Esta teoría del subdesarrollo tuvo sus altas, bajas y rompimientos. Ésta terminó por ser abandonada por la CEPAL en décadas posteriores y un sector del marxismo latinoamericano se apropió de sus postulados y los desarrolló de una manera distinta, transformando la teoría del subdesarrollo en la *teoría de la dependencia marxista*. Pero para efectos de este trabajo, solo es fundamental tener presente las perspectivas originales de la teoría del subdesarrollo.

²⁶ Jaime Osorio, *Teoría marxista de la dependencia*, 47.

²⁷ Jaime Osorio, *Teoría marxista de la dependencia*, 47.

Es ahora el momento de definir el concepto de historiografía. Michel de Certeau nos abre la puerta para considerar a la historia/historiografía como una operación que está formada de tres elementos fundamentales: un lugar social desde donde se escribe; una serie de prácticas científicas, que son el método utilizado para estudiar la realidad; una escritura, una narrativa que busca explicar al mundo.²⁸

En otras palabras, entiendo historiografía como un conjunto de obras escritas desde un lugar social en concreto, que utiliza un método para explicar la realidad y que desarrolla una narrativa a partir de su análisis y que debe estar centrada en la explicación de uno de los siguientes dos puntos: la búsqueda de respuestas sobre el presente en el pasado o la descripción y explicación de eventos que sucedieron en el pasado para tratar de esclarecer aquella época. El análisis se centrará en la narrativa producida por los historiadores y utilizaré su contexto social como punto de partida,

Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad.²⁹

Mi objetivo es tratar de detectar una serie de elementos narrativos compartidos en estas obras, que permitan dilucidar una perspectiva intelectual de la época sobre los Estados Unidos, relacionados en estos autores. Sobre los otros dos elementos (el lugar social y las prácticas científicas): primero, tomaré como un supuesto el lugar social desde donde escribe el historiador/su lugar de enunciación específico, como el México de los años de 1955 y 1976, no como un objeto para analizar, sino como un pilar que funcione como soporte para desarrollar el trabajo. Segundo, las prácticas científicas o su método para

²⁸ Michel de Certeau, *La Escritura de la Historia*. (México: Universidad Iberoamericana, 2010), 68.

²⁹ Michel de Certeau, *La Escritura*, 69.

analizar la historia no son el punto central de esta obra y fuera de reflexiones superficiales, no serán analizadas.

Finalmente, tengo que profundizar en aquellos que considero como historiadores. Un historiador no es solo aquél que tenga un título en historia, licenciado en esta disciplina académica; es todo aquél que escribe historiografía, independientemente de su oficio práctico o académico (entendida la historiografía como de Certau la interpreta). Bajo esta definición, un abogado, un sociólogo, un politólogo o incluso un ingeniero son historiadores si escriben alguna obra de historiografía.

He hallado pocos trabajos de análisis historiográfico acerca de historiadores mexicanos que se refieran solamente a los Estados Unidos, como el artículo de Patricia de los Ríos Lozano, quien realiza un estudio exhaustivo de las tesis doctorales producidas entre 1975 y 2005, a partir del boom académico e institucional para estudiar a los Estados Unidos que se experimentó en México, o la guía *Bibliohemerográfica “Dos siglos de Relaciones México-Estados Unidos 1974-2005”*, coordinada por Marcela Terrazas y Basante, un censo de la literatura escrita sobre las relaciones bilaterales en de las décadas de 1970 al 2000.³⁰

Sin embargo, existen otros trabajos sobre la producción historiográfica en México, que cubren distintos periodos del país. Uno de ellos es el artículo de Enrique Florescano, “Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana”.³¹ En este texto, Florescano busca mostrar la construcción de la memoria colectiva a partir de eventos y símbolos prehispánicos que influenciaron el pensamiento mesoamericano, el del mundo virreinal y lo que se tomó durante el siglo XX posrevolucionario para poder construir la identidad del mexicano.

³⁰ Marcela Terrazas y Basante, coord., *Dos siglos de Relaciones México-Estados Unidos Guía bibliohemerográfica 1975-2005*. (México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 2006).

³¹ Enrique Florescano, “Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana”. *Historia Mexicana*, vol. LIII, núm. 2, (octubre - diciembre 2003): 391-416.

Otro de estos textos, es el de Representación e historiografía en México, 1930-1950. “Lo mexicano” ante la propia mirada y la extranjera”³² de Ricardo Pérez Montfort. En este artículo, Pérez Montfort hace un análisis del cambio historiográfico en México durante estos años, en donde cambia la perspectiva de análisis histórica, de una historia ideológica, a una historia científica, que satisfizo a la autoridad de la época. Según su análisis, en estos años se buscaba identificar lo que era México, no solo para los historiadores e intelectuales mexicanos, sino para los extranjeros.

El siguiente texto, “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo xx”³³ hace un balance de las revistas históricas más importantes de México, desde *Historia Mexicana* del COLMEX, pasando por las revistas *Estudio de Cultura Náhuatl* y *Estudios de Cultura Maya*, hasta revistas que han quedado fuera de circulación, como *Historia y Sociedad*, revista de corte marxista que se publicó entre 1965 y 1981.

El siguiente texto de Pablo Serrano, “Historiografía regional y local mexicana, 1968-2000. Diversidad y pluralidad de tendencias”³⁴ se centra en el desarrollo de la historia local/regional de 1968 a principios del 2000, mostrando su importancia en la historiografía mexicana como una de sus vetas más ricas de publicación e investigación. Este texto en sí no es un balance historiográfico, pero muestra uno de los enfoques más importantes en la escritura histórica en México.

³² Ricardo Pérez Montfort, “Representación e historiografía en México, 1930-1950. “Lo mexicano” ante la propia mirada y la extranjera”. *Historia Mexicana*, vol. LXII, núm. 4, (abril-junio 2013): 1651-1694.

³³ Javier Garcíadiego. “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo xx”. *Historia Mexicana*, vol. LI, núm. 2, (octubre – diciembre 2001): 221-231.

³⁴ Pablo Serrano, “Historiografía regional y local mexicana, 1968-2000. Diversidad y pluralidad de tendencias”. *Diálogos Latinoamericanos*, núm. 5, (2002): 99-108.

El libro *La historiografía del siglo XX en México*³⁵, compilado por Evelia Trejo, que recopila una serie de recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones de distintos historiadores mexicanos del siglo XX, como Enrique Florescano, Álvaro Matute, Edmundo O’Gorman o León Portilla.

Finalmente, el trabajo más completo de análisis, es el de Guillermo Zermeño “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”.³⁶ Este artículo hace un balance de las distintas teorías y acercamientos a la historia que tuvo la academia en México durante los años de 1940 a 2010 y como se desarrolló el pensamiento histórico. Desde los inicios de la historia científica, su paso por las perspectivas de Ranke, la historia filosófica, el resurgimiento de la política en la historia o la microhistoria. En este texto, Zermeño muestra las diferentes influencias que tuvo la academia histórica mexicana y el desarrollo de ciertas particularidades dentro de los análisis históricos mexicanos.

Como se ha dicho con anterioridad, este trabajo busca encontrar las perspectivas sobre los Estados Unidos de los historiadores mexicanos de la época y dilucidar alguna perspectiva compartida, que se pudo desprender del nacionalismo mexicano, desarrollado e impuesto por la maquinaria ideológica del PRI. Tengo muy bien entendido que la perspectiva mexicana sobre los Estados Unidos y el nacionalismo mexicano son dos objetos distintos, sin embargo, encuentro ciertas superposiciones de estos dos elementos que iniciaron con uno de los traumas más grandes para la consciencia colectiva mexicana: la pérdida de los territorios septentrionales tras la intervención estadounidense, en el proceso que inició con la independencia de Texas.

Esta pérdida terminó por desarrollarse en el nacionalismo como uno de los elementos unificadores más importantes para la población mexicana que se puede resumir en una pequeña oración: “Esos gringos nos vinieron a invadir.” Si este sentimiento generalizado en la población mexicana ve a los

³⁵ Evelia Trejo, coord., *La historiografía del siglo XX en México*. (México: UNAM, 2015).

³⁶ Guillermo Zermeño, “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”. *Historia Mexicana*, vol. LXII, núm. 4, (abril-junio 2013): 1695-1742.

estadounidenses como el enemigo (esos gringos), como una fuerza que invadió a un grupo específico de personas (nos vinieron a invadir), entonces es claro que esas ideas tuvieron que ser desarrolladas y distribuidas por alguien. En este caso, durante estos años, ese alguien debió de ser el Estado ejercido por el PRI y posiblemente replicaron el resentimiento mexicano en contra de los Estados Unidos, o por el contrario, se hicieron esfuerzos para poder superar el segundo trauma más importante dentro de la memoria colectiva mexicana.

Capítulo II: Contexto histórico

El tradicional antiyanquismo de la derecha mexicana preocupaba, por igual, a los gobiernos mexicano y norteamericano. Esa posición del abanico político mexicano seguía compartiendo el recelo y el temor a los Estados Unidos en términos parecidos a los fundamentados y definidos por ideólogos conservadores decimonónicos, como Lucas Alamán.³⁷

Para poder comprender el tiempo de nuestros historiadores y de sus obras, tenemos que irnos un poco atrás en el tiempo, unos años antes a cuando ellos comenzaron a escribir sus textos. Nuestra historia comienza a finales del siglo XVIII y principios del XIX, pero para efectos de este texto, empezaremos en los años cuarenta del siglo XX, en la década en donde las tres ideologías hegemónicas habían entrado en conflicto: el fascismo, el comunismo y la llamada democracia liberal. A inicios de esta década, Europa occidental y oriental, el norte de África y la región del Océano Pacífico eran grandes zonas de batalla, que buscaban ser conquistadas por las fuerzas del eje: la Alemania nazi, la Italia fascista y el Imperio Japonés.

Una vez que las fuerzas del eje fueron derrotadas por la coalición de la Unión Soviética, Inglaterra, Estados Unidos (y en menor medida Francia) y se destruyó al fascismo como opción política, se constituyó un nuevo orden mundial durante los siguientes cuarenta años, en donde las sociedades se dividieron en primero en dos bloques económico-sociales y en los cincuenta y sesenta se constituyó un tercero³⁸: el bloque capitalista, el bloque socialista y finalmente el Tercer Mundo.

El bloque capitalista era liderado por los Estados Unidos con los países más ricos de Europa Occidental (Francia, Inglaterra, Alemania Occidental, etc.). Del otro lado, la Unión Soviética lideraba al bloque Socialista, que con el pasar de los años fue creciendo con la adhesión de nuevos países comunistas

³⁷ Luis Medina, *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952: del cardenismo al avilacamachismo*, (México: COLMEX, 2004), 46.

³⁸ Estas construcciones conceptuales eran reduccionistas, pero para efectos prácticos funcionaban para las prácticas políticas de la época, a pesar de las grandes diferencias que existían entre países que pertenecían al mismo bloque.

en el plano político-mundial como República Popular China, Corea del Norte o Cuba³⁹. Finalmente, el Tercer Mundo era una serie de países no industrializados que no tenían una preferencia ideológica significativa por alguno de los dos bloques y que constantemente fueron zonas de enfrentamiento capitalista/comunista, con diversos grados de influencia de las dos grandes superpotencias en estos conflictos. Los ejemplos más claros fueron la guerra de Vietnam en las décadas de los cincuenta y sesenta, la invasión soviética a Afganistán en los años ochenta y la influencia de Estados Unidos sobre América Latina, en donde el golpe de Estado de Augusto Pinochet en el año 1973 en la República de Chile fue el evento más representativo.⁴⁰

Es este estatus de superpotencia económica, militar y cultural de los Estados Unidos, su influencia en Latinoamérica y el hecho de que México comparte una gran frontera con los norteamericanos, lo que puso al país latinoamericano del lado capitalista, a pesar de que fue considerado como un país del Tercer Mundo por sus condiciones económicas y sociales. Sin embargo, las alianzas políticas son relaciones complejas, y esta vinculación no desarrolló en el gobierno ni en la población mexicana una fuerte simpatía por los estadounidenses.

México y los Estados Unidos han tenido una relación histórica larga y complicada que ha generado en la población mexicana traumas históricos a partir de estos contactos asimétricos que los dos países han mantenido desde el siglo XIX. Esto se ha manifestado en sentimientos de desconfianza que la población de los dos países siente por el otro.

³⁹ Esto no quiere decir que los esfuerzos comunistas-revolucionarios estaban unificados. Desde la década de los treinta, Stalin y la Unión Soviética habían comenzado a perder hegemonía en los partidos comunistas internacionales, lo que permitió el desarrollo de nuevas interpretaciones marxistas lejos del estalinismo, por ejemplo Gramsci en Italia o Mao en China, signos de la diversificación que el comunismo sufriría en las décadas siguientes. Morton A. Kaplan, *Las diversas facetas del Comunismo*. (México: N.O.E.M.A. editores, 1982) 14-16.

⁴⁰ Para saber más sobre la influencia norteamericana en América Latina, recomiendo *Tiempos de oscuridad: Historia de los golpes de Estado en América Latina* de Marcos Roitman Rosenmann, *Confronting Revolution: Security through diplomacy in Central America* editado por Morris J. Blachman, William M. LeoGrande y Kenneth E. Sharpe.

Estos sentimientos se han mostrado incluso desde los primeros años del México independiente, cuando Lucas Alamán tuvo que enfrentarse con las primeras pretensiones de avance estadounidense hacia el sur durante su servicio como secretario de Relaciones Exteriores. Alamán rechazó la oferta del ministro estadounidense en México, Joel R. Poinsett, de convertir al Río Bravo en la nueva frontera entre los dos países.⁴¹

Es comprensible la desconfianza mostrada por los mexicanos, cuando se observan las siguientes décadas entre los dos países: constantes actitudes de superioridad civilizatoria; una invasión que le arrebató a México más de la mitad de su territorio; constantes amenazas de invasión para conquistar aún más territorio; empresas estadounidenses que buscan cualquier clase de beneficio al más bajo costo, humano o monetario; manipulación de los asuntos políticos internos para ganancia de ciudadanos estadounidenses. En fin, se podría decir que los norteamericanos no hicieron mucho de su parte para eliminar estas concepciones mexicanas.⁴²

Estos no son más que ejemplos de los roces que surgieron a partir de las relaciones desiguales entre los dos países y posteriormente de las distintas prácticas imperialistas norteamericanas que los gobiernos mexicanos y su población tuvieron que afrontar. En la década de los cuarenta y cincuenta, con estas relaciones históricas en mente, se desarrollaron distintas maneras de resistencia en el plano ideológico-político, que surgieron a partir de la conformación del nuevo orden mundial Capitalista-Socialista. Por un lado, tenemos a las izquierdas de corte marxista anticapitalista, que por obvias razones buscaban separarse de la influencia de los Estados Unidos, del otro lado, tenemos a las distintas derechas en el mundo, entre ellas la mexicana empresarial, que tenía las siguientes características: conservadora, católica, capitalista y antinorteamericana. En este marco histórico de ideologías políticas, en México un

⁴¹ Josefina Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos", en *Historia general de México*, ed. Centro de Estudios Históricos, (México: El Colegio de México, 2000), 542.

⁴² Esto se podrá observar en los capítulos siguientes.

partido político que se denominó de centro entre todas estas visiones, era el que controlaba las líneas políticas: el Partido Revolucionario Institucional.

Contexto político mexicano

Es imposible comenzar a entender el “corto siglo XX”⁴³ mexicano o al México contemporáneo de nuestra propia realidad social y cultural, sin siquiera mencionar al Partido Revolucionario Institucional (PRI) y sus predecesores (PNR y PRM). El impacto que tuvo esta institución política sobre el país y todos sus habitantes es más que significativo, pues fue durante las primeras décadas de su gobierno (primero cuando el partido se conoció como PNR y PRM, posteriormente en sus años hegemónicos) cuando construyó toda la identidad de lo que es ser mexicano: el nacionalismo institucional y una gran parte de la construcción de las expresiones culturales que en la actualidad se consideran como mexicanas, fueron diseñados en estos años por la maquinaria ideológica del partido, construida sobre una narrativa post-revolucionaria.

Esta institución, al apropiarse de la justificación y los ideales de la Revolución Mexicana, se formó con los caudillos sobrevivientes encabezados por Plutarco Elías Calles. Rogelio Hernández Rodríguez menciona en su libro *Historia mínima de El PRI* “Aunque Calles y los primeros dirigentes del PNR expresaron en diversas ocasiones que el partido debía agrupar a los sindicatos [...] el poder de los caudillos era inocultable por lo que se pospuso tal objetivo para centrar todos los esfuerzos en integrar a los líderes estatales y regionales.”⁴⁴ Asumamos por un momento que los fundadores buscaron la creación de un partido con una base popular, pero se vieron forzados a crear primero esta organización con los caudillos

⁴³ Término utilizado por Eric Hobsbawm que se refiere a un periodo de tiempo que no está definido por los años iniciales o finales de un siglo (por ejemplo 1900-1999 o 1800-1899), sino por eventos que ocurrieron años después al inicio del siglo, y que cambiaron el curso de la historia de esa región, rompiendo una gran continuidad histórica y desarrollando su propio proceso histórico, distinto del anterior. Por ejemplo, el pequeño siglo XX mundial para Hobsbawm, inicia con la Primera Guerra Mundial (1914) y termina con la desintegración de la Unión Soviética (1991), para determinar a un periodo histórico definido.

⁴⁴ Rogelio Hernández Rodríguez, *Historia Mínima de El PRI*, (México: COLMEX, 2016), 24.

y caciques locales y regionales. Este plan no se realizó sino hasta que Lázaro Cárdenas consiguió la presidencia del país y logró el control del PNR.

Arnaldo Córdova desarrolla la propuesta cardenista en su libro *La política de masas del cardenismo*, que terminará por transformar al partido caudillista en un partido de masas. “Lo que a Cárdenas le interesaba, antes que ninguna otra cosa era *fortalecer el Estado de la Revolución*, hacer de él una verdadera potencial social [...] y esto se lograría unificando y organizando a las masas bajo la dirección del propio Estado de la Revolución.”⁴⁵ Entendiendo al “Estado de la Revolución” como el gobierno legítimo de los revolucionarios.

Esta perspectiva de Cárdenas de restarle el poder a los caudillos y ofrecerlo a las masas⁴⁶, se concluyó en el año de 1938 “[...] con la transformación del Partido Nacional Revolucionario en Partido de la Revolución Mexicana [que] ligaba muy estrechamente a las masas trabajadoras al Estado de la Revolución, organizándolas como una fuerza política, en cuyo nombre se iba a gobernar en adelante.”⁴⁷ Lo que ocurrió aquí fue la puesta en práctica de los ideales de la Revolución Mexicana: la aceptación del México popular. Ahora ya no era solo el discurso ni la teoría del partido, parecía ser que se convertía en la praxis misma del partido.

Así se formaron las bases históricas del PRI: primero como un centro político donde se reunió a los caudillos revolucionarios con los miembros de la clase dominante; segundo, como un partido popular, desarrollando los mecanismos de control social como el clientelismo, que regirían la vida política y social

⁴⁵ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, (México: Ediciones ERA, 2010), 38-39.

⁴⁶ Es importante una aclaración respecto a esta anotación. Cuando menciono que Cárdenas buscaba el empoderamiento de las masas, lo hizo dentro del partido. Se debe recalcar este punto, pues uno podría confundir la política de masas cardenista con políticas de corte socialista, tan comunes en aquella época. A pesar de que el gobierno de Cárdenas y el PRM tuvieron muchas prácticas socialistas (como la instauración de la educación socialista y popular) sus metas nunca fueron las de derribar al sistema económico capitalista o reemplazar a la clase hegemónica. En realidad, el empoderamiento de las masas fue un mecanismo para subordinarlas a ellas y a la clase alta al partido.

⁴⁷ Córdova, *La política de masas*, 146.

de México por el resto del siglo XX. En otras palabras, esto provocó que cuando cambió la estructura del partido a una institución más centralizada con su transformación de PRM a PRI, los dirigentes del partido mantuvieron un potente control de las distintas corporaciones. Por un lado, se mantuvo un discurso revolucionario que buscaba mantener sus bases populares; por el otro, el acercamiento con los sectores de la clase alta y sus intereses capitalistas fue mucho más cercano que el contacto con las clases obrera y campesina.

Esto se cristalizó a mediados de la década de los cuarenta del siglo XX cuando subió a la presidencia Miguel Alemán Valdés, quien continuó con el proceso de Manuel Ávila Camacho de romper con la ideología cardenista y desaparecer posiciones de izquierda dentro del PRI y en el gobierno. El 5 de diciembre de 1946, a solo cinco días de la toma de posesión, el Congreso de la Unión aprobó una reforma al Artículo 27 Constitucional y al Código Agrario, a iniciativa del nuevo presidente. En el mismo mes, comenzó su ataque en contra de las organizaciones sindicales, deteniendo a los dirigentes petroleros y el 29 de diciembre de ese mismo año, reformó el Artículo 3° Constitucional, eliminando la educación socialista en México.⁴⁸

Esta fue la constante en el gobierno de Miguel Alemán, el debilitamiento y aniquilación de cualquier postura cardenista o de izquierda dentro del PRI y en el gobierno, que fue en gran parte posible por los conflictos internos y las grandes divisiones que sufrían los movimientos obreros y la izquierda mexicana, que evitaron cualquier clase de frente de resistencia sólido. Esto se pudo observar en la casi desintegración de la CTM entre los años de 1947 y 1948.⁴⁹

⁴⁸Germán Pérez Fernández del Castillo y Samuel León González, "75 años de política mexicana", en *México 75 años de Revolución III Desarrollo Político*, vol. 2, coord. Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (México: FCE 1988), 530.

⁴⁹Pérez Fernández del Castillo, *México 75 años de Revolución*, 530-531.

Un claro ejemplo de este debilitamiento fue la creación del Partido Popular. Es en estos años de crisis en los que Vicente Lombardo Toledano (intelectual marxista mexicano, Teziutlán, Puebla, 1894-Ciudad de México, 1968),⁵⁰ consciente de los problemas que sufría la izquierda mexicana, fue expulsado de la CTM a principios del año de 1947 por su propuesta de crear un partido político nuevo.⁵¹ A pesar de haber cortado lazos con el sindicato más grande de México, Lombardo Toledano logró la creación del Comité Nacional Coordinador del Partido Popular el 25 de septiembre de 1947 y, finalmente, el 20 de junio de 1948, en la Asamblea Nacional Constituyente se oficializa su partido. Sin embargo, tras el proceso electoral de 1949, Víctor Manuel Villaseñor y Narciso Bassols abandonaron la dirección del partido, los primeros desertores de un partido débil que perderá muchos afiliados, entre ellos a figuras como Diego Rivera y Manuel Mesa.⁵²

Otro ejemplo de esta debilidad ocurrió en el año de 1947, cuando el Partido Comunista Mexicano (PCM) llevó a cabo una tercera ola de expulsiones durante su X congreso. Estos expulsados “[...] formaron un “Movimiento de Reivindicación del PCM”, que habría de unirse en 1950 con el grupo de Laborde [secretario del PCM de 1929 a 1934, año en que se postuló como candidato a la presidencia]⁵³ y Campa [candidato del PCM para la gubernatura de Nuevo León en 1934]⁵⁴ para constituir el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM).”⁵⁵ Estos dos elementos, la falta de una oposición fuerte y el ímpetu alemanista de destruir posiciones de izquierda, dejaron el camino abierto para que el gobierno central pudiera actuar sin oposición, permitiendo el autoritarismo del ejecutivo y en menor medida del PRI. No será sino hasta finales de la década de los años ochenta, cuando la izquierda mexicana encontrará su

⁵⁰ Isidoro Cruz Huitrón, “Biografía de Vicente Lombardo Toledano”, *Lengua y Voz* (febrero 2013): 54.

⁵¹ Pérez Fernández del Castillo, *México 75 años de Revolución*, 531.

⁵² Max Ortega y Ana Alicia Solís de Alba, *La izquierda mexicana: una historia inacabada*, (México: Itaca 2012), 16.

⁵³ Kevyn Simón Delgado, “El Partido Comunista Mexicano y el movimiento estudiantil de 1968: enfrentamiento, aportación e impacto” (tesis de licenciatura, departamento de historia, Universidad Autónoma de Querétaro, 2013), 30.

⁵⁴ Gerardo Peláez Ramos, “Valentín Campa Salazar, dirigente obrero en tiempos de la Internacional Comunista”, Pacarina del Sur. <https://goo.gl/wqgB4y> (consultado el 1ro de agosto de 2017).

⁵⁵ Ortega, *La izquierda mexicana*, 16.

coalición en forma del Frente Democrático Nacional, liderado por Cuauhtémoc Cárdenas, hijo de Lázaro Cárdenas. Esta es una muestra de la fuerza política que el PRI tenía durante sus años hegemónicos.

Bien, con la izquierda debilitada y apoyado por organizaciones de derecha como el PAN, Alemán daba por concluida la primera etapa de la reforma agraria y la repartición de tierras, para abrir paso al desarrollo de la pequeña propiedad y con éste, la mejora de la producción, la introducción de tecnología más eficiente y su financiamiento, enterrando al ejido como primera opción productiva.⁵⁶ Esto es una muestra que el PRI, desde su reformación, le dio mayor importancia a los intereses privados de la clase alta que a los de las diversas clases populares. Aun así, a pesar de que en los años del alemanismo se desarrollaron políticas antipopulares, el PRI aún tenía un fuerte control de las clases bajas, consecuencia del cardenismo como se mencionó con anterioridad.

A pesar de la solidificación del autoritarismo y del control de las masas que tenía el PRI, varios sectores sociales hicieron duras críticas en contra del gobierno alemanista, no solo por sus prácticas, sino por fuertes acusaciones de corrupción. Con base en esto Ruiz Cortines, quien subió a la presidencia en diciembre de 1952, presentó una serie de proyectos que buscaron limpiar la imagen del gobierno y del PRI. Uno de estos proyectos fue una reforma a los artículos 19, 22 y 23 de la Ley Reglamentaria del Artículo 28 constitucional en materia de monopolios, en donde se hicieron más drásticas las multas a aquellos que decidieran especular con los productos de sustento básico.⁵⁷

Junto a esto, el gobierno cortinista buscó inicialmente el control y el equilibrio de la inflación. Sin embargo, esto terminó por provocar una serie de críticas directas o apoyadas por grupos empresarios como la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (CONCANACO), en donde argumentaron que la intervención del Estado podía deformar el desarrollo de la economía e incluso fueron llamadas como

⁵⁶ Rodríguez, *Historia Mínima*, 82.

⁵⁷ Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna, *Historia de la Revolución Mexicana 1952-1960: el afianzamiento de la estabilidad política*, (México: COLMEX, 1981), 19-20.

“un paso hacia el sistema comunista”.⁵⁸ Estas críticas, sumadas al envío de los empresarios de su capital al extranjero, terminaron por minar las propuestas para el equilibrio económico y tomó su lugar la búsqueda de la producción de mercancía, cuyo objetivo principal fue el de facilitar la inversión privada.⁵⁹ Esto es en resumidas cuentas, el contexto político mexicano interno cuando inicia el periodo del PRI hegemónico. Ahora, sigue el contexto externo, centrado en sus relaciones con los Estados Unidos. Éstas, después de la Segunda Guerra Mundial fueron en su mayor parte cordiales.

Durante los años cincuenta, tres presidentes mexicanos -Miguel Alemán (1946-1952), Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) y Adolfo López Mateos (1958-1964)- tratan con sus homólogos estadounidenses: Harry Truman (1945-1952) y Dwight Eisenhower (1952-1959). No obstante la diversidad de coyunturas políticas, personalidades, orígenes partidarios -en el caso de los estadounidenses- y aun de edades, en general priva un acercamiento simbolizado por las primeras visitas a las capitales de ambos países que, a partir de ese momento, se convierten en un rasgo permanente de la relación bilateral.⁶⁰

Al ser aliados en la Segunda Guerra Mundial y la necesidad que tuvieron los Estados Unidos por tener un fuerte control en América Latina para evitar cualquier influencia soviética, no es sorpresa que las relaciones diplomáticas no hayan cambiado de manera significativa entre los dos gobiernos. No solo esto, fue esta cercanía lo que definió la perspectiva del gobierno mexicano al enfrenarse con grupos de izquierda política. Al estar el mundo inmerso en el conflicto ideológico planetario conocido como la “Guerra Fría”,⁶¹ se desarrollaron mecanismo de control para evitar levantamientos revolucionarios en Latinoamérica y México no fue la excepción.

⁵⁸ Pellicer de Brody, *Historia de la Revolución Mexicana*, 25.

⁵⁹ Pellicer de Brody, *Historia de la Revolución Mexicana*, 29.

⁶⁰ Paolo Riguzzi y Patricia de los Ríos, *Las relaciones México-Estados Unidos II: ¿Destino no manifiesto?*, (México: UNAM/SER, 2014), 375.

⁶¹ Considero que el concepto de Guerra Fría es aceptable solo si se observa desde los centros hegemónicos de la época. No hubo un enfrentamiento directo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, de acuerdo, pero su

En el marco de esta Guerra Fría es creada en el país la Dirección Federal de Seguridad (DFS) con asesoría del FBI. Se trata de un servicio de inteligencia de policías y militares de élite que depende directamente del presidente, y que entre sus funciones tenía la de infiltrarse y acosar a los disidentes políticos de izquierda. Estos años son perseguidos y expulsados militantes comunistas de los poderosos sindicatos ferrocarrileros, petroleros y mineros; el PCM, desgarrado, actúa casi en la clandestinidad.⁶²

La manera en que el gobierno mexicano actuó en contra de guerrilleros y militantes de izquierda solo puede ser descrito como inhumano. Laura Castellanos, en su libro *México armado*, nos ofrece descripciones terribles de la tortura que el gobierno cometía en contra de cualquiera que se sospechara fuera comunista. Pero fuera de estas atrocidades, nos damos una idea de cómo las posturas de contención comunistas se radicalizan a este extremo. No es difícil entender la razón, pues las posturas marxistas-leninistas buscan la destrucción del Capitalismo y Estados Unidos son la superpotencia que defiende a este sistema económico. En pocas palabras, es natural que la izquierda mexicana (intelectual o no) sienta algún desprecio por los estadounidenses, y es esta ideología la razón que tomó el gobierno mexicano para perseguirlos y oprimirlos violentamente, sean guerrilleros, sindicalistas o intelectuales.

Un ejemplo de un intelectual marxista que fue oprimido violentamente durante estos años por el fervor anticomunista que desarrollaron el Estado mexicano y los Estados Unidos fue el del filósofo Eli de Gortari. En 1961, grupos de izquierda de la Universidad de Michoacán propusieron a de Gortari para la rectoría de la Universidad, donde ejerció hasta 1963, cuando se le otorgó autonomía a la universidad para liberar el puesto de rector. En 1968, fue dirigente de la Asociación de Profesores e Investigadores de Carrera de la UNAM que apoyó las demandas de los estudiantes, pero el 18 de septiembre fue

influencia y sus intervenciones en un gran número de países del Tercer Mundo, apoyando revoluciones sociales o desestabilizando gobiernos, hace que este conflicto no tenga nada de "frío" en la periferia mundial. Por lo tanto, utilizo el concepto de Guerra Fría porque ha sido el más aceptado durante las últimas décadas, pero considero necesario el desarrollo de uno más adecuado para las academias fuera de Estados Unidos, Rusia y Europa.

⁶² Laura Castellanos, *México Armado*. (México: Era, 2016), 54.

aprehendido cuando el ejército ocupó Ciudad Universitaria y fue encarcelado en Lecumberri hasta el 26 de enero de 1971.⁶³ En fin, las prácticas anticomunistas implantadas por los estadounidenses y apropiadas por el gobierno mexicano, no debieron dejar un muy buen sabor de boca a los militantes de izquierda.

De un lado tenemos a la izquierda, pero ¿qué pasó con la derecha? A mediados de la Segunda Guerra Mundial, la industria en México para consumo interno y exportación había crecido de manera significativa, por la falta de importaciones europeas y estadounidenses. Sin embargo, cuando el conflicto comenzó a bajar de intensidad en el año de 1944, las importaciones provenientes de los Estados Unidos comenzaron a aumentar; esto, sumado a la falta de inversión de los capitalistas mexicanos para desarrollar mercancía de mejor calidad y la preferencia de los compradores mexicanos por consumir productos norteamericanos, comenzó a detener a la industria mexicana, lo que hizo que los empresarios mexicanos pidieran al gobierno aranceles para proteger sus ganancias. Sin embargo, cuando Ávila Camacho intentó aplicar medidas arancelarias, el gobierno norteamericano protestó, argumentando que hubieran violado el espíritu del tratado de comercio que se firmó en el año de 1942.⁶⁴

Esto obviamente causó molestias en los empresarios mexicanos, pero a mediados de la década de los cincuenta, gracias a estudios que la CEPAL hizo sobre la región latinoamericana, se le recomendaron a México desarrollar distintas reformas económicas, “El Programa reconoce que la pobreza y la inequitativa distribución de la riqueza y del ingreso no pueden combatirse con técnicas de “goteo”; producir primero y distribuir después.”⁶⁵ En otras palabras, hubo un periodo entre la Segunda Guerra Mundial y la implantación de las políticas del *Desarrollo Estabilizador* en donde las importaciones de los

⁶³ Aarón Bravo Jiménez, “Eli Eduardo de Gortari de Gortari”, Universidad Autónoma Metropolitana: División de ciencias sociales y humanidades, <https://goo.gl/XJajgo> (consultado el 18 de noviembre de 2017).

⁶⁴ Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952: Hacia la utopía industrial*, (México: COLMEX, 2006), 39-40.

⁶⁵ Rafael Izquierdo, *Política hacendaria del desarrollo estabilizador, 1958-1970*, (México: FCE, 1995), 42.

Estados Unidos fueron más significativas que en años posteriores y éstas molestaron mucho a la burguesía nacional.

Sin embargo, la posición empresarial no es la única derecha que existía en México, pues en el espectro político hay muchas posiciones que son consideradas de derecha o izquierda. De la que acabamos de hablar puede ser considerada como la derecha hegemónica, la que tiene mucha más fuerza. Del otro lado, hay derechas que son mucho más conservadoras. Una de estas perspectivas de derecha es el sinarquismo, que fue un movimiento masivo de inspiración católica y de ideología anticomunista.⁶⁶ Esto no significa que esta organización fuera solo anticomunista, pues como movimiento cristiano nacionalista, también tenía su disgusto por los Estados Unidos,

El nacionalismo sinarquista iba aunado a una profunda fobia hacia los Estados Unidos. Los líderes sinarquistas recordaban a sus partidarios las afrentas de Estados Unidos a México desde la invasión y la pérdida del territorio en el siglo XIX, hasta las políticas racistas que se tenían contra los negros y contra los mexicanos emigrantes [...] la mayor razón del “antiyanquismo” estaba en el terreno de lo ideológico, ya que lo que más se temía de los Estados Unidos era su liberalismo [...] y la entrada de grupos protestantes -que pretendían destruir la unidad católica mexicana y sus valores-. Y es que en el liberalismo y el protestantismo, los sinarquistas miraban una actitud “agresiva de la política estadounidense” tendiente a minar la unidad nacional.⁶⁷

Parece ser que el temor de las izquierdas, como el de las derechas, es el exceso de influencia norteamericana en México. Por un lado, la izquierda buscaba eliminar la condición periférica de México, separándolo de los Estados Unidos para poder desarrollar una sociedad transitoria al Comunismo. Los empresarios, por su lado, temían que la influencia de los Estados Unidos se reflejara en una pérdida de

⁶⁶ José Gustavo González Flores, “Los motivos del sinarquista. La organización y la ideología de la Unión Nacional Sinarquista”, *Revista Culturales*, núm. 1 (enero-junio 2015), 51.

⁶⁷ José Gustavo González Flores, “Los motivos del sinarquista. La organización y la ideología de la Unión Nacional Sinarquista”, *Revista Culturales*, núm. 1 (enero-junio 2015), 71-72.

generación de capital. Mientras tanto, los sinarquistas y grupos similares, aborrecían el pensamiento estadounidense, pues atentaba contra los valores cristianos de México. Parece ser que, no importa la posición en la que uno se pudiera encontrar, los Estados Unidos siempre parecieron peligros (con justa razón).

Contexto académico

En el caso de la academia histórica mexicana, si la tomamos como una esfera de la sociedad civil gramsciana, uno puede observar que su desarrollo va de la mano de los procesos políticos mexicanos de todo el siglo XX. Por ejemplo, durante el Porfiriato, con esta necesidad de mostrarse como seres racionales y lógicos cercanos a los europeos, los intelectuales mexicanos adoptaron al positivismo para transformar a la sociedad mexicana con la rígida concepción científica del siglo XIX. La historia no es la excepción a la regla pues como dice Florescano “En general, los grandes historiadores de la época, apelaron más a la erudición, al documento que respaldaba sus afirmaciones y permitía una interpretación objetiva de los hechos, que a intereses políticos o de otro tipo.”⁶⁸

En este sentido, uno podría interpretar la obsesión con la objetividad, el conocimiento científico y el esfuerzo por evitar cualquier parcialidad, como una narrativa enfocada a convertir al hombre (en este caso al mexicano) en un ser lógico, racional y no supersticioso. Continúa Florescano “Esta tendencia elevó el nivel de las investigaciones y opuso una barrera a las improvisaciones, limitando de paso los efectos de la historiografía partidista.”⁶⁹ Esta interpretación histórica, la búsqueda constante de la verdad y la objetividad, choca y se destroza por completo con el gran evento que cambió por completo al México del siglo XX: La Revolución Mexicana. Si el acercamiento al hombre racional europeo era el discurso a inicios

⁶⁸ Enrique Florescano, “Notas sobre la producción histórica en México”, en *La historiografía del siglo XX en México*, comp. Evelia Trejo (México: UNAM, 2015),38.

⁶⁹ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 38.

de siglo, la historiografía posrevolucionaria busca la reivindicación popular, separándose por completo del proyecto positivista

Desde que aparece, y por mucho tiempo más, el movimiento intelectual que surge de la Revolución e[sic] intenta crear una cultura que exprese la nueva realidad del país, se manifiesta como una vuelta a los orígenes a las raíces históricas. El indígena será el símbolo de ese movimiento nacionalista [...] el redescubrimiento y la exaltación de su pasado, la base sobre la cual se pretenderá fundar una cultura nacional⁷⁰

La concepción del indígena dentro del pensamiento mexicano ha sido siempre la de un hombre explotado, empujado a los rincones más lejanos y más pobres, obligado a vivir en una pobreza extrema. Se ha dicho muchas veces que en México nunca se ha tomado en cuenta al indígena contemporáneo, solamente al prehispánico. Una de las cosas que logró la Revolución Mexicana, fue la apropiación de la situación del indígena a principios del siglo XX como un ser explotado y lograr que en el pensamiento colectivo se aceptara esta condición, para ser reivindicada en la historiografía nacional.

En esta primera etapa del pensamiento posrevolucionario, el primer acercamiento que tuvo la población en general a esta nueva ideología fue con los grandes muralistas del siglo XX, José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, por hablar de los más conocidos. Fue en sus murales urbanos en donde se expresaron las “primeras cátedras” de la nueva concepción histórica,⁷¹ verdaderos laboratorios pedagógicos para una población altamente analfabeta.

A principios de la década de los veinte, en la esfera académica aparecieron figuras como Manuel Gamio quien, junto a otros colaboradores, publicaron en 1922 *La población del Valle de México*, magna obra de la arqueología mexicana. En 1928 Mendizábal publica su *Influencia de la sal*, obra que demarca

⁷⁰ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 39.

⁷¹ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 40.

las regiones de Aridoamérica y Mesoamérica. Además del enfoque indígena, surgieron otras ramas en la historia, por ejemplo, la reivindicación del pasado español, con obras como *Historia de la Iglesia en México* (1921-1928) de Mariano Cuevas y la *Historia de la América española* (1921-1926) de Pereyra.⁷²

Considero importante remarcar un par de puntos que pudieran pasarse por alto o ser malinterpretados. El primero de ellos es acerca del positivismo. A pesar de que la perspectiva histórica cambió tras la Revolución Mexicana, muchos elementos de la corriente anterior se mantuvieron fuertemente instalados en la práctica histórica, como la rigurosa metodología en la escritura histórica, las pretensiones de la búsqueda de la verdad y el trato de la disciplina histórica como ciencia. El hecho de que una corriente hegemónica sea reemplazada, no significa que sea totalmente eliminada de la consciencia o en las prácticas de la búsqueda del conocimiento. Seguirá influyendo de manera significativa de una u otra manera en los trabajos de los intelectuales.

El segundo punto trata de la diversidad en el pensamiento histórico de México. Solo porque la reivindicación indígena haya tomado un papel central en la historiografía, no significa que hayan desaparecido otros enfoques de investigación. Lo que muestran los trabajos de Mariano Cuevas y Pereyra, es que la investigación de diversos temas en la academia, construye el camino para la profesionalización de la historia para los siguientes años. Esto no le quita el peso ideológico al indigenismo, lo justifica al permitir la existencia de otras ramas de estudio.

Es en la década de los treinta cuando la historia comienza a tomar un fuerte impulso, pues se desarrollan una serie de congresos de historia “[...] estableciéndose contactos entre los estudiosos y organizándose las investigaciones, en especial, aquellas de historia regional”⁷³, se fundan diversas revistas

⁷² Wigberto Jiménez Moreno, “Cincuenta años de historia mexicana”, *Historia Mexicana*, (enero-marzo 1952): 450-451.

⁷³ Jiménez Moreno, “50 Años de historia mexicana”, 451.

de corte histórico y se sistematiza la enseñanza de la historia y la antropología, forjando una fuerte generación de antropólogos y humanistas.

Se comienzan a cultivar distintas ramas de la historia en México gracias a la existencia de varios intelectuales. Por ejemplo, un posible acercamiento a la filosofía de la historia se dio con Samuel Ramos y su obra *El perfil del hombre y de la cultura en México* (1934). La historia económica tuvo un impulso gracias a Chávez Orozco, Fernando Sandoval y Agustín Cué Cánovas; la historia regional también creció gracias a Primo Feliciano Velázquez y Vito Alessio Robles; finalmente, la historia de las ideas maduró en el Colegio de México gracias a las cátedras de José Gaos.⁷⁴

No creo que sea aventurado considerar a la década de los treinta como el arranque intelectual del México contemporáneo. En cambio, la década de los cuarenta fue el periodo de consolidación de diversas instituciones de estudio, investigación y publicación histórica, que terminó por darle forma al estudio histórico mexicano. No hay que olvidar, además, que ésta es la década que comienza a consolidar al PRI como la fuerza política hegemónica en México, por lo que no es coincidencia el tiempo de estos dos procesos, pues van de la mano.

La estructuración de instituciones permite un mayor volumen de producción histórica y nuevas opciones académicas, como viajes de estudio o largos trabajos de investigación. Como tal, hay tres instituciones principales de estudio histórico que se cimentaron en la década de los cuarenta: El Colegio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Fue a principios de esta década, en el año de 1940, cuando se funda el Centro de Estudios Históricos del COLMEX y bajo la dirección de Silvio Zavala, se reúnen a un gran grupo de pensadores e historiadores españoles y mexicanos (educados en Europa) para darle forma a esta institución. Es en uno

⁷⁴ Jiménez Moreno, "50 Años de historia mexicana", 453-454.

de estos seminarios, donde José Gaos promueve la historia de las ideas en América, marcando a estudiantes mexicanos y latinoamericanos. Posteriormente, entre los años de 1948 y 1957, se labora el Seminario de Historia Moderna de México bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas, que terminó por publicar una de las obras colectivas más importantes en su momento, la *Historia moderna de México* (1955-1965). También fue en el año de 1951, cuando Cosío Villegas funda la revista histórica trimestral *Historia Mexicana*.⁷⁵

Por su parte, durante mucho tiempo la UNAM ha promovido el estudio y la publicación de obras históricas, pero no es sino a partir de la fundación de su Instituto de Historia en el año de 1945, cuando la producción aumentó de manera considerable. Al igual que en el COLMEX, gracias a la influencia de José Gaos, la historia de las ideas dominó en su momento gran parte de las preocupaciones históricas de la Universidad Nacional. Además, se fundaron dos seminarios de estudios indígenas: el de Cultura Náhuatl, dirigido por Ángel María Garibay K. junto con Miguel León-Portilla, y el de Cultura Maya, a cargo de Alberto Ruz Lhuillier. Los miembros de estos seminarios publicaban sus trabajos en las revistas de *Estudios de Cultura Náhuatl* y *Estudios de Cultura Maya*;⁷⁶ esto es muestra de la continuación de la nueva ideología que dominaba la academia y el México posrevolucionario.

Finalmente, la tercera gran institución, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, se fundó en el año de 1939. Posteriormente, en el año de 1942, se funda la Escuela Nacional de Antropología e Historia, que ha preparado a un gran número de generaciones de antropólogos físicos y sociales, arqueólogos, etno-historiadores y en menor medida a historiadores. “Desde su fundación, el Instituto ha promovido la investigación arqueológica e histórica de las antiguas culturas que habitaron el territorio mexicano; la exploración y conservación de sus monumentos, el estudio de los grupos indígenas actuales

⁷⁵ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 45.

⁷⁶ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 46-48.

y la publicación de un extenso número de obras relacionadas con esos temas.”⁷⁷ Uno podría entender al INAH y a la ENAH como las joyas de la corona del Estado mexicano en la preservación y apropiación del pasado indígena como narrativa estatal.⁷⁸

Aunque la ENAH dio espacio a distintos órganos de difusión para la publicación de trabajos históricos (siendo conscientes que sus ramas principales son la antropología y la arqueología), como en su revista *Anales*, desde el año de 1958 se le abrió la puerta a la disciplina histórica con su *Serie de Historia*, mientras que sus revistas de *Acta Antropológica* y *Tlatoani* se centraban más en los estudios de antropología. También cabe mencionar a la Sociedad Mexicana de Antropología, organización independiente de del INAH y el ENAH que cumplió tareas parecidas.⁷⁹

Hay que recordar que todos estos esfuerzos de los que he hablado ocurrían principalmente en la Ciudad de México y eran la excepción en el desarrollo histórico nacional, pues hasta ese momento en el resto del país, la historia regional se mantuvo en pie gracias a esfuerzos individuales de eruditos locales, que podían culminar en esfuerzos colectivos como la creación de sociedades de historiadores que protegían las historias regionales.

A pesar de esto, en la misma década en que se daba el boom del estudio histórico como disciplina académica en el centro del país, se comenzaron a constituir muchos centros y sociedades dedicadas a la escritura de esta disciplina, por ejemplo, La Sociedad Neolonesa de Historia, Geografía y Estadística en 1942; la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos en 1945; el Centro de Estudios Históricos de Guadalajara en 1945 y el Departamento de Antropología e Historia de Nayarit en 1946, entre otros.⁸⁰

⁷⁷ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 49.

⁷⁸ A pesar de que la ENAH no tenga mucha importancia para la historiografía referente a los Estados Unidos, si la tiene para la construcción de la conciencia nacionalista.

⁷⁹ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 50.

⁸⁰ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 50-51.

Finalmente, instituciones estatales dedicadas al estudio y la preservación de la historia también tuvieron su importancia en el desarrollo de la disciplina durante la década de los cuarenta, cincuenta y sesenta, como el Archivo General de la Nación (AGN), que se distinguió durante décadas por la publicación de diversas series documentales. La reapertura de la Biblioteca Nacional volvió a poner al servicio de los investigadores sus ricos fondos y un *Boletín* donde daba a conocer sus trabajos y actividades oficiales. Finalmente, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística alentó los estudios históricos en su publicación *Boletín*, un ejemplo de esto fue la publicación de una serie de libros sobre la Intervención Francesa.⁸¹

Bien, observamos que la disciplina histórica se ha desarrollado durante estas décadas, tomando un camino mucho más formal durante los veinte/treinta e institucionalizándose en los cuarenta. Se abrieron espacios que permitieron un desarrollo significativo, convirtiéndose para México, en una verdadera institución académica en el país. Un ejemplo ideal para mostrar la complejidad del pensamiento histórico durante ésta última década, que muestra el crecimiento de esta disciplina, fue el evento que se desarrolló en el mes de junio de 1945 en el COLMEX, que consiste en tres sesiones donde distintos historiadores de prestigio discutieron distintos aspectos de la historia. Por la naturaleza de esta obra, no profundizaré mucho en sus postulados e interpretaciones, pero es importante puntualizar la clase de discusiones que se llevaron a cabo en estos años.

En la primera sesión, dedicada a la discusión sobre el sentido de la verdad histórica, la ponencia que Edmundo O’Gorman presenta es una reflexión que surge a partir del choque de la antigua historiografía científica y el nuevo camino que la disciplina tomaba. “Nuestra época, como todas las épocas llamadas de crisis, presenta el espectáculo de una lucha violenta entre unas creencias que

⁸¹ Florescano, *La historiografía del siglo XX*, 52.

constituyen la tradición inmediata y otras creencias que forman el nuevo programa.”⁸² La crítica central de O’Gorman se enfoca a la forma de concebir a la historia como un ser eterno e inamovible.

El problema con esta percepción inmutable es que se considera al pasado como un objeto que no afecta ni al presente o a los historiadores que lo estudian, y que asume que cualquier intervención subjetiva del historiador es un error de su parte. Resumiendo la conclusión de O’Gorman, no solo es imposible conseguir el objetivo de escribir historias que logren capturar todos los documentos pertinentes sobre un evento en particular, nosotros los historiadores no somos seres objetivos, sino seres humanos que son afectados por su pasado y que constantemente lo observarán de muy diversas maneras, pues el paso del tiempo y la distancia hará que las distintas generaciones cambien sus perspectivas del pasado.

A pesar de lo que se ha dicho, de la complejidad que tomó la perspectiva histórica y sus avances teóricos, la historia no se encontró totalmente separada de los “profanos de la historia”, de aquellos que estaban fuera de los círculos académicos. A pesar de que un libro de teoría histórica, u otros textos demasiados especializados no hayan podido ser muy accesibles a este público general, no significaba que no se escribieran textos con una complejidad menor, enfocados a la creciente población alfabetizada. Es así como, en muchos casos, el conocimiento y las interpretaciones históricas lograban alcanzar a la población, fuera del contacto académico y escolar. Estas interpretaciones, como se logrará notar en esta tesis, no son necesariamente producto de una formación formal en la disciplina histórica, sino de una visión histórica, la aplicación de herramientas historiográficas para poder construir un texto de historia y el deseo de contar el pasado como el autor lo percibe, al público en general.

⁸² Edmundo O’Gorman, et al., “Sobre el problema de la verdad histórica”, en *La teoría de la historia en México*, comp., Álvaro Matute (México: FCE, 2015), 94.

Capítulo III: Análisis de la historiografía referente a la diplomacia de México y Estados Unidos. Lectura de Agustín Cue Cánovas, Mario Gill y Lorenzo Meyer.

Las relaciones de México con los Estados Unidos han sido turbias y dispares a lo largo de su historia, a tal punto que incluso hoy, en el año de 2018, las cuestiones políticas son dictadas desde el norte. En este capítulo analizaremos a tres autores, Agustín Cue Cánovas, Mario Gill y Lorenzo Meyer, quienes estudiaron distintos eventos en las relaciones de México y Estados Unidos, teniendo premisas y conclusiones similares en cada uno de sus textos.

El Tratado Mc Lane-Ocampo: Juárez, los Estados Unidos y Europa

Esta obra fue escrita por Agustín Cue Cánovas y publicada originalmente en el año de 1956 por la Editorial Libros Económicos. El texto a grandes rasgos es monográfico y repasa el proceso en que se discutió el Tratado Mc Lane-Ocampo entre los gobiernos de los Estados Unidos y México, insertándolo en el contexto político e histórico de la época. Cánovas utiliza una gran cantidad de transcripciones de fuentes de la década de los cuarenta y de los cincuenta del siglo XIX para poder mostrar la situación en la que se encontraban los dos países y los actores que actuaban a favor o en contra de construir un paso entre los océanos Pacífico y Atlántico a través del Istmo de Tehuantepec y el eventual Tratado Mc Lane-Ocampo.

La obra de *El Tratado Mc Lane-Ocampo* se divide en XXXVI capítulos acomodados en tres partes. La primera parte, que junta los capítulos I al XVII, comienza definiendo qué es el Tratado Mc Lane-Ocampo⁸³, transcribe los puntos más importantes y narra los procesos anteriores a la consolidación del Tratado, comenzando con las concesiones que, en el año de 1842, el gobierno de Santa Anna expide a un

⁸³ Acuerdo entre los Estados Unidos y el gobierno liberal mexicano durante la Guerra de Reforma en el año de 1859, que permitía el libre tránsito de tropas estadounidenses por el territorio mexicano.

ciudadano mexicano, José de Garay, para establecer una comunicación a través del istmo de Tehuantepec y poblarlo con colonos, para conectar los océanos Pacífico y Atlántico.

El resto de esta sección se centra en las pretensiones norteamericanas de tener un control en alguno de los tres puntos que pudieran conectar estos dos cuerpos de agua, que se encontraban en Nicaragua (país con una fuerte influencia del imperio británico), Panamá (un punto relativamente lejano a los otros dos) y Tehuantepec en México. Por razones geográficas y de influencia política, la mayor parte de los esfuerzos durante las décadas del 40 y el 50 del siglo XIX, se centraron en construir este paso en México, pues tenía una ruta directa con el puerto de Nuevo Orleans.

De Garay había transferido sus concesiones a los súbditos de la corona inglesa, Manning, Mackintosh y Schneider, en el año de 1847 y apenas un año después, volvieron a cambiar de manos, esta vez a norteamericanos, a una compañía llamada P. A. Hargous y socios. Esto trajo consigo una serie de negociaciones entre México y los Estados Unidos, en donde el gobierno norteamericano buscaba conseguir diversos privilegios para el uso de esta conexión, entre ellos una neutralidad igual entre los dos países para poder cruzar el paso.

Existieron dos tratados, el de 1850 y el de 1851, donde se discutieron diversos puntos en la cuestión del cruce, pero por distintas razones, ninguno de los dos logró consolidarse por completo. Finalmente, en el año de 1853 el gobierno de Santa Anna cede el territorio de La Mesilla que se encontraba en el norte de México a los norteamericanos con un tercer tratado, el "Tratado de La Mesilla". El artículo VIII de éste es de suma importancia para entender las discusiones acerca del Tratado Mc Lane-Ocampo, porque permitía el libre cruce de armamento y municiones proveniente de los Estados Unidos por el Istmo de Tehuantepec.

La parte final del artículo VIII del llamado tratado de "La Mesilla", concertado por el gobierno norteamericano con la última administración del nefasto Antonio López de Santa Anna, establecía

textualmente:

“Los dos Gobiernos celebrarán un arreglo para el pronto tránsito de tropas y municiones de los Estados Unidos, que este Gobierno tenga ocasión de enviar de una parte de su territorio a otra, situada en partes opuestas del continente.”⁸⁴

Este artículo se mantuvo vigente hasta el año de 1937, durante la administración de Lázaro Cárdenas. Más que un uso práctico en los últimos años de su existencia, éste era un artículo simbólico de subordinación mexicana al gobierno de los Estados Unidos; sin embargo, en los años inmediatos a la cesión de La Mesilla, era utilizado como una fuerte amenaza en contra del gobierno mexicano y fue columna central en la firma del Tratado Mc Lane-Ocampo.

La segunda parte, capítulos XVIII al XXIX, comienza con las negociaciones surgidas a partir del Tratado de La Mesilla, donde los embajadores Forsyth y Mc Lane buscaron continuar con la política mexicana del entonces presidente norteamericano Buchanan (presidente electo esclavista) para poder conseguir cualquier posible ventaja estadounidense a costa de México; el método principal que concebía Buchanan para conseguir este objetivo era con la compra de territorios que engrosaran las filas de los estados esclavistas en Estados Unidos que pudieran darle al sur una ventaja numérica en contra de los estados del norte, pues durante estos años de finales de la década de los cincuenta, las luchas entre el partido Demócrata esclavista y del joven Republicano por el control político de los Estados Unidos estaban tomando mucha fuerza.

La tercera parte, los capítulos del XXX al XXXVI, tienen menos tintes narrativos y mucho más técnicos, pues se centran en descripciones más precisas acerca de diversos puntos del tratado, el papel que jugaba Tehuantepec en el comercio mundial, el rechazo que tuvo por el Senado estadounidense y los

⁸⁴ Agustín Cue Cánovas, *El Tratado Mc Lane-Ocampo: Juárez, Los Estados Unidos y Europa*. (México: Editorial Libros Económicos, 1968), 3ra edición. 78

eventos inmediatos a esta decisión, como el inicio de la Guerra Civil en Estados Unidos, y la situación política en México justo antes de la invasión francesa.

La narración de Agustín Cue Cánovas en su libro se basa mayoritariamente en las fuentes, deja que “los documentos hablen por sí mismos” y a primera vista podría parecer que muy pocas veces ofrece una opinión acerca de los Estados Unidos, pero también se puede entrever ciertas tendencias y preferencias, como en esta pequeña parte de su prólogo: “Sobre un transfondo(*sic*) de intimidaciones, ataques, intromisiones políticas, planes de ocupación militar y proyectos de conexiones territoriales, inspirados y dirigidos por políticos y estadistas norteamericanos de entonces, se traza un cuadro completo de las relaciones entre México y los Estados Unidos durante más de una década.”⁸⁵

Cánovas entiende la existencia del imperialismo estadounidense como una política, una práctica y una realidad que los Estados Unidos han llevado a cabo desde el siglo XIX sobre el resto de América Latina y México no solo no es la excepción, al contrario, es el ejemplo más claro, pues el territorio mexicano era necesario para poder cumplir las pretensiones transoceánicas norteamericanas. Esto se puede ver en diversas partes de su libro que se tratarán más adelante en este trabajo, pero daremos un rápido vistazo a estos:

Después de la adquisición de la Alta California y del Oregón, obtenido de Inglaterra, el “destino manifiesto” de una gran República continental que se extendiera del Atlántico al Pacífico y que convertía a los Estados Unidos de Norteamérica en una potencia con intereses asiáticos se había cumplido. Pero la realización de este “destino manifiesto”, habría de estimular e intensificar el interés de Norteamérica por la apertura de una vía de comunicación interoceánica a través de Nicaragua, Panamá o Tehuantepec [...] ⁸⁶

⁸⁵ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 4.

⁸⁶ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 27.

Este imperialismo no se podría entender sin la doctrina del destino manifiesto que es una idea nombrada y definida por primera vez por John L. O'Sullivan en la década de 1840, que defendía la idea expansionista estadounidense hacia el oeste, la masacre de grupos indígenas y la ayuda que ofreció el gobierno de los Estados Unidos para la separación de Texas “[...]other nations had intruded, he said, “for the avowed object of thwarting our policy and hampering our power, limiting our greatness and checking the fulfillment of our manifest destiny to overspread the continent allotted by Providence for the free development of our yearly multiplying millions.”⁸⁷ Es una racionalización del expansionismo estadounidense a través del continente y la explotación y opresión de grupos humanos distintos a lo que se consideraba en ese entonces “civilizado”.

Sin embargo, Cánovas no busca (según sus palabras) mostrar de manera intencional una imagen tendenciosa sobre los Estados Unidos. Él entiende al destino manifiesto y al imperialismo estadounidense como realidades, pero realidades históricas, capaces de ser comprendidas, estudiadas y contextualizadas, eliminando cualquier intento de totalizar a la historia. Así, Cánovas muestra un científicismo histórico riguroso de estas relaciones entre México y Estados Unidos. En el mismo prólogo, el autor ofrece al lector una pretensión de imparcialidad acerca de su estudio:

Sin embargo, éste no es un libro antiamericano. No pretendo contribuir a extender y ahondar una situación deteriorada en las relaciones entre dos pueblos, producida aquélla por la acción de gobiernos, políticos y negociantes egoístas y codiciosos, que respecto a México han actuado inspirados por la llamada política del gran garrote o por la diplomacia del dollar(*sic*). Se dirige principalmente al gran pueblo norteamericano, con el propósito que conozca y comprenda los objetivos, características y manifestaciones de ese programa de expansión económica y territorial desarrollado durante el periodo a que se refiere esta obra, y que después de dicha etapa ha

⁸⁷ Reginald Horseman, *Race and Manifest Destiny*. (Londres: Harvard University Press, 1981), 219.

seguido realizándose como expresión de una política contraria al progreso y soberanía plena de nuestro pueblo.⁸⁸

Cánovas es claro en este párrafo. pues separa a la sociedad americana de su historia y de su gobierno, siendo consciente de que el posible lector norteamericano que tome este libro no es el mismo que el gobierno estadounidense y que su historia no tiene por qué definirlo como un ente que replica de manera natural el imperialismo norteamericano. De cierta manera, Cánovas construye tres Estados Unidos diferentes entre sí: dos del siglo XIX (uno esclavista demócrata, otro liberal republicano) y uno contemporáneo del siglo XX.

Comencemos primero con sus Estados Unidos contemporáneos. Cánovas comprende a los Estados Unidos como un gran imperio, que busca mantener sus intereses incluso si estos van en contra de la autodeterminación de los pueblos. A pesar de eso, se puede observar en la última cita mencionada que es empático con la sociedad estadounidense contemporánea, mucho más que con los Estados Unidos del siglo XIX, pero eso lo trataremos más adelante. Con respecto a este siglo XX, Cánovas habla de la remoción del artículo VIII del Tratado de La Mesilla en el año de 1937:

El artículo VIII del tratado de límites de 1853, celebrado como hemos dicho por Mr. James Gadsden por Estados Unidos, y por Don Manuel Diez de Bonilla a nombre de Santa Anna, estuvo en vigor hasta 1937. En abril de ese año, el gran Presidente(sic) de los Estados Unidos de Norteamérica Mr. Franklin Delano Roosevelt, en acto de demostración de la política de la "Buena Vecindad" por él inaugurada, accedió a nombre de su administración a derogar dicho artículo. Fue el entonces embajador de México, doctor Francisco Castillo Nájera quien, en representación del gobierno revolucionario del general Lázaro Cárdenas, obtuvo de la administración presidida por el gran

⁸⁸ Cánovas, "El Tratado Mc Lane-Ocampo", 4.

demócrata norteamericano, la derogación del artículo en cuestión, que consistía una servidumbre virtual de México a favor de la poderosa nación del Norte.⁸⁹

En primer lugar, nótese la manera en cómo se dirige Cánovas a Franklin Roosevelt llamándolo “el gran presidente” o “el gran demócrata norteamericano”. Al ofrecerle tal adjetivo calificativo, convierte a Roosevelt (y por consecuencia a su gobierno) en alguien que debe de ser admirado. Segundo, Cánovas busca interpretar la eliminación del VIII artículo como un símbolo de la aparente igualdad entre los dos países, de cierta manera minimizando o incluso eliminando cualquier relación de subordinación a los Estados Unidos.

Esta última parte puede parecer una contradicción con lo que se mencionó en una cita anterior “[la expansión económica y territorial por parte de los Estados Unidos] ha seguido realizándose como expresión de una política contraria al progreso y soberanía plena de nuestro pueblo”, asumiendo que, hasta ese momento, los Estados Unidos han seguido teniendo una gran influencia sobre México. Sin embargo, interpreto esta parte no como una contradicción, sino como una preferencia de Cánovas por cierta clase de gobernantes y políticas del corte del *New Deal* norteamericano como lo fue Franklin D. Roosevelt, que se pueden ver reflejadas en contraposición a sus posturas sobre los dos Estados Unidos del siglo XIX que mencioné anteriormente.

Ahora, la visión sobre los republicanos estadounidenses antiesclavistas también tiene una visión positiva, centrándose en un héroe del nacionalismo estadounidense: “Hasta fines de enero de 1861 y en plena rebeldía de los Estados Unidos del sur contra el triunfo electoral del gran antiesclavista Abraham Lincoln, Kansas fue admitido en la Unión norteamericana, pero como Estado libre.”⁹⁰ A pesar de que no hay muchas menciones acerca de la parte republicana de los Estados Unidos (hay muchas más menciones

⁸⁹ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 79.

⁹⁰ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 111.

de la política esclavista), se nota en la manera de hablar sobre éstos que su postura no es tan negativa. Sin embargo, es consciente que cualquier situación en la que fue favorable México gracias a los republicanos, no fue porque ellos hayan buscado ayudarlo, sino que fue consecuencia de las pugnas políticas que existían en esos años, como se puede ver en esta cita.

El tratado [Mc Lane-Ocampo], reformado por los miembros de la Comisión de Relaciones del Senado, fue presentado nuevamente a los miembros de éste en sesión extraordinaria ocurrida el 31 de mayo de 1860. Después de cuatro horas de debate, la cámara de senadores lo reprobó definitivamente por 27 votos contra 18 [...] Catorce senadores del sur y cuatro del norte votaron a favor del tratado, y en contra de éste veintitrés del norte y cuatro del sur. En síntesis una mayoría de senadores antiescalvistas y opuestos por tanto a la expansión política de los esclavistas sureños, decidió con su voto el rechazo del tratado Mc Lane Ocampo.⁹¹

Respecto a los Estados Unidos esclavistas, parece ser que Cánovas les otorga ciertas características negativas, como el núcleo que replica los ideales del imperialismo estadounidense y los considera como la máxima expresión de la doctrina del Destino Manifiesto. Esto se muestra en diversas maneras, no solo con párrafos tomados de distintos discursos del presidente Buchanan y de senadores con pretensiones expansionistas, sino también con interpretaciones propias de Cánovas. Esta manera de ver al sur esclavista como los primeros practicantes del Destino Manifiesto no es una simple preferencia que el autor tiene por el norte republicano, sino que durante todos estos años de los cuarenta y cincuenta (incluso desde que México se había convertido en una nación independiente), incontables discursos, textos y palabras gastaron tinta en sus líneas sobre cómo y cuándo se debían conseguir nuevos territorios a costa de México.

⁹¹ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 202.

Los capítulos XII y XIII, centrados en discusiones sobre las cuestiones del Tratado de Tehuantepec de 1851 en el senado norteamericano durante el año de 1852, engloban muy bien esta cosmovisión estadounidense, donde diversos senadores dieron sus puntos de vista tres meses después de que el Congreso Mexicano rechazara este tratado. El senador Brooke, por ejemplo, dijo las siguientes palabras, “[...]si los poseedores americanos del derecho de abrir la vía de comunicación por Tehuantepec, no son puestos el día 1º. del próximo marzo, o antes de esta fecha, en plena posesión de su propiedad y franquicias, el Gobierno norteamericano procedería a protegerlos en la ocupación y goce de ellos [...]”⁹², una total declaración de guerra en contra de México. Hubo otros senadores como Masson, más mordaces en sus comentarios en contra de México, pero este pequeño párrafo engloba perfectamente la actitud de los políticos pro-invasores.

Del otro lado, se encontraba el senador Seward, argumentando que la invasión a México no tendría ninguna base legal, pues las concesiones que De Garay originalmente había traspasado, solo se referían a la colonización del istmo de Tehuantepec, no a la construcción de una vía para transporte de bienes entre los dos océanos. A pesar de esto, Seward no era alguien que hubiera superado el Destino Manifiesto o el imperialismo estadounidense, nada más lejos de la realidad. La cuestión es que este senador tenía una visión mucho más sofisticada y utópica de estos dos ideales.

Enunciando planes imperialistas más ambiciosos, Seward se refería al futuro crecimiento de su país y vaticinaba que México, a la postre, pediría a los Estados Unidos lo admitiera en su confederación [...] Esta era la doctrina de Guillermo H. Seward, uno de los estadistas norteamericanos contrarios a la idea de imponer a México, por la presión diplomática o por la violencia, la concesión del derecho de paso por Tehuantepec a favor de Estados Unidos. Adviértase que su visión política se proyectaba hacia más adelante, con rumbo no sólo a la expansión

⁹² Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 59.

económica de Norteamérica en México, sino incluso a la absorción de nuestro país por la poderosa nación vecina.⁹³

Esto nos muestra que la búsqueda de la hegemonía estadounidense ha tenido muchas formas en su existencia, y estas son algunas expresiones que Cánovas apunta en su texto. Ésta alcanza su máxima expresión, con la llegada del diplomático estadounidense Mc Lane a México.

Con su llegada [de Mc Lane] se abría un nuevo capítulo de la política imperialista norteamericana en relación con México. Juárez iba a afrontar, en condiciones adversas para la nación y para el mismo partido liberal, la vigorosa presión diplomática y política de los Estados Unidos por medio de su activo y diligente representante, Mr. Robert M. Mc Lane, último agente de los intereses esclavistas norteamericanos en nuestro país.⁹⁴

Mc Lane llegaba en un momento de fuertes tensiones políticas en México, que supo aprovechar muy bien, pues durante los años de la Guerra de Reforma, cuando el gobierno de Juárez se encontraba en el puerto de Veracruz por los empujes del partido conservador, logró utilizar estos aprietos para que firmaran un tratado muy benéfico para los Estados Unidos, a cambio de apoyo militar y económico, utilizando el artículo VIII del Tratado de La Mesilla como base de negociaciones.

Bien, más que una obra que busque dar ciertas perspectivas sobre las relaciones de México y los Estados Unidos a partir de la reflexión de las interacciones entre los dos países, hay una cuestión fundamental a la que da mayor importancia el autor: el texto funciona como una justificación a Benito Juárez y a Melchor Ocampo sobre la firma del Tratado Mc Lane Ocampo. Antes que una expresión nacionalista mexicana, antes que un panfleto pro-estadounidense, Cánovas desarrolla *El Tratado Mc*

⁹³ Cánovas, "El Tratado Mc Lane-Ocampo", 66.

⁹⁴ Cánovas, "El Tratado Mc Lane-Ocampo", 104.

Lane-Ocampo como una apología al gobierno de Juárez, que fue orillado hasta las últimas consecuencias para ser negociado.

A primera vista, algunas de las concesiones otorgadas por el gobierno de Juárez al norteamericano, resultan onerosas y aun lesivas a la dignidad nacional y a los derechos de México. Pero un examen cuidadoso y sistemático de los antecedentes históricos del tratado Mc Lane-Ocampo, permitirá al lector explicarse con claridad y precisión cómo sus estipulaciones fundamentales *representaban un funesto legado de administraciones anteriores*, a la legítima y constitucional del Presidente(*sic*) Don Benito Juárez.⁹⁵

Esta es la tesis central de la obra: a partir de un análisis histórico, el autor busca mostrar cómo un tratado de esta naturaleza era inevitable; a pesar de esto, la administración de Juárez logró hacer la firma de este tratado lo menos prejuicioso para México. Cánovas es un claro juarista y anti santa-annista, justificando a Juárez en todo momento y desprecia a López de Santa Anna ante cualquier mención. “El gobierno santannista dejaba a las administraciones que habrían de seguirle un legado funesto. Con fundamento en el artículo VIII, que hemos transcrito textualmente, el gobierno de Estados Unidos habría de reclamar de México, una serie de derechos sobre el istmo de Tehuantepec.”⁹⁶ Este es, según Cánovas, el legado de Santa Anna que Juárez tuvo que soportar durante la Guerra de Reforma durante sus negociaciones con los estadounidenses.

Ejemplos como este abundan, donde Cánovas desprecia a Santa Anna, centrando su investigación en hacer entender al lector que fue su administración la que empujó al gobierno de Juárez a aceptar las condiciones del Tratado Mc Lane-Ocampo. Mientras tanto, a Ocampo lo describe como el patriota ideal, alguien que fue lo suficientemente recto y astuto para no doblarse ante las pretensiones estadounidenses

⁹⁵ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 16.

⁹⁶ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 79.

de firmar un tratado que cediera el territorio de Baja California, como un punto para aceptar la ayuda de los Estados Unidos.

A pesar del peligro real de la intervención militar norteamericana en el caso de que no se concedieran los derechos de tránsito y territoriales solicitados, la conducta política y diplomática de Ocampo fue enérgica y patriótica. Lo demuestra el disgusto de Buchanan al conocer el texto del tratado firmado por su comisionado Mc Lane, en el que se concedían derecho de tránsito y no se hacían cesiones de territorio.⁹⁷

Continúa Cánovas con esta ovación en la figura de Ocampo: “[...] en lugar de vender territorio mexicano, concedió sólo los derechos de tránsito. En ninguna época de nuestra historia, la diplomacia mexicana concedió mucho menos de lo que una potencia rapaz y poderosa exigía, a pesar de las condiciones difíciles del país y particularmente de la penuria y debilidad en que entonces se encontraba el partido liberal mexicano.”⁹⁸ Aquí surge una pregunta, ¿cuál es el afán de Cánovas por defender la administración de Juárez con tanto afán? Uno creería que al ser Juárez una de las figuras centrales del panteón nacional, no necesitaría esta clase de apoyo. Afortunadamente para nosotros, Cánovas lo dice de manera muy explícita en su texto.

Durante cerca de un siglo, la pasión política inspirada más que por la buena fe, por una actitud sectaria y ciega preñada de odio hacia Ocampo, Juárez y los liberales de la Reforma, ha pretendido contemplar en el tratado Mc Lane-Ocampo una obra de traición. Contemporáneamente, escritores que siguen la huella envenenada de Francisco Bulnes, deturpadores(*sic*) de las figuras más limpias y puras de nuestra historia, insisten en sus deleznable e interesados cargos contra los autores del tratado de 1859. Entre los más recientes debemos mencionar a Don Alberto María Carreño y Don Genaro Fernández Mac Gregor, Por(*sic*) es necesario todavía lograr sentencia ejecutoriada con

⁹⁷ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 119.

⁹⁸ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 128.

relación a la conducta de Juárez y Ocampo, frente a la ambiciosa política territorial y de expansión económica de los Estados Unidos.”⁹⁹

En otras palabras, Cánovas escribió este texto como una respuesta a revisionistas de la historia que interpretaban la figura de Juárez de maneras distintas al héroe patrio. Es con esta visión liberal, que podemos definir su *Mode of Emplotment*: la perspectiva de la trama de Cánovas es romántica y Hayden White la define de la siguiente manera. “*Romance is fundamentally a drama of self-identification symbolized by the hero’s transcendence of the world of experience, his victory over it and his final liberation from it [...] it is a drama of the triumph of good over evil, of virtue over vice, of light over darkness [...]*”¹⁰⁰. Cánovas ve a Juárez y a Ocampo como héroes, personajes que se sobrepusieron a distintos obstáculos (los Estados Unidos, los gobiernos anteriores, los conservadores) y consiguieron una victoria política y geopolítica sobre sus enemigos. Esta es en pocas palabras su *Mode of Emplotment*.

Mientras tanto, la *Explanation by Ideological Implication* es un poco más compleja de definir, por las tres visiones que el autor tenía sobre los Estados Unidos. Sin embargo, si cambiamos la perspectiva un poco, entonces podemos vislumbrarlo: poniendo esta triple visión a un lado por un momento, Cánovas siempre vio al gobierno de Juárez como una fuerza que logró mantener la unión de México en contra de los Estados Unidos. En otras palabras, en oposición a los héroes Juárez y Ocampo, los Estados Unidos funcionan como el mayor obstáculo que superar, como un peligro inminente que siempre flota sobre sus cabezas, sobre todo en los momentos más difíciles (durante la Guerra de Reforma).

Tomando esta perspectiva, podemos asumir lo siguiente: a pesar de que Cánovas busca tener una postura de *Indiferencia* con los Estados Unidos, mostrar una imparcialidad sobre estos países, no puede evitar verlos como un país que constantemente busca entrometerse en los asuntos mexicanos para sus

⁹⁹ Cánovas, “El Tratado Mc Lane-Ocampo”, 119.

¹⁰⁰ White, “Metahistory”, 8-9.

propios fines. Como dijo en una cita anterior, “[los Estados Unidos expresan] una política contraria al progreso y soberanía plena de nuestro pueblo[...]”. Por lo tanto, considero que la clasificación de *Explanation by Ideological Implication* más adecuada para la obra de *El Tratado Mc Lane-Ocampo: Juárez, los Estados Unidos y Europa*, es una perspectiva de desprecio al imperialismo y destino manifiesto norteamericanos.

Nuestros buenos vecinos

El punto central de este texto historiográfico es pensar si es posible que durante la década de los años cincuenta y sesenta, era real la búsqueda norteamericana de anexionarse más pedazos de territorio mexicano. Puede parecer una idea ligeramente alocada, pero hay que recordar que para los años en que Mario Gill terminaba de escribir este libro, las pretensiones de expansionismo estadounidense sobre el territorio mexicano habían ocurrido hace menos de cuarenta años, por lo que los miedos de Gill tenían una base en la memoria histórica fuerte. Esta reflexión de Mario Gill surge a raíz de una encuesta creada por una empresa norteamericana

Por primera vez, después de muchos años, ha vuelto a plantearse, aunque aislada e hipócritamente, por una empresa privada, la pretensión que todos considerábamos liquidada para siempre. Según publicó el boletín confidencial *De la Política Opinamos*, en su número 14, una empresa norteamericana productora de cosméticos ha incluido en el cuestionario que debe contestar todo aspirante a empleo en dicha negociación, estas preguntas: “¿Estaría Ud de acuerdo en que los EE UU de América invadieran, ocuparan y anexaran a su territorio actual lo que *hasta ahora* es el territorio de México? En caso contrario, ¿aceptaría Ud esa anexión de México a los EE UU de América, si llegara a realizarse por medio de un entendimiento amigable y pacífico entre los gobiernos de ambos países?”¹⁰¹

¹⁰¹ Mario Gill, *Nuestros buenos vecinos*. (México: Editorial Azteca S.A., 1959), 4.

El siguiente texto fue escrito por Mario Gill y se divide en diversas épocas. La primera de ellas trata de distintos eventos que ocurrieron desde los últimos años del virreinato, hasta la venta de la Mesilla y algunas de sus consecuencias, particularmente un acercamiento al Tratado Mc Lane Ocampo. Ésta comienza con una reflexión acerca de si los Estados Unidos aún tienen deseos expansionistas a finales de la década de los cincuenta del siglo XX y pone como ejemplo la contrarrevolución/golpe de Estado guatemalteco organizada por la CIA en el año de 1954.¹⁰²

En general, la “primera época” se centra en las diversas maneras en que los Estados Unidos buscaron y consiguieron el despojo de los territorios mexicanos, comenzando por la independencia de Texas. Se narraron distintos eventos, se mostraron diversos periódicos que mostraban la ideología estadounidense, como el *North American* y el *The American Star*, periódicos bilingües publicados en México durante la ocupación estadounidense; discursos de políticos del norte y sur, que mostraban las diferencias de opinión sobre la invasión, algunos que estaban en desacuerdo por diversas razones, la mayoría que la apoyaba.

La manera en que termina esta época es con dos capítulos, uno dedicado a los mexicanos que quedaron del otro lado y que fueron despojados de sus tierras que debían de ser respetadas por el Tratado Guadalupe-Hidalgo del 48. Narra como fueron oprimidos y tratados como ciudadanos de segunda clase, incluso hasta finales de la década de los cincuenta del siglo XX, mostrando las diferencias de educación e inversión que tenían diversos condados, haciendo una comparación de los que tenían mayoría de población de descendencia mexicana y aquellos de población blanca.

¹⁰² Robert Trudeau and Lars Schoultz, “Guatemala”, in *Confronting Revolution: security through diplomacy in Central America*, coords. Morris J. Blachman, William M. Leogrande y Kenneth Sharpe (Nueva York: Pantheon books, 1986), 28.

El último capítulo narra la transformación de la época, acabando la era santannista y comenzando la juarista. Al igual que Cánovas, la opinión que Mario Gill tiene sobre Santa Anna es profundamente negativa, visto como un traidor de la patria que solamente busca sus propios intereses por sobre los de la nación y alguien que es utilizado por el gobierno norteamericano para poder enajenar más y más territorios de México.

La segunda época toma el espacio temporal entre los años de Juárez hasta los días posteriores en que se firmó la constitución de 1917. El primer capítulo de esta sección, titulado “Santa Anna y Seward”, narra las maneras en que el gabinete de Benito Juárez logró detener las pretensiones expansionistas de los Estados Unidos, a pesar de que estos últimos lograron contactar por última vez con Antonio López de Santa Anna para lograr conseguir una nueva venta de territorio mexicano y del fracaso de esta propuesta.

El siguiente capítulo es interesante, porque dentro de la narrativa del texto, es la única vez en donde se ve al gobierno de Porfirio Díaz con una luz positiva, que logró defenderse de otra potencial invasión estadounidense, tomando como pretexto el encarcelamiento de un estadounidense, A. K. Cutting, por una serie de difamaciones realizadas en su periódico *El Centinela* que publicaba en Paso del Norte (hoy día Ciudad Juárez) y posteriormente en otro periódico, *The Herald*, del lado estadounidense. En este capítulo se narra la manera en cómo la diplomacia porfiriana logró detener los deseos expansionistas de los estadounidenses.

Uno puede comenzar a ver el patrón en como Mario Gill comienza a ordenar sus textos para esta segunda época. En la mayoría de los capítulos, hace una narración de los distintos eventos que estaban ocurriendo en estos años. Además, logra tomar citas editoriales de muchos periódicos estadounidenses (e incluso de políticos estadounidenses) que opinaban sobre la acción que debería tomar el gobierno de los Estados Unidos a raíz de los eventos contemporáneos, la mayoría de estos, de corte jingoísta que

buscaban una nueva invasión a México para ponernos en paz. Con comentarios de supremacía étnica y civilizatoria, estos órganos de información estadounidenses justificaban nuevas intervenciones.

Los siguientes capítulos referentes al porfiriato, pintan a este gobierno y a su dictador como subordinados al imperialismo estadounidense, muy diferentes de la postura del capítulo anterior. Con narraciones como lo ocurrido durante la huelga de Cananea, los levantamientos de Tomóchic y Temosáchic, con su posterior aplastamiento junto la participación de norteamericanos en distintos niveles durante estos conflictos, junto con otras expresiones de militarismo estadounidense en México como la existencia de tropas del país vecino en el puerto de Bahía Magdalena en el territorio de Baja California, Mario Gill muestra la cercanía de Porfirio Díaz con los norteamericanos.

Finalmente, los siguientes capítulos, desde el capítulo titulado *La comedia de Dick Ferris*, que narra los eventos ocurridos durante la Revolución Mexicana en Tijuana y la búsqueda de los estadounidenses por independizar la península, utilizando a Flores Magón y a sus seguidores (junto con diversos grupos de estadounidenses, anarquistas, socialistas y aventureros) para que el presidente de este territorio independiente fuera regido por un norteamericano; pasando por otros como el titulado *El crimen de la embajada*, que narra los eventos del asesinato de Madero, conspirado desde la embajada estadounidense y su diplomático, Lane Wilson; hasta el último capítulo, *La gloriosa expedición punitiva*, que cuenta los eventos que rodearon la búsqueda de Francisco Villa por tropas estadounidenses por parte del general Pershing, todos estos son encuadrados por la Revolución Mexicana en distintas etapas y muestran como este evento llenó de patriotismo a diversos personajes clave del conflicto, que permitió soportar los embates políticos e imperialistas de los Estados Unidos, transformando la política exterior de los norteamericanos referente a México.

La tercera y última época habla de la interacción del capital estadounidense durante los gobiernos posrevolucionarios, principalmente poscardenistas, observando la interacción entre México y

Norteamérica y los inversionistas estadounidenses como una continuación de la política intervencionista que los Estados Unidos tuvieron durante todo el siglo XIX y principios del XX. El primer capítulo de esta época se titula “Ley de vecindad”, en donde Gill narra cómo después de la Revolución Mexicana, la influencia norteamericana sobre México no desapareció y que ésta es una causa fundamental para la desestabilización del país.

Los siguientes capítulos de “conquista pacífica”, “La industrialización de México”, “México, país tributario” y “Uranio, Titano, Azufre” continúan con la misma línea de introducción de capital estadounidense en México, lo que aumentaba su influencia en el país y al mismo tiempo fortalecía a los norteamericanos al explotar los recursos naturales para sus propias causas. Los últimos dos capítulos, “Momento crucial” y “La conferencia de Buenos Aires”, narran y reflexionan acerca de la fortaleza diplomática mexicana para poder soportar los embates imperialistas estadounidenses.

Este libro es difícil de digerir no por su estructura narrativa o su ritmo, pues es ligero y fácil de leer. La cuestión que termina por complicarlo son los temas tratados dentro del texto. Desde la descripción de las primeras relaciones entre México y los Estados Unidos, al acercamiento de Santa Anna con los norteamericanos, la preferencia de este personaje por sus propios intereses sobre los de México; puedo decir que mi propia identidad crea ciertas condiciones para que aumenten en intensidad ciertas emociones.

A pesar de esto, la pluma de Mario Gill, su acercamiento al tema y el uso que hace de las fuentes, permite que exista una simpatía por un país débil, siendo constantemente amenazado por un imperio que siempre ha despreciado las características de los diversos pueblos que viven dentro del primero (religiosas, étnicas, epidérmicas e ideológicas) considerándolas como inferiores. Una historia de David y Goliat, (o Tom y Jerry si las referencias religiosas no son lo suyo), donde el pequeño nunca ha tenido la oportunidad de librarse del grande.

La contundencia con la que el texto comienza es apabullante, pues deja muy poco espacio para cualquier tipo de especulación sobre su perspectiva sobre los Estados Unidos: “Mucho se ha especulado acerca del determinismo geográfico que ata nuestro destino al del poderoso vecino del norte. Nuestra vecindad con los Estados Unidos de Norteamérica es ciertamente una fatalidad invariable. Ellos son fuertes; nosotros débiles.”¹⁰³ Ésta cita son las primeras palabras que el autor escribe de su puño y letra, seguida de una cita muy conocida de Rubén Darío “¡Pobre de México, tan cerca de los Estados Unidos!”; después de esta clase de introducción, el tono del resto del texto no sorprenderá a nadie.

Por el resto de su libro, Mario Gill muestra un tono negativo y sarcástico en contra de los Estados Unidos. Para él, “nuestros buenos vecinos” siempre buscaron anexionarse a México de una u otra manera, física y culturalmente:

El anexionismo no está muerto; esa política no ha sido abandonada definitivamente. No ha sido repostulada, por supuesto, por ningún funcionario yanqui, así fuese de ínfima categoría. Cualquiera manifestación oficial en tal sentido sería condenada por el mundo entero. Pero otra cosa son los particulares que, en el “país de la libertad”, pueden profesar la doctrina que quieran (menos el comunismo) sin ninguna cortapisa y trabajar por que el Estado la haga suya.¹⁰⁴

Con esto, Mario Gill muestra los cambios históricos que ha tenido la geopolítica del siglo XIX al XX. Después de dos guerras en donde los Estados imperiales lucharon por la hegemonía política, económica e ideológica global, además de las luchas de independencia del siglo XX de África y Asia, la anexión de territorios terminó por ser considerados por estos países hegemónicos como algo traumático para los habitantes que fueron despojados de sus tierras.¹⁰⁵ Esto, sin embargo, no detuvo la influencia de los

¹⁰³ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 1.

¹⁰⁴ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 3-4.

¹⁰⁵ Hay casos como el de Palestina con Israel, pero el discurso oficial no puede ser contradicho por cosas insignificantes como hechos o traumas históricos.

Estados Unidos en las naciones periféricas, pero de distintas maneras que algunos podrían llamar más sutiles, mientras que otros las consideran violaciones igual de traumatizantes:

Lo ocurrido en Guatemala en 1954 es un ejemplo patético de la adhesión de los actuales gobernantes de la Casa Blanca a los principios de Teodoro Roosevelt. El *big stick* está ahora en las manos de su mejor discípulo en nuestros días, Mr. Foster Dulles, el de las “gloriosas victorias” sobre pueblos indefensos, apoyado y estimulado por el Presidente Eisenhower. Los métodos imperialistas de hace medio siglo son actualizados, y mejorados, por quienes se han arrogado el papel tutelar sobre los pueblos de la América hispana y de otros países de la Tierra¹⁰⁶

La clase de adhesiones actualizadas que Mario Gill menciona, son desarrolladas con base en las estrategias de contención del comunismo que los Estados Unidos desarrollaron una vez que terminó la Segunda Guerra Mundial y comenzó la “Guerra Fría”. Esto no es, sin embargo, más que un síntoma de las ideas imperiales de los Estados Unidos, que Mario Gill señala continuamente.

Algunos ejemplos de esta narrativa imperial conocida como el Destino Manifiesto son los siguientes: primero, cuando Mario Gill describe el incidente de Brazos de Santiago en su capítulo titulado “El bautizo de fuego”, en donde desde el 1° de abril de 1837, diversas embarcaciones estadounidenses violaban tratados entre los dos países (entre ellos un decreto del 2 de marzo de 1837 que prohibía el comercio exterior de diversos puertos mexicanos) al transportar armas hacia el puerto de Matamoros para los rebeldes texanos. La primera de éstas era la goleta *Champion* y algunos días después fue la *Luisiana*, detenidas y ocupadas por una tripulación mexicana.

El día 9 de abril, otra corbeta estadounidense, la *Natchez*, obligó a la tripulación mexicana que ocupó la *Luisiana* a abandonar la nave y días después de varias amenazas de guerra, el General Urrea, que originalmente detuvo a la *Champion*, tuvo que ofrecer disculpas por sus acciones, a pesar de haber sido

¹⁰⁶ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 5.

los estadounidenses quienes violaron los tratados establecidos.¹⁰⁷ “El incidente casi olvidado de Brazos de Santiago fue una advertencia a México: para ellos los tratados valían tanto como el papel en que estaban escritos.”¹⁰⁸ A este evento histórico, lo llamó el autor el “bautizo de fuego de nuestras relaciones con los EE UU”, pues mostró la manera tan asimétrica en la diplomacia de los dos países, con uno siempre con la ventaja sobre el otro.

Un segundo ejemplo que presenta Mario Gill lo ofrece vez que Texas fue cercenado de México y absorbido por los Estados Unidos, “Los 689 836 kilómetros cuadrados de Texas sólo habían sido un aperitivo en la mesa de nuestros buenos vecinos. El programa de anexiones terminaría, según Jefferson, en el istmo de Darién. Así, pues, había que preparar el siguiente número de la agenda.”¹⁰⁹ Tras la guerra de Texas, los Estados Unidos comenzaron a exigir al gobierno mexicano la retribución por los daños causados a ciudadanos estadounidenses. Estas eran retribuciones ridículas, que solo fueron planeadas para ser utilizadas como excusas para poder tensar aún más las relaciones con México.

Después de rechazar algunas [retribuciones] que constituían verdaderos fraudes, como la presentada por W S Parrot que reclamaba \$750 mil por unas cuantas botellas de cerveza, la comisión mixta que se nombró el 11 de abril de 1839, examinó demandas que importaban \$12 millones. La suma final reconocida por la comisión se redujo a \$2 millones. México, agredido y despojado, tenía todavía que pagar los platos rotos.¹¹⁰

Se buscaba cualquier excusa por parte del gobierno estadounidense para poder invadir a México y poder destajarlo de otro pedazo del territorio. Sin embargo, a pesar de este tono tan negativo que ofrece Mario Gill en muchas de sus líneas, muestra que es en contra de un ente específico y los ideales que éste desarrolla: el gobierno estadounidense y sus ideales imperialistas, potenciados del sur “negrero”, pero

¹⁰⁷ Este evento se narra con mucho mayor detalle en el capítulo “El bautizo de fuego” pp. 11-15.

¹⁰⁸ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 14.

¹⁰⁹ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 45.

¹¹⁰ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 45.

que no desaparecieron en el norte. De manera similar a Cué Cánovas, aunque un poco más sutil, hay corrientes de cierto corte político a quienes ofrece su apoyo, mientras exime de culpa al grueso de la población estadounidense. En un capítulo de la Primer Época, al referirse a esos años Mario Gill escribe lo siguiente.

La población yanqui ofrecía tres facetas distintas: al sur los negreros, retrasados mentales, latifundistas feudales de instintos primitivos; al norte los liberales progresistas, abolicionistas, precursores del moderno capitalismo; y al este los aventureros, los gambusinos, cazadores de búfalos y de indios. Este último núcleo, dinámico y audaz llegó a controlar la Presidencia de los EE UU para uno de sus representantes, el hombre que reclamaba el *destino manifiesto* en estos momentos: Andrew Jackson.¹¹¹

En esta triple visión de la sociedad estadounidense del siglo XIX que ofrece en los inicios de su libro, se pueden observar elementos que nos ayudan a entender mucho mejor las perspectivas sobre los norteamericanos. En primer lugar, es bastante aparente su perspectiva sobre los esclavistas sureños, al llamarlos “retrasados mentales” y “primitivos”, comienza a hacer referencia a sus bases teóricas de análisis; en segundo lugar, los “aventureros del oeste” son representados por Andrew Jackson (presidente estadounidense que gobernó durante la independencia texana) a quien describe de la siguiente manera “[...] era un hombre rudo, ignorante, atrabiliario. Había peleado en la guerra de la independencia; luego hizo una batida de exterminio contra los indios que lo apodaron *cuchillo cortante*; [...] Jackson era un dominador arbitrario, pero sabía manejar a los hombres.”¹¹²

Considero yo que, para Gill, esta manera de actuar antes de pensar y hacer la voluntad propia por sobre los demás que representa Jackson, es un ejemplo ideal del Destino Manifiesto, pues muestra esa sed de expansionismo por sobre la autodeterminación de México (y aunque a veces se olvide, de los

¹¹¹ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 23.

¹¹² Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 23.

pueblos indígenas que fueron exterminados) para su propia meta. Finalmente, en tercer y último lugar se encuentra al norte estadounidense, visto como un caldero de donde surge el moderno capitalismo, a pesar de compartir de cierta manera los mismos deseos expansionistas el sur

El triunfo del Norte sobre el Sur no había originado, sin embargo, un cambio fundamental en la política exterior de los EE UU. El “glorioso espíritu de anexión” no había muerto; se hallaba sólo, de momento, en un periodo de reposo después de las tremendas tensiones de 1836 a 1859. Al consolidarse la Unión con el triunfo sobre el Sur, el problema de México fue puesto inmediatamente en la orden del día.¹¹³

En los Estados Unidos este capitalismo moderno comenzó a desarrollar un agente fundamental para México y sus luchas en contra de los deseos imperialistas de los Estados Unidos con su doctrina del Destino Manifiesto: el proletariado urbano. Es en los capítulos específicos a la Segunda Época donde se observa con mayor claridad las bases teóricas de Mario Gill. Al inicio del capítulo *Santa Anna y Seward*, Gill se refiere a la Guerra Civil estadounidense entre los estados esclavistas del sur en contra del norte, de la siguiente manera.

Era aquella una escisión histórica. El proceso dialéctico del desarrollo de las fuerzas sociales, políticas y económicas había llegado al punto en que se imponía una decisión entre el Norte, con sus modernas formas capitalistas y el Sur con sus arcaicas normas feudales de explotación del hombre y la increíble supervivencia de la esclavitud. [...] en el Norte se desarrollaba, con la creciente industrialización, una nueva clase social, el proletariado, aliado natural de toda causa justa y el cual, en caso ofrecido (como ocurrió efectivamente más tarde) alzaría su voz en defensa de nuestra libertad frente a las ambiciones imperialistas.¹¹⁴

¹¹³ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 107-108.

¹¹⁴ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 103.

El análisis teórico de Mario Gill es marxista. Hace constantes referencias a diversos imperialismos, no solo al estadounidense, apela en diversas ocasiones al proletariado de diversos países como agentes que ayudaron al proceso de autodeterminación de México y habla de este “proceso dialéctico del desarrollo de las fuerzas sociales¹¹⁵” en contra del capitalismo basado en el esclavismo estadounidense, al que tacha como un feudalismo arcaico que era cuestión de tiempo para que fuera desaparecido por el capitalismo moderno norteamericano. Otro acercamiento similar se dio en el capítulo de *La gloriosa expedición punitiva*, al hablar de la intervención de militares estadounidenses a territorio mexicano y la reacción de una sección del pueblo norteamericano.

El movimiento a favor de México contó en esta ocasión con un gran aliado: el proletariado norteamericano. En las ciudades más importantes de los EE UU se organizaron mítines para protestar por el envío de la expedición punitiva y la política de agresión [...] Con la consigna: “Ningún hombre para la guerra contra México”, se efectuó un mitin monstruo en Nueva York al que asistieron intelectuales, obreros, socialistas, pastores protestantes, universitarios, etc. En los discursos se condenó la política de agresión.¹¹⁶

Esto parte es curiosa y puede analizarse de dos puntos distintos: de un lado, nos habla de la ya mencionada perspectiva marxista de Mario Gill; por el otro lado, muestra una diversidad en la población estadounidense que a veces no puede observarse por tener este país la cualidad de superpotencia mundial. Durante estos años en Estados Unidos los dos sindicatos más grandes eran el *Industrial Workers of the World (IWW)* de corte marxista y la *American Federation of Labor (AFL)* que apoyaba al capitalismo

¹¹⁵ El materialismo dialéctico fue uno de los puntos centrales del marxismo del siglo XX, pues concibe que hay un movimiento ascendente que permitiría al agotamiento del capitalismo como sistema hegemónico y sería reemplazado por el socialismo. “[...] la dialéctica es la ciencia de las leyes generales del movimiento y del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento, la ciencia de la concatenación universal de todos los fenómenos que existen en el mundo.” O. Yajot, *Qué es el materialismo dialéctico*. (Moscú: Editorial Progreso), 12.

¹¹⁶ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 191.

estadounidense¹¹⁷. Es posible suponer que a este mitin se acercaron en su mayoría miembros de la *IWW* por su acercamiento a las propuestas antiimperialistas del marxismo. Esto es solo un ejemplo de la gran diversidad en los Estados Unidos, mostrando que no todo el proletariado seguía las mismas agendas políticas.

Como puede ser asumido, su análisis teórico le permite tener simpatía por los grupos sociales estadounidenses obreros que reflejan algún movimiento revolucionario, en contraposición de la burguesía imperialista/jingoísta norteamericana. Es en la tercera época de su libro donde continua su narración del imperialismo estadounidense, que logró hacer esa transición de la invasión militar a la ocupación financiera gracias a la derrota de las fuerzas del sur.

A partir del descubrimiento de estos formidables mantos petrolíferos, se inició también para México uno de los períodos más sombríos de su historia. [...] La Standard Oil apoyó a Madero para derribar a Porfirio Díaz que se inclinaba por Pearson [británico]; luego, cuando Madero impuso el primer impuesto sobre la producción -20 centavos por tonelada- se lanzó contra él; los intentos de Carranza de legislar en materia de petróleo fueron castigados por las compañías petroleras en Tlaxcalantongo [...] Conspiraron contra Obregón, contra Calles, contra Cárdenas. No cesaron nunca de intervenir, con su dinero corruptor, para asegurar condiciones propicias al saqueo de la riqueza del subsuelo.¹¹⁸

Podría entenderse como un proceso mucho más sutil pero igual de bárbaro, pues a pesar de que ya no hay gritos de invasión (o al menos ya no son escuchados por el *Establishment* norteamericano), sigue existiendo una ocupación en México que permite una fuerte manipulación por parte de los Estados Unidos,

¹¹⁷ Aurora Bosch, "Estados Unidos en los años treinta: ¿un socialismo imposible?", *Historia Social* (otoño, 1991): 39-55.

¹¹⁸ Gill, "Nuestros buenos vecinos", 210.

como se vio en todo el proceso revolucionario referente al petróleo. Fue fundamental esta intervención diplomática/económica norteamericana para la política mexicana.

Esta perspectiva de Mario Gill es una reflexión surgida no solo de su concepción del mundo y de las prácticas de los Estados Unidos, sino también del comportamiento de nuestros vecinos. Por ejemplo, en el capítulo de “La conquista pacífica”, menciona “Esos ecos del viejo anexionismo se confunden con las voces de los nuevos profetas de la penetración económica, tan peligrosos como los otros. En el *Munsey Magazine* -enero de 1904- se publicó un artículo de Mr Walter Flabius McCaleb, titulado “Absorción de México”.¹¹⁹ En esta revista se trata a México como un campo fértil para la influencia estadounidense.

Bien, las características del texto son muy fácilmente aprehensibles, pues el tono sarcástico del texto y la visión opresiva que describe en la relación de México con los Estados Unidos, hace que su *Mode of Emplotment* sea la de una tragedia, en donde México está a constante merced de los caprichos norteamericanos. Por otro lado, no será sorpresa decir que el *Explanation by Ideological Implicaton* es una perspectiva de desprecio que, al igual que Cánovas, se centra en el imperialismo estadounidense y las instituciones de gobierno que permiten sus condiciones de posibilidad.

México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)

Este texto se centra en una característica esencial en la historia de México, que no es generalmente conocida, ni por los mexicanos ni sus estudiantes de historia: la problemática del petróleo. Se suele simplificar mucho las cuestiones históricas para poder insertar en la mentalidad de la sociedad los puntos más importantes que son necesarias para el grupo hegemónico, por ejemplo, el 18 de marzo del año de 1938 se aplica la nacionalización del petróleo mexicano, que estaba en las garras de estadounidenses e ingleses, para pasar a las manos del pueblo mexicano.

¹¹⁹ Gill, “Nuestros buenos vecinos”, 233.

La cuestión es la siguiente, no existe una explicación del proceso histórico que vio por primera vez la llegada de la esfera angloparlante a México para explotar este recurso y lo que implicó, se ignora el contexto histórico que permitió las condiciones de posibilidad para la nacionalización y no se habla de las consecuencias que este hecho tuvo en los años posteriores a su declaración. En pocas palabras, en la narrativa histórica oficialista mexicana, solo se ve una pequeña fracción de todo este proceso, pintada de nacionalismo y antiimperialismo.

Este es un factor importantísimo de la obra de Meyer, pues nos lleva por todo este recorrido histórico del petróleo: primero con los inicios de la industria durante los años de esplendor del Porfiriato, cuando en 1887 se fundó la *Waters Pierce Oil Co.*, dedicada a la importación de petróleo estadounidense y su refinación en el puerto de Tampico¹²⁰, dedicado al capítulo I; sigue el establecimiento de las primeras empresas petroleras dedicadas ya a la explotación entre los años de 1900 y 1914 con empresas británicas y estadounidenses, dedicado al capítulo II.

Ya en este segundo capítulo, desde el inicio existieron problemas acerca del petróleo y las facilidades que estas empresas tenían con su explotación. Desde éste hasta el capítulo VIII, se narra el estira y afloja de los distintos gobiernos revolucionarios con las empresas petroleras que querían seguir manteniendo todas sus facilidades y que tenían los medios y los apoyos para empujar la balanza en su favor, hasta que ocurrió la nacionalización del petróleo. Estos capítulos se centran en la reformulación de las leyes por Carranza para beneficiar a la nación (capítulos III y IV), las negociaciones durante los años de Obregón y los Acuerdos de Bucareli en el año de 1924 (capítulo V), las dificultades de Calles y los arreglos que tuvo (el arreglo Morrow-Calles) que permitieron cierto ambiente de estabilidad con las compañías (capítulos VI y VII) y finalmente la llegada de Cárdenas y la nacionalización (capítulo VIII).

¹²⁰ Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*. (México: COLMEX, 1972), 14.

Los tres capítulos finales hablan de lo que ocurrió después de la nacionalización del petróleo. “De la nacionalización a la segunda Guerra Mundial” (capítulo IX) bien podría ser un pequeño libro por su extensión y su profundidad. En él se narra las consecuencias políticas y económicas del 18 de marzo de 1938, la reacción de los petroleros y sus acciones en contra de México, que llevó al gobierno mexicano a comerciar con las potencias del eje y la necesidad del gobierno estadounidense para evitar que en su vecino del sur surgiera un movimiento fascista. El capítulo X narra como se logró resolver el problema durante la administración de Ávila Camacho y el último es un rápido recuento con una breve conclusión acerca de todo este proceso histórico. En pocas palabras, este es un libro muy bien fundamentado históricamente.

En este texto, Meyer muestra un excepcional manejo de fuentes en todos y cada uno de sus capítulos. Prácticamente todas las páginas tienen citas a pie de página que justifican cualquier afirmación que él ofrece. Hace un extenso trabajo de archivo y se mete en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (AREM), el Archivo General de la Nación (AGN), el *Josephus Daneils Papers* y el *Woodrow Wilson Papers*, de la división de manuscritos de la Biblioteca del Congreso en Washington D.C., los *National Archives* en Washington D.C. y la correspondencia diplomática hispano-mexicana en el colegio de México; además de una gran cantidad de libros, folletos, artículos y publicaciones periódicas que sustentan la investigación.

Todo esto permitió la escritura de un libro grueso con gran cantidad de información que, sin embargo, está escrito con un lenguaje sencillo de seguir y permite incluso meterse dentro de sus páginas para saber el desenlace de la trama del capítulo, como si fuera una novela. Irónicamente, el grosor de este libro hace que su análisis, dentro de los presupuestos teóricos expuestos en esta tesis, sea relativamente pequeño, a comparación de los otros dos aquí expuestos.

La razón ha sido expuesta con anterioridad: Meyer justifica casi todas sus afirmaciones con documentos, dejando muy poco espacio para la interpretación. Aquí es donde podemos ver las diferencias formativas entre él y otros autores que serán analizados en este texto. A pesar de que todos los sujetos aquí expuestos son efectivamente historiadores, Meyer es un académico y fue educado con la rigidez de la historiografía académica del COLMEX, que era en sus años la institución académica de mayor importancia en México.

De tal forma, su aproximación es fuertemente científicista y en muchos casos positivista, dejando que los documentos hablen por sí solos. El ejemplo más evidente de esto se muestra al final del capítulo X, “Los documentos no nos permiten saber si Ávila Camacho efectivamente llegó a considerar planes diferentes a los de su predecesor en relación a la industria petrolera, lo único cierto fue que el gobierno norteamericano no obtuvo ningún resultado en sus gestiones con el sucesor de Cárdenas: ni se estableció la propuesta refinería ni las compañías volverían a operar en México.”¹²¹

Como se puede ver, Meyer es un historiador clásico de mediados del siglo XX, que busca evitar dar juicios de valor o interpretaciones sobre una época o los eventos que se desarrollaron en su contexto. Si uno hace una comparación teórica e ideológica con otro historiador, por ejemplo, un periodista como Mario Gill con fuertes tendencias marxistas, se puede ver la gran diferencia en como se expresan sus textos¹²². Es así como las pretensiones de imparcialidad de Meyer alcanzan a completarse en su mayoría, con excepción de algunos casos.

Así como se puede entender que el texto de Meyer es una crónica altamente sustentada en documentos y textos de todo tipo, esto no quiere decir que no haya cierto desarrollo teórico detrás de sus páginas. La introducción de la primera edición nos ofrece una pequeña ventana acerca de ciertos

¹²¹ Meyer, “México y los Estados Unidos”, 459.

¹²² de eso hablaré más en la conclusión del capítulo.

conceptos que engloban su trabajo: áreas periféricas, dependencia económica, enclaves económicos e imperialismo económico¹²³. Con esto podemos empezar a entender el contexto teórico que engloba a su trabajo: en el texto se puede entender a México como un país periférico, un enclave económico que es dependiente al imperialismo estadounidense, que se expresa no solo con la soberbia y el poder económico de las empresas petroleras norteamericanas (y algunas inglesas), sino con el apoyo que el gobierno norteamericano les ofreció en casi todo momento.

Esto se puede ver en todos los capítulos, pues la narrativa principal del texto es la constante lucha entre el gobierno mexicano y las empresas petroleras (principalmente norteamericanas) con distintas instancias del gobierno de los Estados poniendo presión al gobierno mexicano para ceder y ofrecer a los petroleros todo lo que éstos pedían, mientras que evitaban cualquier clase de obligaciones que se les buscó imponer en forma de impuestos, arreglos monetarios y aumento de salarios.

Uno puede abrir aleatoriamente el libro y sería muy fácil toparse con algún evento relacionado a estos choques de poder, pues no había decisión que buscaran tomar los gobiernos revolucionarios que no recibiera objeción por parte de las empresas y del gobierno norteamericano. Esto puede ofrecernos una perspectiva más amplia del texto de Meyer. Sí, es extremadamente cuidadoso y detallado en su rigidez y deja que los documentos nos guíen en todo momento, pero el hecho de que englobe su trabajo académico en explicaciones de centro y periferia significa que hay una concepción de que México ha sido oprimido por el capital estadounidense, a pesar de que Meyer mismo no de opiniones significativas.

A excepción de una, que es la que ofrece al final de su conclusión. En ella, dice que a la larga la nacionalización del petróleo no resultó un movimiento tan significativo en la lucha por destruir el imperialismo en el mundo, sino que “[...] fue sólo uno de los primeros casos que pusieron de manifiesto

¹²³ Meyer, “México y los Estados Unidos”, 1.

que el imperialismo de viejo estilo [...] estaba en proceso de transformación.”¹²⁴ Esto es terminado con las últimas palabras de este libro “Así, pues, la lucha por el petróleo no fue el principio del fin de la dependencia sino, aparentemente, un momento de transición hacia una nueva etapa en el desarrollo subordinado del país.”¹²⁵ Esto nos muestra sus simpatías teóricas que engloban y dan bases académicas a su trabajo de investigación.

A pesar de esto, Meyer no da la impresión de que escogió solo documentos que hablaban de esta relación tan desigual que tenía el gobierno mexicano en estos intercambios ni de una arbitrariedad en su narrativa. Solo describe la manera en como actuaron los jugadores con las cartas que tenían cada uno en la mesa y que tuvieron que hacer, uno para poder resistir los constantes embates, y los otros para poder mantener sus privilegios económicos.

Este es sin duda un texto difícil de analizar, pues su rigidez nos obliga a buscar otros caminos por los que guiarnos para poder encontrar ciertas perspectivas que buscaron ser borradas intencionalmente con esta misma manera de escribir. Sin embargo, considero que la *Ideological Implication* de Meyer es la de indiferencia. A pesar de que sus acercamientos de dependencia económica puedan mostrar una preferencia por la situación periférica de México, no significa que pueda verse una visión negativa sobre los Estados Unidos. Uno puede ver el apoyo que este gobierno le ofreció a las compañías petroleras, pero Meyer nunca trata como un bloque a los norteamericanos. Uno puede decir que los trata de manera muy diplomática: sin pretensiones perjudiciales, pero tampoco positivas. Meyer solo se limita a narrar los eventos como ocurrieron.

Por el otro lado, su *Mode of Emplotment* tiene elementos particulares, pues por un lado se puede mostrar de manera positiva con la consumación de la nacionalización petrolera de 1938 y una victoria del

¹²⁴ Meyer, “México y los Estados Unidos”, 474.

¹²⁵ Meyer, “México y los Estados Unidos”, 474.

gobierno mexicano en contra de las empresas petroleras, por lo que se podría interpretar como una narrativa que entra en la categoría de romance. Sin embargo, su conclusión final hace que al final, la concepción no sea la de un héroe logrando superar los obstáculos, sino que la misma nacionalización petrolera tuvo repercusiones negativas para la conformación de un México con políticas mucho más sociales.

El programa político que habría de poner a México en “camino hacia el socialismo”, dio un giro de ciento ochenta grados. A partir de 1938, se detuvieron los esfuerzos para lograr una profunda y acelerada transformación de la estructura económica y social de México en beneficio de los sectores obrero y campesino, tal como se había anunciado en el momento de ascenso del cardenismo. En cambio, a partir de 1938, Cárdenas decidió preocuparse cada vez más por recrear el clima propicio para el desarrollo de la inversión privada que había desaparecido con la salida de Calles. Las organizaciones populares, que habían florecido no como resultado de una actividad independiente sino de la voluntad del jefe del Poder Ejecutivo, carecieron de la suficiente fuerza y conciencia de clase como para resistir la embestida de la derecha que tuvo lugar después de la expropiación.¹²⁶

Ésta no fue una victoria ni de la izquierda ni del antiimperialismo, al contrario, pudo haber puesto las bases para que en México una ola reaccionaria (no fascista) pudiera golpear con gran fuerza y desarmar todos los avances sociales que los años del cardenismo había logrado construir. Si este es el caso, y asociamos las conclusiones con la teoría de Meyer, entonces podemos concluir que su *Mode of Emplotment* se centra en la tragedia, pues los avances que tuvo México para destruir la dependencia económica no fueron suficientes y a la larga fueron desarticulados.

Consideraciones finales

¹²⁶ Meyer, “México y los Estados Unidos”, 465.

Si existe algún concepto que atraviese los tres trabajos y las tres perspectivas de estos autores, es del imperialismo. La búsqueda de los norteamericanos por tomar posesión del Istmo de Tehuantepec a cualquier costo que nos narra Cue Cánovas; las continuas pretensiones estadounidenses por conseguir más territorio a costa de México que presenta Mario Gill; los problemas de la posesión del petróleo y los alcances que tuvieron las empresas petroleras y los gobiernos estadounidenses para defender sus intereses por sobre los mexicanos que estudió Lorenzo Meyer; todo esto se levanta sobre la base de que los Estados Unidos creen tener el derecho sobre el territorio mexicano o sobre sus recursos naturales, por el hecho de estar en una posición geográfica ventajosa, a sus fuerzas políticas y militares, sus ambiciones que logran maquillar en algunos casos con ideologías supremacistas y en otras con pretensiones de buena vecindad con el pueblo mexicano en contra de gobiernos opresores.

A pesar de que sus acercamientos puedan ser distintos, como se expuso en el análisis de cada uno de sus discursos, existe la misma concepción de relaciones diplomáticas desiguales entre los dos países. No es algo de lo que podamos sorprendernos, pues si uno tiene cierta noción de México o de los Estados Unidos, entiende las grandes diferencias de poder político y económico que sufren los dos países. Con esto en mente, no se puede dilucidar una visión positiva para México al revisar la historia de estas relaciones.

Sí, Cánovas y Gill muestran victorias diplomáticas en contra de los norteamericanos, pero no son la norma y nunca asumen que la subordinación política de México a los Estados Unidos es algo aceptable o deseable. Lorenzo Meyer, a pesar de mostrar la “victoria pírrica” cardenista de la nacionalización del petróleo, termina por mostrar un panorama oscuro en la búsqueda de la autodeterminación mexicana en contra del imperialismo estadounidense. Estos textos muestran a los Estados Unidos como un coloso que constantemente proyecta una sombra por sobre los intereses mexicanos.

Las intervenciones políticas de los representantes diplomáticos que fueron expuestos en los distintos textos presentan las mismas tendencias de protección a los intereses de ciudadanos norteamericanos en territorio de México. Sin embargo, estos intereses no son de personas de clase media o incluso baja que se hayan encontrado en el territorio; son intereses de grandes oligarcas que utilizaban al gobierno estadounidense como un fuerte brazo para intimidar a los gobiernos mexicanos y mantener su poder económico en el país.

Capítulo IV: Análisis de la historiografía referente a la Revolución Mexicana y la presencia de los Estados Unidos en esta. Lectura de Lascuráin de Osio y Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado.

La Revolución Mexicana, como evento definitorio de la conciencia mexicana del siglo XX, carga consigo toda clase de visiones encontradas que se han generado en los últimos 100 años desde su inicio en el año de 1910. En este capítulo revisaremos dos visiones radicalmente distintas sobre la intervención estadounidense en el puerto de Veracruz en el año de 1914. Por un lado, tenemos a un conservador que escribe un libro buscando desacreditar a la Revolución Mexicana; por el otro, a una estudiante de maestría de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM buscando obtener un grado académico.

La segunda intervención americana

El texto de Lascuráin de Osio se divide en doce capítulos más una conclusión y éstos se pueden acomodar en tres bloques principales. El primer capítulo, la introducción, describe al Porfiriato, época que el autor vivió en su juventud. Este capítulo es esencial porque nos muestra la visión histórica de Lascuráin y Osio y nos guía en su perspectiva tanto del gobierno de Porfirio Díaz, como de la Revolución Mexicana. Los siguientes dos capítulos, “Triunfo y elección de Madero” y “Caída de Madero” narran brevemente los puntos más importantes del gobierno de Madero y los eventos que se desarrollaron en la Decena Trágica.

Los seis capítulos siguientes, “Ideas Políticas del Presidente W. Wilson respecto de las Repúblicas Iberoamericanas y especialmente sobre México”, “Expulsar de México el capital no americano”, Lucha entre los gobiernos inglés y americano respecto a su influencia en México”, “Actuación Libre de Wilson” y “Medios de que se valió Wilson para imponer sus ideas”, entran de lleno a la cuestión central que Lascuráin y Osio busca tocar: la influencia estadounidense en México orquestada por el presidente Woodrow Wilson. Finalmente, los últimos cuatro capítulos, “Expulsión del capital europeo”, “Destrucción

del ferrocarril nacional de Tehuantepec”, “Persecución a la Iglesia Católica” y “Destrucción del agro mexicano”, hablan de los efectos que tuvo la Revolución en distintas esferas de México, principalmente la económica y la moral.

Este autor se separa de los otros porque él no fue un historiador, abogado, humanista o científico social; Ángel Lascuráin y Osio fue un ingeniero aviador que realizó un trabajo historiográfico acerca de la intervención estadounidense en México durante los eventos de la Revolución Mexicana. Sin embargo, se debe recalcar que este libro no recopila las memorias del autor en los tiempos de Porfirio Díaz como presidente y durante la Revolución. Sí existió un trabajo de interpretación historiográfica y de búsqueda en archivo en la obra, pues cita diversas cartas, diarios y libros de la época para lograr sustentar algunas de sus perspectivas.

A pesar de esto, hay algunas otras premisas que son mencionadas sin mostrar alguna fuente que la soporte, solamente menciona la existencia de un periódico que dijo tal o cual afirmación. Lo llamativo de esta cuestión, es que existe una consistencia en el uso de fuentes, en donde las cuestiones principales del libro (aquellas relacionadas a los Estados Unidos) están citadas, mientras las relativas a la política interna y a la Revolución Mexicana no tienen esta rigurosidad. Aquí es donde hay que notar que hay dos elementos principales que son los que analiza Lascuráin y Osio; la influencia de los Estados Unidos en México, y los gobiernos posteriores a Porfirio Díaz, subordinados a los vecinos del norte.

Bien, *La segunda intervención americana*, comienza con la siguiente tesis, “Todas nuestras luchas políticas, desde la iniciación de la Independencia hasta nuestros días, han tenido en forma más o menos velada o totalmente abierta la intervención del Gobierno americano, que muy hábilmente desde los albores de esa nacionalidad, fue preparando el terreno para dominar a toda Iberoamérica”¹²⁷, que marcará la temática del resto del libro. Para el autor, los Estados Unidos siempre han buscado la manera

¹²⁷ Ángel Lascuráin y Osio, *La segunda intervención americana*. (México: Editorial H. T. Milenario, 1967), 5.

de introducirse en la política nacional para poder manipular a México para sus propios intereses. Ésta siempre fue la misma línea que se puede observar en el libro, con una excepción

[los Estados Unidos ayudaron] siempre a los partidos de desorden, que no buscaban la integridad y mejoría de nuestra Patria, sino sólo su conveniencia personal, o la de su partido, sacrificando a ello todos los caros intereses de México. Así vemos a Juárez solicitando ayuda de los americanos, para apresar los barcos de Miramón que lo asediaban en el puerto de Veracruz, cuando todavía no pasaban 10 años del vergonzoso tratado de La Mesilla. [...] Pero surgió don Porfirio Díaz, que, aunque cometió graves errores, de un país destruido, arruinado y despreciado por todo el mundo, logró hacer un país fuerte, consciente de su fuerza y de su valer [...] ¹²⁸

Aquí hay una diferencia fundamental entre historiadores anteriores como Cué Cánovas o Mario Gill: Ángel Lascuráin y Osio tiene una clara postura de derecha, un conservadurismo que se cimenta en el pasado porfiriano de México. Para el autor, los años de Porfirio Díaz como presidente de la nación fueron los años de mayor progreso en el país, no solo refiriéndose en la esfera económica, sino en las mismas interacciones sociales cotidianas de las personas.

En el estado de Veracruz los peones acostumbraban dejar su herramienta de trabajo sobre una piedra o un tronco que les servía de seña, con la misma seguridad que si los dejaran guardados en su casa. Relato estos hechos, ahora inconcebibles, porque son una prueba gráfica de la tranquilidad de entonces. Los crímenes en el campo eran tan esporádicos y aislados, que solían ser el tema de los famosos corridos de entonces que los relataban [...] Esta paz ya no estaba impuesta por la fuerza, pues los famosos Rurales de entonces, que patrullaban la República, eran en tan corto número, para la extensión y población a que servían, que la pareja de ellos, pues siempre andaban por pares, pasaba cuando más dos veces en el año por los mismos lugares. La tranquilidad

¹²⁸ Lascuráin y Osio, "La segunda intervención americana", 5-6.

y la seguridad ya eran innatas y no se debían a la fuerza. [...] Los periódicos rara vez tenían ocasión de llenar sus páginas con una nota roja sino hasta el advenimiento de la Revolución.¹²⁹

Asumo que este contraste con el periodo revolucionario, años de caos y guerra opuestos a una total tranquilidad no es una invención completa de Lascuráin y Osio. Puede que el tiempo y la nostalgia hayan hecho que el autor convirtiera al Porfiriato en una utopía que fue arruinada por un movimiento revolucionario que, nos dice, fue creado y apoyado por los estadounidenses como una manera para eliminar a Porfirio Díaz y sustituirlo por un títere que trabajara para sus intereses. Éste es el segundo punto más importante del libro, solo detrás de su visión sobre los Estados Unidos: el desprecio con el que presenta a la Revolución Mexicana y a los gobiernos que surgieron de ésta, conceptualizándolos como títeres de los norteamericanos.

El primero de estos títeres será Francisco I. Madero, “La ayuda del Gobierno americano al movimiento maderista fue tan palpable, que reconoció la beligerancia de este movimiento 24 horas después de que las fuerzas del Gral. Orozco habían tomado Ciudad Juárez, tal como lo relata en su libro el Lic. Vasconcelos, representante entonces de Madero en Washington.”¹³⁰ A pesar de que el apoyo estadounidense para Madero fue innegable, el autor desarrolla una serie de argumentos sin sustento para poder dirigir la perspectiva del lector.

Uno de ellos es el siguiente: “Al tomar posesión Madero de su puesto, ya su popularidad había disminuido grandemente, por el engaño cometido en las elecciones. El arrastre tan enorme que tuvo como propagandista, disminuyó completamente cuando se hizo cargo del poder [...]”¹³¹ ¿Un engaño por parte de quién? ¿Del sistema? Éste fue construido para girar en torno de la imagen de Porfirio Díaz y de su círculo más cercano, no se hubiera hecho un fraude a favor de aquél que comenzó un movimiento para

¹²⁹ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 7-8.

¹³⁰ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 14-15.

¹³¹ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 17.

desterrar a Díaz del país; ¿De Madero? A pesar de tener un apoyo casi total de los votantes, esta influencia no podía afectar a las instituciones del Porfiriato. En otras palabras, Lascuráin y Osio puede llegar a hacer asunciones radicales, sin presentar evidencia adecuada que las soporte. Otro ejemplo de esta clase de argumentos se presenta en el capítulo VII

Claro está que todos los revolucionarios quedaban obligados a plegarse en absoluto a los mandatos e insinuaciones de Wilson. Carranza en particular, fue el escogido para formular, como Wilson dijo, las reformas políticas y agrarias que éste deseaba imponer en nuestro país, y aunque en varias ocasiones Carranza hizo declaraciones de palabra de independencia respecto de Wilson, sus hechos demuestran otra cosa.”¹³²

“Todos los revolucionarios quedaban obligados a plegarse en absoluto a los mandatos e insinuaciones de Wilson.” El autor asume que los Revolucionarios de Villa, Zapata y Carranza, junto con sus tropas, fueron agentes de Woodrow Wilson y que todas sus actividades se desarrollaban para apoyar su control en el país, sin tener agendas autónomas. Lascuráin y Osio no toma en consideración los problemas sociales que existieron durante el Porfiriato porque, como lo estableció en la introducción de su libro, el no creía que existían esos problemas sociales en México sino hasta que comenzó la Revolución Mexicana. Para él, los revolucionarios, no son más que bandoleros que buscaban aprovecharse de un país que estaba perfectamente bien

sabemos perfectamente que los zapatistas nunca salían de sus guaridas sino para atacar y robar pueblos indefensos, y aunque la propaganda política los pinta como revolucionarios que peleaban por ideales democráticos, la realidad fue que su ideal consistió en el asesinato, el robo y la violación de mujeres. [...] Se levantaron en las postrimerías de Díaz, en defensa de Madero, para volverse contra él cuando quiso encaminarlos por una senda de gobierno, y se unieron con Carranza y Villa

¹³² Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 95.

para coincidir con ellos en su ideal de crímenes y rapiña, para separarse luego, al repartirse el botín. [...] Basta ver los periódicos de entonces para darse cuenta de las hazañas de los zapatistas, de las cuales una, que causó verdadera sensación, fue un asalto de tren en Ticumán (Mor.), donde robaron, mataron y violaron a todos los pasajeros sin importarles condiciones ni edad, y sin objeto de guerra ninguno.¹³³

Es difícil saber si el autor ignoraba las cuestiones agrarias de la época, específicamente las de Morelos, pues tacha a los zapatistas de asesinos y violadores sin causa, o no creía que las condiciones de la región eran suficientes para generar levantamientos de este tipo. Sin embargo, en el estado se suscitaron diversos levantamientos durante el Porfiriato, muchos años antes de que la Revolución comenzara. Para mencionar a algunos de éstos, en 1883 brotó en la región de La Montaña un movimiento indígena bajo el lema de “Libertad municipal y ley agraria” que fue sofocado por el gobierno.¹³⁴

En 1884, en Temalacacingo, región de La Montaña, Pascual Claudio dio a conocer un manifiesto de corte socialista utópica, en el que invitaba a los campesinos a unirse bajo el lema de “Tierra, industria y armas”, pero también fue suprimido. Parece ser que surgió como respuesta por la presencia extranjera en la región y la preferencia del gobierno por ofrecerle tierras a los extranjeros.¹³⁵ En el año de 1887, hubo diversas rebeliones indígenas, como la rebelión de Potuichán, que surgió en contra de un impuesto mensual que se aplicaba personalmente a los campesinos.¹³⁶ En fin, Lascuráin y Osio no lograba visualizar los problemas sociales, considerando la visión del zapatismo en las décadas posteriores como propaganda y prefiriendo entender a este movimiento revolucionario como un levantamiento de bandoleros agitados por los estadounidenses.

¹³³ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 72-73.

¹³⁴ Francisco Herrera Sipriano, *La Revolución en La Montaña de Guerrero La lucha zapatista 1910-1918*. (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009), 28.

¹³⁵ Herrera Sipriano, “La Revolución en La Montaña...”, 28-29.

¹³⁶ Herrera Sipriano, “La Revolución en La Montaña...”, 30.

El conservadurismo del autor es explícito en su acercamiento a la Iglesia y la manera en que ve a la religión católica

Lo que en la ciudad de México se hacía, se repetía por igual en todas las poblaciones de la República, así que la revolución pasó arrasando todo aquello que significaba cultura, ayuda al necesitado, protección al desvalido, en aras de una política ordenada por nuestro vecino, para poder dominarnos más fácilmente siguiendo la sentencia de Teodoro Roosevelt, de que mientras los países hispanoamericanos se conservaran católicos, los Estados Unidos no podrían dominarlos¹³⁷

Éste es un elemento muy importante del pensamiento de Lascuráin y Osio. En primer lugar, él asume que la religión católica es fundamental para el pensamiento y la formación mexicana, que es una esencia inseparable que le ofrece identidad y autonomía al pueblo de México, y en general a la América de habla hispana. En segundo lugar, esta fe es un fuerte obstáculo que puede contrarrestar los embates de los Estados Unidos comandados por Wilson en su búsqueda de apropiarse del continente. Éste aprecio por la religión católica es más aparente cuando se contrapone con sus opiniones sobre las versiones protestantes del cristianismo

Contrariamente a la persecución desatada contra la Iglesia Católica por la Revolución, vimos su empeño en proteger a todas las sectas protestantes, entregando en muchas partes templos católicos para que en ellos se establecieran los protestantes, y por eso en los Estados Unidos la Revolución encontró un gran apoyo en todas las distintas sectas protestantes, y muchos de los dirigentes de la Revolución fueron no sólo protestantes activos sino pastores y obispos es estas sectas¹³⁸

El autor asocia distintos elementos destructivos al movimiento revolucionario, cargándolo de una negatividad para compararlo con el porfiriato, como si fuera su antítesis. Durante el porfiriato había paz

¹³⁷ Lascuráin y Osio, "La segunda intervención americana", 115.

¹³⁸ Lascuráin y Osio, "La segunda intervención americana", 116.

y progreso, la Revolución trajo devastación y barbarie; en el porfiriato no robos ni asesinatos entre los campesinos, la Revolución trajo a los zapatistas que se movían por todo el estado de Morelos violando y saqueando los poblados; la iglesia católica fue un elemento de identidad en el porfiriato, la Revolución buscó reemplazarla por sectas protestantes; en el porfiriato México era independiente de los Estados Unidos, la Revolución trajo una completa subordinación a los vecinos del Norte.

Como ha sido aparente hasta este momento, la percepción que tiene el autor del expresidente estadounidense Woodrow Wilson es extremadamente negativa, convirtiéndolo en un titiritero que logró manipular a los personajes de la Revolución Mexicana, mostrándolo como alguien oscuro y sin escrúpulos, que se metía en los asuntos de México para los beneficios de los Estados Unidos. Es aquí donde se muestra que Lascuráin y Osio hizo un trabajo adecuado de archivo para soportar sus premisas antiestadounidenses, pues transcribe, cita y muestra distintos documentos que señalan el grado de participación de Wilson y políticos estadounidenses en la Revolución Mexicana.

Por ejemplo, en una carta que mandó W. J. Brayan en nombre de Wilson a *Foreign Relations of the United States* el 3 de junio de 1994 en donde se discute la problemática de qué gobierno debería ocupar México y cómo conseguir la paz en la región, el autor escribe lo siguiente

“[...] Wilson expone de una manera clara y contundente su política respecto de México, no de ayuda como hipócritamente decía, sino con la autoridad de un rey absoluto que quiere imponer sus ideas y métodos a un pueblo hollado por la bota del conquistador. La forma en que se dirige a los constitucionalistas es la de un amo a sus subalternos, pues como vemos por el texto no admite ni componendas ni sugerencias sobre lo que él ordena.¹³⁹

Aquí hay una cuestión que hay que discutir, la interpretación del autor puede llegar a carecer de restricciones si se comparan sus palabras con el documento. La sección de la carta que él mismo

¹³⁹ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 92.

transcribió al español, no muestra una clara perspectiva en donde Wilson declare de forma contundente sus deseos de controlar a México, incluso siendo un lenguaje diplomático, que suelen ser extremadamente corteses. No se puede observar ni en su transcripción ni en la copia fotostática¹⁴⁰ que presenta esa sed de control que expresó en el párrafo anterior.

Sin embargo, algunas de sus perspectivas no surgen de la nada. La idea que se genera de Wilson surge de una frase que, según el autor, el expresidente estadounidense dijo en múltiples ocasiones.

Tan pronto como tomó posesión de la presidencia, quiso imponer sobre Iberoamérica y en especial sobre México, sus teorías preconcebidas respecto a estos países y repetidas veces dijo esta frase: *I am going to teach the South American Republics to elect good men* [...] Excelente idea, si esos hubieran sido realmente sus propósitos, y los hubiera querido llevar a cabo de un modo racional, pero en realidad no fue esa su intención respecto a México [...] ¹⁴¹

Es posible que uno de los elementos que hayan hecho a Lascuráin y Osio despreciar a Wilson, es ese mismo conservadurismo del que hablamos con anterioridad. Si para él, la religión católica es un elemento inherente del mexicano, entonces el protestantismo es un elemento exógeno que puede contaminar o incluso eliminar esa autonomía y para el autor, Wilson “[...] era un protestante fanático, y odiaba todo lo que habían hecho los misioneros en México, y olvidando que en su país se había exterminado a los indios, se fingió constituirse en defensor de ellos, para tener pretexto de intervenir en nuestro país.”¹⁴² Todos los elementos que Wilson representa, atentan en contra del México de Lascuráin y Osio.

¹⁴⁰ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 90.

¹⁴¹ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 36.

¹⁴² Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 36.

Irónicamente, a pesar de que el autor percibe el colonialismo y el imperialismo de los Estados Unidos sobre México (aunque no conceptualiza su análisis alrededor de estos), no tiene ningún problema con el capital o los migrantes europeos

Vemos el empeño de Wilson de expulsar de México todos los capitales europeos que se habían establecido en el país, pero muy especialmente el capital inglés, que dominaba nuestro petróleo [...] se estableció una verdadera lucha entre el gobierno inglés y el de los Estados Unidos llevada entre ambos gobiernos por la vía diplomática en sus países y por medio de una lucha sangrienta en México, con los distintos bandos en que estábamos divididos [...] ¹⁴³

El autor menciona en diversas ocasiones los esfuerzos que los Estados Unidos hicieron para expulsar de México las inversiones de Europa. Esta reflexión no es sorprendente ni reveladora, es aceptada históricamente como una de las principales razones por las cuales los Estados Unidos intervinieron políticamente durante la Revolución Mexicana. Sin embargo, se logra detectar una preferencia por lo europeo más que por lo norteamericano

“El hecho fue que el país se perjudicó grandemente al cerrar sus puertas a esos capitales y empresas que hubieran contribuido grandemente a su desarrollo demográfico y a dar trabajo bien remunerado a nuestros nacionales [...] Los Estados Unidos deben su engrandecimiento a la inyección de capital y de emigrantes europeos. Pero la revolución, con el pretexto de un falso nacionalismo, impidió en aras del americano la entrada de capitales y emigrantes europeos [...] Las restricciones que existen en la actualidad para esa emigración, que sería tan benéfica para el país, nos prueban que hasta la fecha subsisten los compromisos adquiridos con Wilson ¹⁴⁴

Aquí hay dos puntos que hay que notar. El primero de ellos es que Lascuráin y Osio conserva una mentalidad decimonónica referente a la demografía en México y su relación con la economía. Él asocia la

¹⁴³ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 40-41.

¹⁴⁴ Lascuráin y Osio, “La segunda intervención americana”, 107.

inmigración de europeos a México (con sus posibles connotaciones culturales y raciales) como un elemento fundamental al crecimiento del país, ignorando que en países sudamericanos el proceso de migración fue mucho mayor que en México, pero su crecimiento no es para nada comparable con el de los Estados Unidos. El segundo punto es la relación de subordinación de los gobiernos posrevolucionarios que da el autor en relación con los Estados Unidos.

Para Lascuráin y Osio, es fundamental esta asociación. Dentro de su pensamiento y cosmovisión, la Revolución Mexicana no tuvo bases de justicia social, porque el porfiriato fue benévolo en todo momento y fue el movimiento revolucionario lo que rompió esta continuidad, trayendo violencia al país, generada por los Estados Unidos. Eso continuó una vez que la fase armada de la Revolución Mexicana terminó y comenzó la fase institucional, replicando ciertas prácticas de corrupción y violencia surgidas en el proceso armado, que son usadas para mantener al país bajo control de los Estados Unidos.

A pesar de que sus críticas son relativamente comunes a los que otros intelectuales y ciudadanos hicieron a los gobiernos posrevolucionarios, como una falta de alternancia en el gobierno, siendo el PRI el que ha estado en el poder por múltiples décadas¹⁴⁵, una fuerte violencia sufrida por el pueblo mexicano¹⁴⁶ u opresión desde el gobierno¹⁴⁷, estas críticas no son generadas por posturas de izquierda, sino del pasado embellecido por el conservadurismo del autor.

Lascuráin y Osio fue un viejo porfirista que suspiraba por los tiempos pasados por considerarlos mejores. Sus críticas a los gobiernos Revolucionarios se centraban en que México estaba mejor con Porfirio Díaz y que la Revolución fue una completa manipulación de los Estados Unidos sin un grado de

¹⁴⁵ Lascuráin y Osio, "La segunda intervención americana", 143.

¹⁴⁶ Lascuráin y Osio, "La segunda intervención americana", 139.

¹⁴⁷ Lascuráin y Osio, "La segunda intervención americana", 120.

autonomía por parte de los revolucionarios mexicanos, para poder subordinar a este país a los norteamericanos.

En cuanto a su *Mode of Emplotment*, su tono es el de una tragedia, tratando de narrar y conceptualizar a la Revolución Mexicana como un proceso de degeneración desde un punto ideal, el porfiriato, hacia los gobiernos posrevolucionarios, que considera como degeneraciones al servicio de los Estados Unidos. Aunque sea una postura algo similar al de Mario Gill en algunos puntos, como dicen nuestros vecinos del norte, *the devil is in the details*.

Mario Gill siempre vio a México subordinado a los Estados Unidos, desde su proceso de independencia hasta los gobiernos revolucionarios. Ángel Lascuráin y Osio no menciona procesos históricos previos al porfiriato a excepción de unas críticas que realiza a Benito Juárez. Fuera de esto, solo conocemos sus perspectivas acerca del porfiriato, que termina por conceptualizar como una utopía que cayó en desgracia.

Finalmente, no es sorpresa que su *Explanation by Ideological Implication* es una perspectiva de desprecio en contra de los Estados Unidos, representados por Wilson y detrás de él, un protestantismo anticatólico y un jingoísmo antieuropeo/antimexicano. A pesar de que su desprecio se centra en el expresidente, estos elementos los asocia con los Estados Unidos, como si fueran una totalidad diseñada para controlar a México.

La intervención americana en Veracruz en 1914

Este texto, a diferencia de los revisados con anterioridad, es una tesis de historia, defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en el año de 1964, para obtener el grado de maestría; el nombre de la maestranda es Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado. La tesis es relativamente pequeña, cien

páginas de texto escrito sin contar las notas que se encuentran en la parte trasera del texto ni la bibliografía.

El texto posee una serie de errores gramaticales y de sintaxis que hacen su lectura difícil de seguir en ocasiones, pero al ser escrita con máquina de escribir y por la posibilidad de no poder conseguir a algún corrector de estilo, no planeo darle demasiado descrédito por esta razón. Carreón y Arias Maldonado utiliza telegramas y cartas como sus fuentes para poder reconstruir la serie de eventos que concluyeron con la invasión norteamericana a Veracruz y, en grandes partes del texto, transcribe la totalidad de estos documentos para poder utilizarlos. Como punto y aparte, considero que esta tesis tiene muchas deficiencias metodológicas, pero este no es el punto del texto.

El capítulo I de la tesis se centra en los antecedentes al gobierno de Huerta, que son las acciones que llevó a cabo Francisco I. Madero para llegar a la presidencia de la república, para ser eventualmente ejecutado frente a la prisión de Lecumberri; le siguen las conspiraciones del embajador estadounidense Lane Wilson que provocaron el golpe de Estado; finalmente, las actuaciones de Huerta en conjunto con el representante norteamericano. Es en este capítulo introductorio en donde la autora no se hace esperar y comienza a mostrar la dirección que tomará su trabajo. “Francisco I. Madero no tuvo serios problemas de carácter internacional sino hasta el fin de su administración, siendo provocados, de manera especial, por el embajador de los Estados Unidos, que tomó una participación activa y directa en el derrocamiento de los poderes legalmente constituídos(sic).”¹⁴⁸

Tomando este pequeño comentario como base y analizando el resto de los capítulos siguientes, podemos comenzar a ver una doble diferenciación que la autora desarrolla dentro de su obra, entre los personajes de Madero y Lane Wilson; conforme el texto avanza, podemos notar que no es solo la división

¹⁴⁸ Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado, “La intervención americana en Veracruz en 1914” (tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1964), 1-2.

de dos personajes, sino de dos narrativas distintas que son simbolizadas inicialmente por estos dos hombres: la revolucionaria, que es representada primero por Madero, y la anti-revolucionaria, representada por Lane Wilson en los primeros capítulos. Digo inicialmente porque conforme avanza el texto, cuando estos personajes desaparecen del escenario histórico, estas dos narrativas se mantienen y solo cambian de sujetos que las representan. Sobre Madero nos dice la autora

Fue Madero hombre bondadoso, espíritu noble y altruista que tuvo la valentía de enfrentarse a una tiranía reinante en el país y que había de sucumbir por obra de la revolución proclamada en el Plan de San Luis Potosí, de 5 de octubre de 1910 y conforme al cual, Madero debería asumir el puesto de Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos. Desgraciadamente no cumplió con ese compromiso guiado por su buena fe y con ello cometió un grave error, pues en vez de cumplir con los postulados del Plan(sic), celebró los Convenios de Ciudad Juárez que significaron elsuicidio(sic) de la naciente revolución.¹⁴⁹

Para Carreón y Arias Maldonado, Madero fue un idealista, lleno de buenas intenciones, cuyo error fue ser demasiado ingenuo y de buen corazón que se permitió ser engañado por hombres como Huerta, un reaccionario que buscaba el regreso al antiguo gobierno pre-revolucionario. Ella considera a Madero casi como un santo, con la cualidad de haber podido cambiar el país poco a poco si tan solo hubiera tenido tiempo de hacerlo, en lugar de ver la situación contemporánea como un sistema cimentado en bases históricas añejas y relaciones sociales tradicionalmente muy fuertes que hubieran continuado a pesar de su presencia. Sobre el embajador Lane Wilson, Carreón y Arias Maldonado nos dice

Los enemigos de Madero habían hecho circular, como cosa cierta, el que Taft había públicamente declarado la intervención armada en México. La fuente de esta noticia parecía ser la Legación Inglesa, por medio de su ministro Strong, quien aseguraba que ya se habían dado órdenes para el

¹⁴⁹ Carreón y Arias Maldonado, "La intervención americana...", 2.

desembarque inmediato de marinos en Veracruz, para proteger vidas e intereses de sus nacionales, pero en realidad, Strong, como Cologan y otros, no fueron sino instrumentos del embajador americano, quien(sic) como Decano del Cuerpo Diplomático, llevaba la batuta de todas las representaciones extranjeras en México.¹⁵⁰

De esta manera se muestra a Lane Wilson como la contraparte de Madero, un hombre despreciable que buscaba eliminar al entonces presidente del país, pues éste representaba los intereses de los mexicanos, que estorbaban a los propios de los norteamericanos, que el ministro estadounidense buscaba mantener a toda costa, “¿por qué todos los ministros, sobre todo los europeos, amoldaban sus principios y los ideales del derecho y la justicia, a H.L. Wilson? Y la respuesta no puede ser otra que esto fue debido a que Wilson encarnaba el poderío, la voluntad y los designios de su propia República, que dominaba ya al mundo y que estaba vigilante a los enormes intereses que poseía en él.”¹⁵¹ Incluso las potencias europeas reconocían el dominio que los Estados Unidos tenían sobre Latinoamérica y México en particular.

Aunque la autora no lo mencione en su texto y no utilice algunas herramientas teóricas que autores como Lorenzo Meyer usaron, su apreciación e interpretación de las relaciones México-Estados Unidos, que ofrecen un contexto y un escenario al arribo de tropas norteamericanas en Veracruz en el año de 1914, sigue mostrando esta visión de centro-periferia/imperio-colonia que se puede observar de sobremanera en la mayoría de los textos aquí analizados.

El segundo capítulo titulado “Victoriano Huerta y Thomas Woodrow Wilson” habla de los cambios que se produjeron en las relaciones entre México y sus vecinos norteamericanos, una vez que Woodrow Wilson entró a la presidencia de los Estados Unidos y tuvo la necesidad diplomática de ponerse en contacto con Victoriano Huerta, presidente de la república una vez que Madero fue asesinado. El

¹⁵⁰ Carreón y Arias Maldonado, “La intervención americana...”, 7-8.

¹⁵¹ Carreón y Arias Maldonado, “La intervención americana...”, 17.

presidente Wilson se consideraba a sí mismo como un paladín de la autodeterminación de los pueblos, a tal grado que lo puso en el centro de la política internacional una vez que acabó la Primera Guerra Mundial, pues se le vio durante unos cuantos meses como una propuesta alterna al marxismo-leninismo de la época (una perspectiva política que el expresidente norteamericano nunca supo desarrollar y terminó por fracasar esta visión que muchos países coloniales tenían sobre él.)¹⁵²

Se observa esta perspectiva wilsoniana sobre la autodeterminación en un párrafo del capítulo siguiente de la tesis de Maldonado, “[...] los sentimientos personales de Wilson, ya manifestados públicamente, habían rechazado la idea de intervención pues su política, por los conocimientos que había adquirido de la nuestra, habían determinado una nueva orientación en la trayectoria de las relaciones de Estados Unidos para con México.”¹⁵³ Este pensamiento de Wilson es esencial para poder contrastarlo con capítulos posteriores porque, a final de cuentas, terminó por existir una intervención norteamericana en el puerto de Veracruz durante su periodo como presidente estadounidense.

Bien, el tercer capítulo se reduce a describir el año de 1913, cómo Carranza junto con el congreso del estado de Coahuila desconocieron a Huerta como presidente y la introducción que hace la autora de Francisco Villa en el panorama histórico. El cuarto capítulo, que comienza a tratar lo que nos compete, habla del incidente de Tampico, en donde marinos estadounidenses desembarcaron en territorio mexicano, causando un incidente internacional. Primero, ellos fueron capturados por las fuerzas armadas mexicanas y después de que los nacionales se disculparon y los pusieron en libertad, éstos exigían una retribución simbólica muy difícil de cumplir, la de izar la bandera estadounidense por sí sola en el puerto. Este evento fue narrado por Mario Gill en su libro *Nuestros buenos vecinos*, que ya fue tratado con anterioridad en el capítulo anterior del texto que usted está leyendo.

¹⁵² Erez Manela, “Imagining Woodrow Wilson in Asia: Dreams of East-West Harmony and the Revolt against Empire in 1919”, *The American Historical Review*, Vol. 111, No. 5 (December 2006), 1330.

¹⁵³ Carreón y Arias Maldonado, “La intervención americana...”, 36.

El capítulo quinto narra el desembarco de los marinos estadounidenses en Veracruz, como consecuencia de la detención que ocurrió en el puerto de Tampico, y narra como la población civil junto con los cadetes de la Escuela Naval del puerto de Veracruz defendieron la ciudad. Aquí podemos ver otras características de la perspectiva de Carreón y Arias Maldonado acerca de los estadounidenses y, como otros autores ya revisados con anterioridad, busca mostrarnos distintas perspectivas en su narrativa histórica, con la intención de desarrollar un trabajo imparcial. Por ejemplo, nos dice de Wilson

La infamia estaba consumada, el odio que Wilson sentía hacia Huerta era manifestada y sólo se necesitaba un pretexto para quitarlo del poder; pensó que con su determinación de bloquear el desembarco afectaba sólo a su gobierno, pero no pensó, de ninguna manera, que estaba ofendiendo a todo un pueblo que siempre ha defendido a su libertad y que, además, estaba violando los principios del derecho de gentes.¹⁵⁴

La forma en que Carreón y Arias Maldonado nos presenta a Woodrow Wilson, es relativamente similar a Madero, pues lo describe como alguien con buenas intenciones y que no supo encasillarlas de la manera más adecuada. En este caso, la manera en cómo se enmarca la actitud del presidente norteamericano, es que él odiaba la manera en que Huerta había eliminado de su camino a un presidente electo y, mientras otros países habían reconocido su gobierno, Woodrow Wilson se mostraba reacio a tomar la misma posición, a pesar de que tenía presiones económicas y políticas internas encima.

A pesar de verlo en esta perspectiva, Arias Maldonado no deja de recalcar que él y su gobierno tomaron el puerto de Veracruz y utilizó el argumento de sacar a Huerta del gobierno, usando las excusas del incidente de Tampico y el de cargueros alemanes que traían armas para ayudar a Huerta a sofocar las rebeliones en el país, para poder tomar el puerto de Veracruz. No importa cómo se le quiera describir o enmarcar las intenciones del expresidente norteamericano, el hecho es que Wilson invadió al país vecino

¹⁵⁴ Carreón y Arias Maldonado, "La intervención americana...", 58.

del sur, pisoteando sus supuestas pretensiones e ideales de la autodeterminación de los pueblos, que tanta fama le dio durante los años siguientes.

Esta perspectiva negativa sobre los Estados Unidos se extiende durante el resto del capítulo pues, como se mencionó antes, es una crónica del primer día de la invasión estadounidense. Por ejemplo, en un telegrama que la autora transcribe en donde el general Fletcher, líder de las fuerzas armadas estadounidenses en territorio veracruzano, muestra sorpresa de la respuesta de los civiles mexicanos, recibe este comentario de Carreón y Arias Maldonado: “¿Qué creía encontrar el Sr. Fletcher al atacar: que los recibiéramos con los brazos abiertos? ¿que no se contestara a una agresión injusta? ¿que se dejara el puerto a su disposición? La actitud de los civiles fue la justa como la injusta fue la del gobierno americano. De atacar un puerto abierto e indefenso.”¹⁵⁵ Es difícil no encontrarse del lado de la autora pues, uno podría decir “como de costumbre”, fue una intervención armada injustificada. Si seguimos la perspectiva de la autora, esta intervención nació de un capricho, de un sentimiento paternalista por parte de Wilson sobre las naciones latinoamericanas que el pretendía civilizar. Esta manera de observar al norteamericano se ve en diversas partes del texto

El hecho de que Wilson no reconociera a Huerta no era sólo debido a su profunda antipatía por el asesino sino que atrás de esto estaban las potencias europeas pidiendo el restablecimiento del antiguo régimen y con ello, que surgiera una dictadura que facilitara el progreso material y educativo, como aconsejaba Lord Bryce, a quien no se podía dejar de lado como instrumento de los intereses, puesto que era el embajador inglés en Washington. Dieciseis(sic) naciones habían reconocido el derecho de Huerta a llamarse Presidente(sic), pero Huerta, con todo y todo, continuaba siendo para Wilson un símbolo del pecado político, un ídolo ante el cual se inclinaban mexicanos y diplomáticos del dólar(sic) y que él se veía en la obligación de aplastar.¹⁵⁶

¹⁵⁵ Carreón y Arias Maldonado, “La intervención americana...”, 76.

¹⁵⁶ Carreón y Arias Maldonado, “La intervención americana...”, 48.

A pesar de su pensamiento tan negativo en contra de los estadounidenses, se puede observar que Carreón y Arias Maldonado tampoco tiene simpatías por Huerta ni su gabinete, llamándolo asesino y considerándolo el villano que eliminó al “apóstol de la democracia” mexicano. En otras palabras, ni el gobierno mexicano ni el estadounidense tenían la autoridad moral para juzgar al otro.

El sexto capítulo se centra en la intervención de Argentina, Brasil y Chile para poder mediar entre México y los Estados Unidos sobre la invasión. Según la autora, estas mediaciones no tuvieron efecto alguno, pues lo que provocó la salida de las fuerzas norteamericanas fue el derrocamiento de Huerta de la presidencia. El séptimo capítulo narra de manera muy breve la manera en cómo Huerta se retira de la presidencia y salen las tropas de Veracruz. El séptimo y último capítulo narra de manera muy breve la manera en como Carranza logra que Huerta renuncie a la presidencia. Sin tener más razón para seguir teniendo tropas americanas en el puerto de Veracruz, los norteamericanos desocupan el puerto y regresan a los Estados Unidos.

Bien, la categoría de *Ideological Implication* de este texto es de desprecio. La manera en cómo la autora describe al gobierno norteamericano, al diplomático Wilson y al expresidente Woodrow Wilson, junto con la forma en como muestra al pueblo mexicano (pero no al gobierno de Huerta) y a Francisco I. Madero, dan la impresión de que ella no tiene en una luz muy positiva a los norteamericanos que, en esa época invadieron a México. En esa misma línea, su *Mode of Emplotment* es un Romance, porque a pesar del gobierno de Huerta y e la invasión estadounidense, el pueblo mexicano pudo resistir y, eventualmente, sacar a Huerta de la silla presidencia para que Carranza subiera al poder.

Consideraciones finales

De todos los libros analizados, no creo haber encontrado dos cuyas interpretaciones históricas hayan sido tan opuestas y similares a la vez. Primero, sobre México, las visiones que Lascuráin y Osio tiene sobre el movimiento revolucionario son completamente negativas, mientras que las de Carreón y Arias Maldonado

son positivas. Huerta es también opuesto en sus visiones, pues Carreón lo ve como un reaccionario que asesinó a Madero, mientras que Lascuraín lo interpreta como aquél que buscó regresar a México a los tiempos del Porfiriato, tiempos de paz y tranquilidad.

A pesar de esto, las diferencias se hacen mucho más pequeñas cuando hacemos la transición de las lecturas sobre México, a las de Estados Unidos. Una diferencia fundamental que tenemos que señalar, sin embargo, es como tratan a la figura del expresidente Woodrow Wilson. Lascuraín lo ve como lo más abominable de la cultura y el poderío estadounidense, pues trató de destruir la autodeterminación mexicana junto con sus valores tradicionales y su religión, para poder insertar aquellos por los que viven los estadounidenses, trayendo caos a la sociedad mexicana. Carreón, en cambio, no lo ve de una manera tan negativa, énfasis en la palabra “tan”. Ella ve que él tiene ciertas intenciones positivas al no aceptar a alguien como Huerta en la presidencia, pero su falta de tacto en las cuestiones mexicanas y la necesidad de implantar su voluntad en México es aborrecible.

También podemos destacar una diferencia importante entre los dos autores: uno es ingeniero, mientras que la otra fue estudiante de maestría de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Así podemos observar ciertas diferencias en la manera en cómo ellos se acercan al texto, pues Lascuraín ofrece conclusiones a algunas de sus premisas sin presentar evidencia documental que la sustente, mientras que Carreón “no da paso sin huarache” y todas sus reflexiones acerca del pasado surgen de fragmentos que nos presenta en el texto. Esto nos dio unas reflexiones interesantes que valdrá la pena observar en las conclusiones.

Capítulo V: Análisis de la historiografía referente al periodo de 1835 a 1848, secesión de Texas e intervención estadounidense. Lectura de Josefina Vázquez de Knauth y Jesús Velasco Márquez.

La independencia de Texas y la invasión estadounidense del año de 1847, son sin duda alguna parte del segundo trauma histórico más grande para la conciencia social mexicana, a la par de la conquista española en el siglo XVI. Este evento es visto por Josefina Vázquez de Knauth y Jesús Velasco Márquez de una manera muy particular, fundamentalmente distinta a los otros trabajos historiográficos, pues se buscó mostrar una posición crítica a las acciones mexicanas durante y posteriores al conflicto, de dos maneras muy particulares.

Mexicanos y Norteamericanos ante la guerra del 47

El libro de Josefina Vázquez de Knauth es distinto al de los demás por tres razones principales. La primera, porque no es un estudio a profundidad de las interacciones entre México y los Estados Unidos, sino que en mayor parte es una recopilación de textos de diversas épocas que tratan este asunto. La segunda razón, es que su contribución es mínima, pues solo se centra en una introducción hasta la página 50, en donde hace un resumen muy superficial del conflicto y luego se centra en lo que le interesa más a ella, la visión que se tuvo de la invasión en los ojos de norteamericanos y mexicanos a través de los tiempos. La tercera y última razón, es que ella no ofrece ninguna clase de conclusión a este libro, por lo que éste se compone de su introducción y diecinueve textos escogidos para que el lector pueda hacer sus propias reflexiones y conclusiones acerca del conflicto.

Es así que el acercamiento a este texto tendrá que ser distinto al de los demás. Primero, el análisis de la introducción llevará generalmente los mismos pasos que las otras obras ya vistas. Segundo, los textos de los otros autores que completan la obra, no serán analizados ya que su nacionalidad y los años en los

que la mayoría fueron escritos quedan fuera de los parámetros escogidos para esta tesis. Sin embargo, trataré de buscar una lógica detrás de su selección para ver qué se puede dilucidar.

Bien, Josefina Vázquez de Knauth comienza con su introducción haciendo un rápido recorrido sobre los eventos previos y contemporáneos de la guerra, desde los primeros años de las actividades en las trece colonias norteamericanas, pasando por la independencia de Texas, y finalmente la guerra y pérdida del territorio mexicano a manos de los estadounidenses. Esta pequeña sección no es el punto principal de interés de Vázquez de Knauth, pues ella está más interesada en comprender la interpretación que se tiene de la guerra en ambos lados del Río Bravo.

Eso se puede ver en la siguiente sección de la introducción, subtitulada *Los norteamericanos ante la guerra*, en donde Vázquez de Knauth busca entender la perspectiva de los estadounidenses sobre la guerra y categoriza lo que ella considera las tres épocas más importantes en la producción historiográfica norteamericana sobre la guerra del 47. Esta sección es detalladísima con los distintos textos historiográficos publicados y enumera una gran cantidad de estos publicados desde el 48 del siglo XIX, hasta finales de los años sesenta del siglo XX.

Los tres periodos principales que la autora escoge son de 1847 a 1851, de 1911 a 1919 y finalmente la década de los sesenta; esto no significa que entre estos años no existiera alguna clase de textos publicado acerca del tema, sino que estos fueron bloques de interpretación histórica generacional. Bien, el primer periodo fue el de mayor producción, pues se publicaron veintinueve textos relacionados a este evento de diversas posturas políticas y géneros literarios. Vázquez de Knauth menciona que hay seis grupos en los que podemos acomodar estos textos: “[...] crónica militar, propaganda al servicio de la

campaña política de Taylor, propaganda antiesclavista, libros de información sobre las nuevas tierras, propaganda antimexicana para acallar a los enemigos de la guerra y síntesis históricas de momento.”¹⁵⁷

En el segundo periodo, las obras que se publicaron en la década del diez del siglo XX estaban cargadas de perspectivas imperialistas, darwinismo social y de superioridad anglosajona; estos textos estaban teñidos de estas perspectivas sociales que se desarrollaron en Europa y los Estados Unidos en los cuarenta años previos de la Primera Guerra Mundial, que se desarrollaron particularmente en Estados Unidos a la mano de la expansión al oeste, como muestra de superioridad blanca, anglosajona y civilizatoria

La industrialización más gigantesca de la historia había tenido lugar en los Estados Unidos entre la Guerra Civil y el fin del siglo. La sociedad norteamericana agrícola se había urbanizado y los nuevos problemas le hacían sentir melancolía por el pasado, por la expansión sin trabas de la marcha al oeste. Era natural que al llenarse prácticamente las tierras libres que alguna vez parecían interminables, el pueblo que siempre había tenido un horizonte hacia donde podía marchar, se sintiera encerrado y naciera la preocupación por la tierra [...]”¹⁵⁸

Finalmente, el último periodo, fuertemente influenciado por la guerra de Vietnam, trajo una revolución en la perspectiva historiográfica sobre los Estados Unidos. En esta década, los historiadores se volvieron muy críticos sobre de los Estados Unidos, sus interacciones imperialistas e incluso la misma invasión a México, a tal punto que se comenzaron a publicar textos que van en contra de la verdad histórica norteamericana desarrollada hasta el momento: que fue México quien inició los enfrentamientos en el año de 1846.

¹⁵⁷ Josefina Vázquez de Knauth, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*, (México: Secretaria de Educación Pública, 1972), 29.

¹⁵⁸ ¹⁵⁸ Vázquez de Knauth, “Mexicanos y norteamericanos...”, 31-32.

A finales de la década crítica, en 1968, se publicaron dos libros colectivos que pretendían revisar los conceptos aceptados de la historia norteamericana. Uno reunía un selecto grupo de historiadores y bajo la coordinación de Van Woodward emprendía la tarea de aplicar métodos comparativos para dar a la historia de ese país “nueva luz”. El otro, editado por Barton J. Berstein, era representativo del revisionismo político más que del histórico. Los dos colaboradores son historiadores jóvenes de izquierda que, conmovidos con los acontecimientos de los sesenta, se acercaron al pasado con un espíritu de crítica, detractor a menudo y eminentemente inconforme. Los dos estudios han dado por resultado, en general, tesis atractivas y estimulantes, sólo que para el objeto que aquí nos ocupa, resulta sorprendente que ninguno de los dos dedique un apartado a la guerra del 47. Esto parece indicar que el olvido derivado de un estudio de culpa, todavía está por superarse.¹⁵⁹

Estos periodos de producción historiográfica no surgen por mera casualidad, sino que son productos históricos que se desarrollan a partir de las circunstancias que rodearon a la sociedad durante los años en que fueron escritos. Así fue con el periodo posterior a la guerra, a la segunda década del siglo XX, los años sesenta estadounidenses o en el caso de México, las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta de México, representado en los textos que estudian a los norteamericanos: todos estos autores son condicionados por su periodo histórico.

La siguiente sección de la introducción, *La historiografía mexicana*, busca ahora la perspectiva de los mexicanos. Esta sección se divide en dos partes: la primera busca dilucidar una problemática que es difícil de aprehender por momentos, el acercamiento que nosotros tenemos como mexicanos (e incluso como historiadores) a las particularidades de esta guerra.

Es un hecho que deberían de considerar característico aquellos que pretenden describir al mexicano, el impedimento de ver su pasado como pasado. El mismo historiador no puede evitar

¹⁵⁹ Vázquez de Knauth, “Mexicanos y norteamericanos...”, 40-41.

tomar partido y pretende cambiar el pasado falseando lo sucedido [...] El acontecimiento fue traumático y aún lo es, porque aceptamos la pérdida de territorio, la inevitabilidad del choque y de sus resultados, pero no podemos menos que lamentar la facilidad con que se ganó la guerra y la total impotencia ante la ofensiva norteamericana. No entendemos todo eso porque no nos hemos esforzado en hacerlo: los historiadores se han empeñado en tomar los partidos de la época y en acusar a los contrarios del fracaso.¹⁶⁰

Es este elemento de incapacidad de superar este trauma histórico lo que, según Vázquez de Knauth, le dificulta los historiadores mexicanos poder analizar los eventos relacionados a esta invasión. La autora es muy crítica con los mexicanos y sobre todo con los historiadores cuando habla acerca de este punto, pues ella habla de una gran barrera que detiene el potencial para poder desarrollar una gran historiografía sobre la invasión de los Estados Unidos a México, desde la perspectiva mexicana.

La segunda parte de esta sección menciona los textos escritos sobre el conflicto, cuyo número palidece en contra de la gran producción historiográfica norteamericana: en verdad son muy pocos los textos escritos sobre este conflicto desde este lado del río. Finalmente, la última sección de la introducción describe las razones de porqué se eligieron los textos que se recopilaron en este libro. Resumiendo esta última, se buscó tener posiciones diversas tanto mexicanas y estadounidenses, como de distintas épocas históricas, para poder pintar un cuadro que nos permita comprender las distintas perspectivas sobre esta guerra y desde mi punto de vista, cómo se fue desarrollando la mentalidad sobre este conflicto a través de los años en los dos países.

Bien, las primeras seis lecturas entran en el periodo de los años de 1846 a 1851, periodo inmediato a la invasión estadounidense. De estos seis textos recopilados, cuatro son de norteamericanos, (el expresidente James Knox Polk, William Jay, Walt Whitman y Abiel Abbot Livermore) y dos son de

¹⁶⁰ Vázquez de Knauth, "Mexicanos y norteamericanos...", 41-42.

mexicanos (el primero es de distintos soldados mexicanos que combatieron en la guerra, y el segundo es de José María Roa Bárcena).

Tratar a los diversos textos en pequeños resúmenes resultaría cansado para el lector (y puedo asegurar que la lectura de estos es mucho más rica que cualquier síntesis que se pudiera escribir) por lo que la mejor opción es mencionar que, de entre los más de (en ese entonces cuando se publicó el libro de Josefina por primera vez) cien años que ocurrieron desde la invasión norteamericana, los textos tomados por Josefina Vázquez son de gran variedad geográfica e ideológica.

Tenemos el mensaje que ofrece Polk al congreso para invadir a México en 1846; un texto escrito por Manuel Payno al final de la guerra, parte del libro *Apuntes para la Guerra con los Estados Unidos* donde varios soldados liberales escriben su pesar acerca del conflicto; al mismo tiempo un texto de William Jay, un pacifista que estaba en contra de la guerra, que describe las razones por las que los Estados Unidos fueron los culpables de la guerra, fragmento de un libro publicado en el año de 1849 (*A Review of the Causes and Consequences of the Mexican War*).

Aparecen autores de principio del siglo pasado como Justo Sierra o estadounidenses que veinte años después, impregnados por el darwinismo social norteamericano, publican obras en donde culpan a México por el conflicto armado; también tiene el libro a historiadores mexicanos muy conservadores que publicaron a mediados de los cuarenta del siglo XX (como Mariano Cuevas) que culpan a los Estados Unidos del conflicto, pero también a los liberales mexicanos; a norteamericanos como Glenn W. Price que comienzan a mostrar un revisionismo en contra de la invasión a México publicada en 1967. En otras palabras, existe una gran variedad en los textos escogidos.

Como se ha mencionado, el texto de Josefina Vázquez se forma con una gran cantidad de documentos primarios de distintas épocas, para que el lector pueda conocer como fue cambiando la perspectiva del conflicto a través de los años. Considero que la autora tuvo dos objetivos principales con

este texto: el primero, como he mencionado con anterioridad, es permitir que el lector pueda formarse una opinión propia acerca del conflicto a partir de los fragmentos escogidos.

El segundo y creo el más importante, fue hacer una reconstrucción intelectual del desarrollo de las concepciones de la invasión norteamericana, tanto de México como de los Estados Unidos. Guardando las obvias diferencias, la intención es similar a la obra de Edmundo O’Gorman *La invención de América*, solo que Josefina Vázquez, en lugar de hacer un proceso de reflexión a partir de la conexión de ideas a través del tiempo, una interpretación de los documentos y la creación de una estructura lógica desde donde escribir y desarrollar la transformación de estas ideas, ella prefiere mostrarnos de primera mano todos estos documentos. Mientras que el texto de O’Gorman busca explicar los cambios en el tiempo del concepto de *América*, Josefina Vázquez prefiere que el lector haga sus propias reflexiones.

Con todo lo que se ha visto y expuesto, considero que la categoría de *Ideological Implication* de Josefina Vázquez resulta más que obvia: es la de indiferencia. Ella no busca ofrecer una interpretación sobre los Estados Unidos o de los textos, sino que busca que “los documentos hablen por sí mismos”, creando un cuerpo de textos que puedan ser interpretados por cualquier lector interesado en el conflicto. Esto permitió a la autora de librarse de la necesidad de ofrecer opiniones en su introducción (fuera de las que ofreció al referirse a las academias mexicana y estadounidense sobre el trato que las dos tuvieron sobre el conflicto) sobre la invasión estadounidense.

En el caso de su *Mode of Emplotment*, es particular que este no tiene uno, pues la misma naturaleza de este texto evita que tenga uno. Al no buscar una explicación del conflicto, no se desarrolla un entramado, solo se crea un texto descriptivo como introducción y se insertan fragmentos de textos complementarios. En este caso, el *Mode of Emplotment* queda fuera del texto, y se busca que el lector desarrolle su propio entramado a partir de las conclusiones que pueda reflexionar tras leer a los múltiples autores.

La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)

Este libro es esencialmente distinto a la mayoría de los otros analizados anteriormente, pues no se centra en el análisis específico del contacto de los Estados Unidos con México, sino que tiene un acercamiento similar a una sección del libro de Josefina Vásquez y a la tesis que usted está leyendo: conocer las perspectivas mexicanas del pasado relacionadas al contacto con los Estados Unidos. En este caso en particular, es la invasión estadounidense a México en los años de 1846 a 1848, enfocado en la prensa de la época.

Sin embargo, a diferencia de esta tesis, Jesús Velasco Márquez no utiliza textos históricos, sino que hace un trabajo hemerográfico de los distintos periódicos que circulaban durante esos años en la Ciudad de México. En su introducción, hace un recuento de los diarios que existieron en la ciudad, describiéndolos y explicando sus posiciones políticas. Algunos como el *Monitor Republicano*, eran liberales; otros, como *El diario del Gobierno* y en su momento *El Siglo XIX*, fueron pro-gobierno, apoyando todas las medidas y movimientos que éste hacía; algunos de oposición radical como *El Amigo del Pueblo* y *La Voz del Pueblo*; otros monárquicos como *El Tiempo*. En fin, fue un periodo donde existieron muchos periódicos de muy diversas posturas políticas, que fueron cruzados por la invasión estadounidense en algún momento de su vida.

Otra característica de este texto es la postura crítica de Velasco Márquez en contraposición a los otros textos. En ocasiones es similar a ciertas posturas mostradas por Josefina Vásquez en su texto *Mexicanos y Norteamericanos ante la guerra del 47* pero, a diferencia de Vásquez, el autor sí profundiza en sus reflexiones. Por ejemplo, dice en el prólogo

Los mexicanos seguimos insistiendo en que su único resultado [de la invasión norteamericana] fue la pérdida “de más de la mitad de nuestro territorio”. Simplemente nos hemos conformado con las explicaciones [...] de que fue un acto de rapiña, unas veces maquinado por políticos sin

escrúpulos, otras como producto de las diferencias regionales de los Estados Unidos, y otras más como el resultado de la teoría del Destino Manifiesto [...] Nos presentamos como víctimas de una injustificada agresión y forzados a proseguir una guerra que no deseábamos o tratamos de culpar a algunos políticos corruptos [...] Sin duda estas explicaciones contienen parte de verdad, pero hay algo más que los mexicanos no hemos podido o no hemos querido ver: nuestra responsabilidad en la guerra.¹⁶¹

Esta postura resulta llamativa, pues nos muestra una perspectiva sobre las relaciones México-Estados Unidos en las que el primero es activo en el accionar de las circunstancias históricas y no solo pasivo-reactivo, acercamiento muy diferente que toman autores nacionalistas como Lascuráin y en menor medida Cánovas, teorías de dependencia como Lorenzo Meyer o la concepción marxista del mundo de Mario Gill, en donde las pretensiones imperialistas estadounidenses o de sus compañías, pisoteaban cualquier pretensión de autodeterminación mexicana a favor de sus propios intereses económicos. La perspectiva de Velasco Márquez es, en un primer plano, atractiva por pretender profundizar sobre los posicionamientos mexicanos en el conflicto. A pesar de esto, una crítica que ofrezco al autor es que, en diversas ocasiones, sus opiniones pueden confundirse o incluso mezclarse con aquellas que él cita, haciendo la comprensión de sus perspectivas un proceso tedioso.

Él expresa en su primer capítulo, titulado “El furor bélico”, que la prensa mexicana buscaba desde 1845 que se abriera el conflicto con los Estados Unidos, tomando todo lo relacionado con Texas (desde su independencia hasta su anexión a la Unión Americana) como excusa para poner presión al gobierno para abrir fuego en contra de los norteamericanos. Todo esto continuó durante los siguientes meses y años, pues algunos diarios radicales, como *La Voz del Pueblo*, pedía a gritos que se invadiera al vecino del norte para poder recuperar Texas y hacer pagar a los norteamericanos por sus crímenes. Todos estos mensajes

¹⁶¹ Jesús Velasco Márquez, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*. (México: Secretaría de Educación Pública, 1975), 9.

bélicos continuaron muy entrada la guerra, hasta después de la batalla de Churubusco donde el único diario mexicano que no había cerrado era *El diario del Gobierno*.

Hasta ese momento, cualquier postura que buscara la paz con los estadounidenses era considerada una traición por la prensa mexicana; sin embargo, después de Churubusco, ya no había manera de defender esta postura. Según Velasco Márquez, la prensa tuvo una fuerte influencia en el lado mexicano para comenzar la guerra, pues ésta se veía como una acción justa para poder preservar la dignidad y los derechos de la nación mexicana; esto, junto con el hecho de que el nivel de alfabetización en México era muy bajo y la prensa solo circulaba en las manos de la clase alta y la pequeña clase media, permitía que sus opiniones influyeran en los sectores políticos que gobernaban a México ya que, obviamente, los periódicos eran dirigidos directamente a este público.

El segundo capítulo, se centra en la idea del expansionismo americano y la reacción de la prensa mexicana sobre éste. El autor nos presenta dos perspectivas en la mesa: la liberal y la conservadora. La liberal observa al expansionismo americano como algo natural, expresión de los instintos humanos que permitieron la creación de una nación como los Estados Unidos, que en sus acciones no hacen más que expresar sus deseos de búsqueda de libertad y progreso. Los conservadores, por otro lado, ven al país del norte de un modo distinto, pues el hecho de que los Estados Unidos se hayan formado de muchos migrantes que escapaban de las tradiciones de Europa hace que, desde esta perspectiva, no exista una cohesión basada en la religión ni sus valores, por lo que este expansionismo surge de la expresión de deseos inmorales y criminales para poseer lo que no es suyo, en este caso, territorio mexicano.

Pero las raíces y las preguntas metafísicas acerca del expansionismo norteamericano no eran lo único de lo que se hablaba en estos diarios, sino las consecuencias de la anexión de Texas. El hecho era el siguiente: en el norte se tiene a un país rico que, independientemente de sus razones, buscaba crecer territorialmente y junto a éste, existe un país pobre y con menor población “Por lo hasta aquí dicho,

podemos concluir que ya fuera que se considerara expansionismo norteamericano como un resultado “natural” de su desarrollo, o como “una válvula de escape” de sus contradicciones internas, el hecho era que éste no se detendría en los límites de México”¹⁶²; esto provocó que las discusiones se centraran en cómo evitar que California se convirtiera en una segunda Texas o se perdiera el resto del territorio septentrional.

El tercer capítulo es fascinante, pues muestra algo que prácticamente nunca ha sido discutido en la historiografía, las justificaciones morales de la guerra. Claro, del lado norteamericano tenemos sus pretensiones surgidas del Destino Manifiesto y sus ideas de superioridad racial tocadas brevemente por Velasco Márquez, pero lo que raramente se ha tocado en la historiografía mexicana, son las justificaciones por parte de México expresadas con fuerza por la prensa de la época.

El autor toca cuatro justificaciones principales, siendo la defensa de la tradición latino-hispanoamericana como la primera. En esta se expone que la pobreza de México en esos años fue orquestada por los propios norteamericanos, que con su cultura anglosajona lograron introducir discordia en el país, por lo que es deber de México proteger el espíritu latino civilizatorio, en contra de los bárbaros anglos del norte, una especie de replicación histórica europea en territorio americano.¹⁶³

La segunda justificación es religiosa. A pesar de que los norteamericanos hayan separado el Estado de la Iglesia, existía en ellos una concepción de superioridad ética-protestante por sobre el catolicismo que los unificaba como nación, por lo que es deber de México defender a la única y verdadera religión en contra de los bárbaros protestantes.¹⁶⁴ La tercera justificación moral fue porque en los Estados Unidos existía la esclavitud, por lo tanto un país liberal como México, no podía soportar esa bestialidad, la de subordinar a seres humanos a perder su voluntad por el único hecho de que su color de piel era

¹⁶² Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 59.

¹⁶³ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 75-77.

¹⁶⁴ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 77-78.

distinta.¹⁶⁵ La última justificación es simplemente porque la anexión de Texas al territorio americano en la década de los treinta del siglo XIX fue ilegal.¹⁶⁶

El cuarto capítulo se centra en las ideas de nacionalismo y de los proyectos de nación que los distintos periódicos tenían para poder unificar a México. De estas diversas perspectivas, existían argumentos que estaban a favor de la guerra o de eliminar el centralismo mexicano, diversos métodos para unificar a México, pero los más representativos fueron las luchas entre los periódicos conservadores y los liberales. Por un lado, los diarios conservadores argumentaban que el año de 1824 fue desastroso, porque introdujo una constitución republicana en un país que durante siglos vivió bajo una monarquía y que esta constitución venía corrompida por valores anglosajones que buscaban causar caos dentro de México.¹⁶⁷ En mi opinión, es aquí donde se comienzan a observar perspectivas monarquistas en las opiniones conservadoras, que tomarán prominencia en los años siguientes a la guerra y desembocarán en la Segunda Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano.

Por el otro lado, tenemos a los liberales que veían la semilla de los males en la destrucción del gobierno federalista y que era necesario regresar al año de 1824, federalizar al país y evitar que nuevos Texas pudieran existir. De tal manera, se liberaría la economía, se aprovecharía la mano de obra indígena para “que no estorbase al progreso de la nación” y con la libertad de cultos, se abrirían las puertas para “la inmigración de pueblos industriosos y de costumbres arregladas, como los suizos”.¹⁶⁸ Las discusiones sobre como unificar a México ocupaban un punto central, pues por un lado se tiene a todas estas facciones tratando de llegar al poder, por el otro, estás librando una guerra con un enemigo superior en número y

¹⁶⁵ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 79-81.

¹⁶⁶ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 81.

¹⁶⁷ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 101.

¹⁶⁸ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 98.

maquinaria de guerra. Por lo tanto, la manera de poder contrarrestar estas dos desgracias es encontrando la manera de evitar el faccionalismo en el país.

En el quinto capítulo, se narra el cambio de perspectiva que los diarios mexicanos tenían acerca de la guerra. Para el mes de septiembre del año de 1847, las tropas norteamericanas ya habían ocupado la capital mexicana y cualquier esperanza para conseguir la victoria se había desvanecido. Por lo tanto, se comenzó a pedir en estos periódicos que se firmara la paz, para que la clase política y la población letrada pudieran acostumbrarse a la idea de que México perdió la guerra.

Se buscó culpar a diversos hechos por la causa de la guerra. Ahora, ya no se buscaba culpables por la derrota, sino por aquellos que la comenzaron. “El único gobierno exonerado de toda culpabilidad era el del general José Joaquín (Herrera); éste no solo había tratado de evitar la confrontación entre México y los Estados Unidos, sino que se había opuesto responsablemente a la guerra misma.”¹⁶⁹ Con los deseos de guerra apagados y con la reflexión sobre la derrota, Velasco Márquez nos dice que “[...] los argumentos con los que la prensa mexicana justificó la necesidad de restablecer la paz y las relaciones con los Estados Unidos, fueron exactamente los mismos con los que anteriormente había apoyado su furor bélico.”¹⁷⁰ Estos argumentos eran que, con la paz, se detendrían los deseos expansionistas estadounidenses; que siempre fue una guerra injusta y que México era víctima de los norteamericanos; que era necesaria para poder conseguir la unión del país. A pesar de esto, había aquellos que buscaban que no se firmara la paz, para que los Estados Unidos absorbiera por completo a México y de esa forma adquirir los valores y las instituciones norteamericanas. Solo queda decir que, al final de la guerra, la moral de muchos políticos e intelectuales quedó completamente aplastada.

¹⁶⁹ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 117.

¹⁷⁰ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 125.

El último capítulo se centra en los diversos argumentos que tuvieron los distintos periódicos sobre la reconstrucción de México tras la derrota contra de los Estados Unidos y se vuelven a dividir en las dos facciones que se han mencionado con anterioridad, solo que se radicalizan: los liberales y los conservadores. Los primeros buscaban la separación de la Iglesia y el Estado, junto a la remoción del fuero para los miembros eclesiásticos; al mismo tiempo, también pedía lo mismo para los miembros del ejército que perdieron la guerra. Para la cuestión indígena, parece ser que los ellos comenzaron a tener influencias spencerianas/ de darwinismo-social, pues los consideraban inferiores, personas que debían extinguirse y ser reemplazadas por hombres blancos.

El proyecto de nación conservador buscaba la implantación de una monarquía en el territorio, que tuviera sus bases en la religión católica. Para este grupo, los fueros debían conservarse, tanto para los eclesiásticos y los soldados; además, se debía evitar a toda costa la apertura religiosa, pues creían que eso sumaría a México en un caos religioso; mientras tanto, la cuestión indígena era similar, pues estos hombres blancos los consideraban como seres inferiores que, a diferencia de los liberales, debían ser sometidos bajo la “raza española”, en lugar de ser reemplazados.

Bien, el trabajo de Velasco Márquez, más que un análisis o una reflexión acerca de los Estados Unidos o incluso sobre la invasión al territorio mexicano, es más un acercamiento a las perspectivas contemporáneas de la época, sobre cómo se veían los mexicanos a sí mismos y las distintas facciones periodísticas que existían en la época. Hay pocos elementos sobre los Estados Unidos en los que el autor nos da su punto de vista. Sin embargo, aún existen algunas aristas de las que nos podemos colgar, principalmente, el párrafo final de su conclusión.

En resumen, si por una parte los mexicanos quisieron la guerra con los Estados Unidos, fue porque estaban perfectamente conscientes de quién era el enemigo, y cuáles eran las condiciones de su propio país. Por la otra, si bien es cierto que México perdió “más de la mitad de su territorio

original”, con ello ganó la experiencia para consolidarse como nación independiente y determinar las bases de su futuro. La guerra del 47, por lo tanto, es un acontecimiento crucial en la historia de México, y sus efectos fueron, en última instancia y en su mayor parte, saludables para México.¹⁷¹

Con esta sección, junto con lo mencionado en la introducción, nos podemos hacer una idea de su perspectiva sobre los Estados Unidos, junto a su falta de opiniones acerca de los norteamericanos. A grandes rasgos su posición es neutral pues, aunque de a entender que los norteamericanos tenían un ejército mucho mejor preparado y entrenado y México se encontraba en una profunda crisis económica, el autor no deja de cargarle a México una culpa significativa en la invasión que sufrió en 1847; en otras palabras, México no es una simple víctima de las circunstancias.

Por lo tanto, considero que el *Mode of Ideological Implication* de Velasco Márquez es de indiferencia. No muestra ningún resentimiento en contra de los norteamericanos ni admiración a sus acciones. A lo mucho, por lo que podemos ver en su párrafo final, las consecuencias de la división del territorio fueron benéficas para México. En esta misma línea, podemos también establecer su *Mode of Emplotment*: el autor ve que, a pesar de todas las tragedias que México sufrió, las luchas internas y las invasiones extranjeras, terminó por quedar en una posición mejor en la que comenzó. Por lo tanto, su entramado puede definirse como una comedia.

A fin de cuentas, considero que este libro tiene algunas deficiencias metodológicas, pues en muchos casos no define las opiniones específicas de los diarios y en otras engloba una sola opinión como universal, compartida por todos los diversos diarios de la época. Además, fuera de la introducción, no nos habla del desarrollo de los periódicos ni como fueron afectados por la guerra o cómo sus opiniones

¹⁷¹ Velasco Márquez, “La guerra del 47...”, 165.

cambiaron. A pesar de esto, creo que logra establecer de manera más o menos coherente el contexto periodístico de la época.

Consideraciones finales

Tomando en cuenta a estos dos historiadores, podemos asumir algunos elementos acerca de cómo se trata a la guerra del 47. Ellos dos, a diferencia de otros, tienen grados académicos de historia, por lo que podemos asumir que este evento en particular necesita de un manejo metodológico más refinado y avanzado que el que otros historiadores puedan ofrecer. Fuera de esto, considero que hay otro elemento que hace que el trato de la invasión de los Estados Unidos necesite de esta especialización: se tiene en la conciencia mexicana el hecho de que fue una guerra injusta entre un país mucho más fuerte que el otro.

Esto hace que, en general, no sea un evento muy criticado por historiadores de diversas posturas políticas, pues ésta idea de un conflicto desigual soporta muchas de estas visiones, por lo que podría resultar un poco redundante abordar este tema. En este caso, parece ser que el único espacio en el que se puede hacer críticas al conflicto y presentar visiones provenientes de ambos lados del río, es la academia, pues tiene la responsabilidad de buscar la verdad histórica, escarbando los mitos y poner a prueba todo aquello que pueda resultar obvio.

Los textos de Josefina Vázquez de Knauth y Jesús Velasco no dan espacio para malinterpretar sus intenciones iniciales, que son los de encontrar una verdad, pues de otro modo, sus libros hubieran podido ser considerados como panfletos propagandísticos. La fuerte crítica que hace Jesús Velasco a la prensa mexicana y la diversidad de posiciones que nos muestra Josefina Vázquez, abren la posibilidad para derribar la leyenda de la invasión estadounidense, no atacando a los personajes de la época, como lo haría un Lascuráin de Osio con sus interpretaciones de la Revolución Mexicana, sino utilizando las fuentes de la época para hacer una crítica a las visiones hegemónicas de este evento.

Conclusión

La historiografía puede ser entendida como un reflejo o una consecuencia de las maneras en como una sociedad, a partir del discurso hegemónico desde donde está construida, observa al mundo, a sí mismo y a su mismo pasado. Sin embargo, esta reflexión no es más que una abstracción, una generalización desarrollada para poder comprender las posturas sobre las cuales los gobiernos construyen sus academias históricas.

Esto hace fascinante a la metáfora “actividad arqueológica” de meterse en la historiografía del pasado reciente y encontrar las diferencias individuales detrás de cada una de las obras, y transformar la abstracción en algo mucho más concreto. Hay distintos niveles en los que uno puede hacer esta reflexión, uno de estos se realizó en la introducción del texto, al comprender que la historiografía no la realizan solamente aquellos con títulos universitarios, sino que existen métodos de investigación con los cuales cualquier persona se puede convertir en un historiador y permiten la escritura de la historia.

Esto rompe la concepción de que la historiografía es un producto completo del Estado mexicano y de sus instituciones educativas e históricas, y abre la puerta a la existencia de discursos alternativos que no son controlados directamente por el gobierno. Sin embargo, la cuestión se encuentra en la palabra “directamente”, pues a pesar de que algunos de estos historiadores puedan no encontrarse en una metáfora cadena de mando, donde se busca que se desarrolle y se reproduzca el pensamiento revolucionario mexicano, todos estos historiadores han estado en contacto con sus instituciones de una u otra manera, ya sea por haber ido a las escuelas afiliadas al Estado, ser parte de alguna institución del gobierno o incluso leer diarios que apoyen al régimen.

Es aquí donde surge la siguiente pregunta: ¿qué tanto las instituciones de la sociedad civil (gramsciana) influenciaron las obras de estos historiadores con la reproducción del discurso oficial Estatal?

O para ponerlo de otro modo, en forma de la pregunta central de esta tesis: ¿Existe alguna narrativa constante detrás de los distintos trabajos historiográficos sobre los Estados Unidos, que nos muestre una ideología antiestadounidense de los años de los cincuenta a los setenta?

La hipótesis inicial que trató de responder a la pregunta, si usted lo recuerda lector, fue que “en la mayoría de estos escritos historiográficos, se encuentra un sentimiento antiestadounidense que se muestra en su estructura narrativa. En estos textos se pone a México en una luz positiva mientras que a los Estados Unidos se les ve de una manera negativa.” Después de hacer un análisis de todas las obras, puedo concluir que, efectivamente, la mayoría de estos textos muestran elementos negativos cuando hablan sobre los norteamericanos pero, a esta hipótesis, se le tiene que agregar un asterisco importante.

La cuestión es ésta: sí, se pueden encontrar perspectivas negativas referentes a los estadounidenses, pero su desagrado en contra de este país no surge de una misma corriente ideológica hegemónica. Todas las posturas que se han encontrado en los libros analizados en esta tesis vienen de corrientes de pensamiento distintas y variadas. Lascuaraín es un conservador porfirista añorando los años pasados; Mario Gill es un antiimperialista de corte marxista; Cue Cánovas y Arias Maldonado son nacionalistas críticos que escriben de lado de las figuras heroicas oficiales. Sin duda alguna, los ejemplos más interesantes son los de Vázquez de Knauth, Velasco Márquez y Lorenzo Meyer, pues muestran un rigor en la escritura de la historia muy diferente a los demás, pues son historiadores académicos.

Es en estos últimos donde se logra ver un esfuerzo por mantener actitudes de imparcialidad, en donde los autores tratan de mostrar las versiones de los dos lados (mexicano y estadounidense). Mientras que Lorenzo Meyer concluye que fueron las petroleras estadounidenses las que metieron a México en aprietos durante los años de la Revolución Mexicana y los primeros gobiernos revolucionarios, los trabajos de de Knauth y Velasco Márquez no alcanzan tal razonamiento, dejando la actividad final de reflexión al

lector, acción que se puede interpretar como una falta a la responsabilidad del historiador de encontrar conclusiones que expliquen el presente a partir del pasado, o el pasado por sí mismo.

A final de cuentas, lo que estos textos mostraron es que los historiadores tienen un gran nivel de autonomía, ya sean aquellos que están licenciados por las instituciones oficiales del gobierno, o los que carecen de estas credenciales. Por lo que el discurso oficial referente a los Estados Unidos durante estos años no impactó de manera significativa a la mayor parte de estos historiadores. O, para ponerlo de otra manera, el impacto no es tan fácilmente detectable como uno podría asumir en un principio.

Hay ciertos elementos dentro de estos textos que son mucho más sutiles y difíciles de aprehender cuando se habla de influencias histórico-contextuales, específicamente entre México y Estados Unidos: las relaciones entre los dos países han sido históricamente asimétricas, siendo los estadounidenses los que han tenido siempre la ventaja política y económica; las consecuencias de muchos roces entre los dos países han sido casi siempre favorables por los norteamericanos; todos estos historiadores han vivido de una u otra manera estas relaciones.

¿Esto qué nos dice? Que a pesar de que no haya sido política del Estado mexicano desarrollar líneas discursivas antinorteamericanas durante los años cincuenta, sesenta y setenta, ya que fueron aliados tras la Segunda Guerra Mundial, existen toda una serie de elementos que son compartidos entre la sociedad mexicana, y estos influyeron a los autores de estas obras, expresando sus lecturas políticas e históricas de muy diversas maneras, generalmente negativas y nunca completamente positivas. Esto nos hablaría de un nivel ideológico mucho mayor que entraría en categorías mas vastas del pensamiento humano, como la mentalidad colectiva o incluso una superestructura. Sin duda esta es una cuestión fascinante que valdría la pena ser analizada en un futuro con herramientas y fuentes distintas a las usadas para esta tesis, pero por el momento, solo vale la pena recalcar que las perspectivas antiestadounidenses

encontradas en la mayoría de estos textos no vienen de la misma fuente: los discursos hegemónicos del Estado mexicano posrevolucionario.

Una última cuestión que debe de ser respondida es la situación de estos autores como intelectuales. Se ha mostrado que los historiadores analizados tienen diferentes perspectivas ideológicas e históricas sobre las relaciones entre los dos países y que parecería que no tienen el mismo origen discursivo. Tomando esto en cuenta, estos autores hacen más que solo reaccionar en contra del discurso hegemónico, ellos buscaron que los textos que escribieron funcionasen como instrumentos que reproduzcan sus ideas, surgidas de corrientes de pensamiento más grandes, para que puedan ser transmitidas y aprehendidas por sus lectores.

Si nos alejamos un poco de sus perspectivas sobre los Estados Unidos, veremos que sus textos hablan del contexto mexicano. Sus textos son, sin duda alguna, libros de historia de México, cruzados todos por la presencia estadounidense, pero son textos de historia mexicana a final de cuentas, que hablan de periodos históricos específicos. Esto se puede entender de la siguiente manera: además de querer transmitir ideas relacionadas a los norteamericanos, los autores buscaron construir el pasado mexicano conforme a sus ideas.

Lascuaraín escribió su libro para poder difundir su versión de la historia y para que ésta fuera aceptada; Cánovas hizo lo mismo; todos los historiadores analizados en esta tesis tenían las mismas intenciones: desarrollar una historia¹⁷² en particular a partir de la narración de hechos históricos, filtrados por sus propias cosmovisiones, métodos y escuelas de pensamiento. En otras palabras, ellos buscan la construcción de un discurso, ya sea que reproduzca al hegemónico o desarrolle uno contrahegemónico, para transformar la mentalidad o, en términos marxistas, crear una nueva superestructura que cambie a

¹⁷² Historia entendida como narración.

la base material o, por el otro lado, mantener perspectivas hegemónicas que resistan cualquier clase de revisionismo. Esto es solo un ejemplo de la función de los intelectuales, el desarrollo de discursos.

Cue Cánovas, Rosa Carreón y Arias Maldonado, Lorenzo Meyer y Vázquez de Knauth, de maneras particulares pueden ser considerados defensores del discurso hegemónico, en diferentes niveles: Cánovas defiende la imagen de Juárez, Rosa Carreón y Arias Maldonado a Madero y Carranza, mientras que Vázquez de Knauth busca mostrar una aparente neutralidad y Lorenzo Meyer enaltece la defensa petrolera del régimen posrevolucionarios en contra de las empresas petroleras estadounidenses. Del otro lado, tenemos a Mario Gill y a Lascuráin, radicales en extremos políticos totalmente distintos, que buscan crear discursos contrahegemónicos.

A final de cuentas, tomando en cuenta la función que buscaron cumplir con la escritura de sus textos, es factible considerar a estos autores como intelectuales y su estudio como tal es factible. Si nos vamos más profundo, podríamos desarrollar más su definición y considerar a algunos como intelectuales tradicionales, mientras que otros podrían ser intelectuales orgánicos. Sin embargo, eso ya será para otra ocasión.

Bibliografía

Bosch, Aurora. 1991. Estados Unidos en los años treinta: ¿un socialismo imposible? *Historia Social* (otoño): 39-55.

Manela, Erez. 2006. Imagining Woodrow Wilson in Asia: Dreams of East-West Harmony and the Revolt against Empire in 1919. *The American Historical Review*. Vol. 111. (December), 1327-1351.

Blachman, Morris J., William M. Leogrande y Kenneth Sharpe. Coords. 1986. *Confronting Revolution: security through diplomacy in Central America*. Nueva York: Pantheon books.

Bravo Jiménez, Aarón. Eli Eduardo de Gortari de Gortari. *Universidad Autónoma Metropolitana: División de ciencias sociales y humanidades*. <https://goo.gl/XJaJgo> (consultado el 18 de noviembre de 2017).

Brody, Olga Pellicer de y José Luis Reyna. 1981. *Historia de la Revolución Mexicana 1952-1960: el afianzamiento de la estabilidad política*. México: COLMEX.

Castellanos, Laura. 2016. *México Armado*. México: Era.

Certau, Michel de. 2010. *La Escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Córdova, Arnaldo. 2010. *La política de masas del cardenismo*. México: Ediciones ERA.

Cruz Huitrón, Isidoro. 2013. Biografía de Vicente Lombardo Toledano. *Lengua y Voz* (febrero): 54-62.

Delgado, Kevyn Simón. 2013. El Partido Comunista Mexicano y el movimiento estudiantil de 1968: enfrentamiento, aportación e impacto. Tesis de licenciatura, departamento de historia, Universidad Autónoma de Querétaro.

Florescano, Enrique. 2003. Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana. *Historia Mexicana*. vol. LIII. (octubre-diciembre): 391-416.

Garciadiego, Javier. 2001. Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo xx. *Historia Mexicana*. vol. LI. (octubre-diciembre): 221-231.

González Flores, José Gustavo. 2015. Los motivos del sinarquista. La organización y la ideología de la Unión Nacional Sinarquista. *Revista Culturales*, núm. 1 (enero-junio): 49-76.

Gramsci, Antonio. 1975. *Cuadernos de la cárcel: el materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. México: Juan Pablos editor.

Gramsci, Antonio. 2009. *Cuadernos de la cárcel: notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*. México: Juan Pablos Editor.

Gramsci, Antonio. 2013. *Cuadernos de la cárcel: los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Juan Pablos editor.

Hernández Rodríguez, Rogelio. 2016. *Historia Mínima de El PRI*. México: COLMEX.

Herrera Sipriano, Francisco. 2009. *La Revolución en La Montaña de Guerrero La lucha zapatista 1910-1918*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Horseman, Reginald. 1981. *Race and Manifest Destiny*. Londres: Harvard University Press.

Izquierdo, Rafael. 1995. *Política hacendaria del desarrollo estabilizador, 1958-1970*. México: FCE.

Jiménez Moreno, Wigberto. 1952. Cincuenta años de historia mexicana. *Historia Mexicana*. Vol. I. (enero-marzo): 449-455.

Lenin, Vladimir I. 2015. *El imperialismo fase superior del capitalismo*. México: Ediciones El Caballito.

Marx, Karl. 2014. *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*. México: Siglo XXI.

Macciocchi, María Antonietta. 1977. *Gramsci y la revolución de occidente*. México: Siglo XXI.

Matute, Álvaro. Comp. 2015. *La teoría de la historia en México*. México: FCE.

Medina, Luis. 2004. *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952: del cardenismo al avilacamachismo*. México: COLMEX.

Ortega, Max y Ana Alicia Solís de Alba. 2012. *La izquierda mexicana: una historia inacabada*. México: Itaca.

Osorio, Jaime. 2016. *Teoría marxista de la dependencia*. México: UAM/Itaca.

Peláez Ramos, Gerardo. Valentín Campa Salazar, dirigente obrero en tiempos de la Internacional Comunista. *Pacarina del Sur*. <https://goo.gl/wqgB4y> (consultado el 1ro de agosto de 2017).

Pérez Montfort, Ricardo. 2013. Representación e historiografía en México, 1930-1950. "Lo mexicano" ante la propia mirada y la extranjera. *Historia Mexicana*. vol. LXII. (abril-junio): 1651-1694.

Portelli, Hugues. 2011. *Gramsci y el bloque histórico*. México: Siglo XXI.

Riguzzi, Paolo y Patricia de los Ríos. 2014. *Las relaciones México-Estados Unidos II: ¿Destino no manifiesto?* México: UNAM/SER.

Ríos Lozano, Patricia de los. 2007. Las relaciones México-Estados Unidos un estudio bibliográfico de las tesis doctorales producidas entre 1975 y 2005. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. núm. 34 (julio-diciembre): 105-125.

Rumiántsev, A. 1975. *Comunismo científico: diccionario*. Moscú: Editorial Progreso.

Serrano, Pablo. 2002. Historiografía regional y local mexicana, 1968-2000. Diversidad y pluralidad de tendencias. *Diálogos Latinoamericanos*, núm. 5. 99-108.

Terrazas y Basante, Marcela, coord. 2006. *Dos siglos de Relaciones México-Estados Unidos Guía bibliohemerográfica 1975-2005*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.

Torres, Blanca. 2006. *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952: Hacia la utopía industrial*. México: COLMEX.

Trejo, Evelia. 2015. coord. *La historiografía del siglo XX en México*. México: UNAM.

White, Hayden. 1975. *Metahistory*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.

Zermeño, Guillermo. 2013. La historiografía en México: un balance (1940-2010). *Historia Mexicana*. vol. LXII. (abril-junio): 1695-1742.

Zoraida Vázquez, Josefina. 2000. Los primeros tropiezos. En *Historia general de México*. ed. Centro de Estudios Históricos, 527-582. México: COLMEX.

Fernández del Castillo, Germán Pérez y Samuel León González. 1988. 75 años de política mexicana. En *México 75 años de Revolución III Desarrollo Político* vol. 2, coord. Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 530. México: FCE.

Textos analizados

Carreón y Arias Maldonado, Ana María Rosa. 1964. La intervención americana en Veracruz en 1914. Tesis de Maestría., Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Cue Cánovas, Agustín. 1968. *El Tratado Mc Lane-Ocampo: Juárez, Los Estados Unidos y Europa*. México: Editorial Libros Económicos.

Gill, Mario. 1959. *Nuestros buenos vecinos*. México: Editorial Azteca S.A.

Knauth, Josefina Vázquez de. 1972. *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*. México: Secretaría de Educación Pública.

Lascuraín y Osio, Ángel. 1967. *La segunda intervención americana*. México: Editorial H. T. Milenario.

Meyer, Lorenzo. 1972. *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*. México: COLMEX.

Velasco Márquez, Jesús. 1975. *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*. México: Secretaría de Educación Pública.

Bibliotecas consultadas

- Biblioteca Central de la UNAM
- Biblioteca Daniel Cosío Villegas del COLMEX
- Biblioteca Francisco Xavier Clavijero de la UIA
- Biblioteca Ernesto de la Torre Villar del Instituto Mora